



Puerto en Paz: una mirada con enfoque etnográfico a las violencias y la construcción de paz en Puerto Tejada (Cauca)

Autor

Cristian Javier Linares Gómez

Directora

Karen Nathalia Cerón Steevens

Universidad del Rosario

Escuela de Estudios Sociales, Políticos e Internacionales

Maestría en Estudios Políticos e Internacionales

Bogotá - 2026

Para mi mamá, avocada por la justicia social

Para mi papá, sereno y paciente

Para mi hermana, dulce y generosa

*Para todos los liderazgos comunitarios que le siguen apostando a una Puerto Tejada
en paz*

Para Memán, in memoriam

Agradecimientos

A Charito y Blanca: por su amor y apoyo incondicional. Las primeras maestras que tuve en la vida y a quienes nunca podré pagar todo lo que han hecho por mí.

A Rosario y Nando: generosidad hizo posible esta tesis.

A Zuly, Ronal, Eliecer, Jeremy y Kenny: sin su bondad y cariño no habiéramos podido adentrarnos en la realidad portejadeña.

A la profesora Karen Cerón, mi mentora y madrina académica a lo largo de tantos años. Para ella, mi cariño, admiración y gratitud eterna.

A cada persona que nos regaló un espacio de su tiempo para pensar y reflexionar sobre la realidad del municipio.

Contenido

Introducción -----	7
Metodología -----	12
Marco conceptual -----	16
Revisión de literatura -----	18
Capítulo I. Las Violencias -----	25
Violencia política -----	25
El M-19 y “la invasión” -----	28
Los paramilitares y el exterminio -----	29
Las FARC y las disidencias -----	33
Balance de la violencia política -----	36
Violencia estructural -----	37
Balance de la violencia estructural -----	42
Violencia simbólica -----	43
Balance de la Violencia Simbólica -----	50
Violencia cotidiana -----	51
Violencia pandilleril y sus conexiones con el tejido social -----	51
El impacto cotidiano de la violencia -----	65
Balance de la violencia cotidiana -----	70
Violencias imbricadas -----	71
Capítulo II. La práctica y los significados de la paz -----	74
Co-creando futuros -----	75
Tensiones de la paz co-construida -----	81
Iniciativa productiva Los Bancos: la paz desde la gallada y su entorno -----	84
Tensiones de la paz local -----	88
Jóvenes en Paz: la paz desde arriba -----	91

Tensiones en la paz desde arriba -----	95
Un balance -----	98
Conclusiones -----	101
Sobre paces y violencias. Hacia una paz imperfecta híbrida -----	101
Violencia cotidiana: la sombra de la muerte -----	102
Violencia estructural: “la paz con hambre” -----	102
Violencia simbólica: estigma y etiquetamiento -----	103
Violencia política: el exterminio -----	103
Bibliografía -----	106
Anexos -----	116
Lista de personas referenciadas -----	116

Declaración de uso de inteligencia artificial

A lo largo de esta tesis hice uso de tres herramientas de inteligencia artificial para diferentes propósitos. Primero, ChatGPT y Manus para complementar y agilizar la identificación de referencias bibliográficas y notas de prensa de relevancia. Segundo, Whisper –desde Google Colab– para transcribir las entrevistas y grupos focales. Tercero, ChatGPT para agilizar la identificación de citas textuales que me permitieran ejemplificar o reforzar la argumentación, para lo que cree un proyecto con la matriz de sistematización, la cual fue creada manualmente a partir de las transcripciones. Finalmente, Gemini mejorar la estética de las gráficas de creación propia.

Too many murders, too many funerals, and too many tears.

Just seen another brother buried, plus I knew him for years.

Passed by his family, but what could I say?

Keep yo' head up and try to keep the faith and pray for better days

Demasiadas muertes, demasiados entierros, demasiado llorar.

Vi a otro hermano bajo tierra, lo conocía de años atrás.

Pasé frente a su familia, ¿y qué les podía decir?

Alza la frente, guardar la fe y orar porque vengan mejores días

2Pac

A manera de prólogo

Como muchas familias en Colombia, supongo que las más privilegiadas, en mi casa casi siempre ha habido una persona, una mujer, contratada para cumplir con las labores de limpieza y aseo. La génesis de esta investigación se encuentra precisamente en este contexto particular. Es producto de una realidad compleja sobre la que llevo escuchando desde niño, pero que solo desde hace un par de años he podido experimentar de cerca. La mujer que participó activamente en mi cuidado y en el de otros familiares, desde mis primeros meses de vida, vivía en Puerto Tejada mientras trabajaba con nosotros en Cali.

Al igual que muchas portejadeñas que hacen la misma labor, esta mujer debe partir de su pueblo todos los días para trasladarse a Cali y llegar a tiempo a su lugar de trabajo, una casa de familia, para desempeñar un trabajo nunca bien pago y siempre desgastante. Fue en medio de esa cotidianidad que me (nos) hablaba sobre la vida en Puerto Tejada, un municipio agradable, “amañador”, pero atravesado por múltiples formas de violencia. Recuerdo con claridad los relatos de violencia en el barrio, la presencia del pandillero y la relación –a veces ambigua– con este. Así, es innegable que esta investigación tiene un compromiso que trasciende lo

académico para adquirir un tinte personal que, lejos de ir en contra de la rigurosidad, fungió como combustible para llevarla a cabo. Es, si se quiere, una forma de hacer las paces con una realidad que, paradójicamente, ha estado tan presente como ausente a lo largo de mi vida.

Como ya se podrá intuir, partí de un enfoque reflexivo e interpretativista, lo cual no es necesariamente excluyente con la incorporación de datos cuantitativos o la realización de cálculos estadísticos. Finalmente, es importante apuntar que esta tesis conecta en varios sentidos con la investigación titulada *Pandillas y reconfiguraciones territoriales en Puerto Tejada, Cauca. Una mirada desde el posacuerdo*, financiada por el Instituto Colombo Alemán para la Paz (CAPAZ) y con el estudio titulado *Co-creando futuros, una experiencia de participación comunitaria para la prevención de la violencia juvenil*, financiado por el Instituto Catalán Internacional para la Paz (ICIP), en los cuales me desempeñé como joven investigador¹. Algunos de los resultados aquí mostrados son producto de esa investigación y se conectan con los hallazgos discutidos en el artículo *Everyday gang violence and precariousness in the post-agreement*, que está aprobado para ser publicado en el 2026 en la revista *Conflict and Society*. Asimismo, con la ponencia titulada *Transiciones Juveniles y Violencia Urbana: desafíos desde Puerto Tejada, Cauca (Colombia)*, presentada en la IV Jornadas de la Red de Estudios sobre Juventud y Sociedad (REJS 3.0) en la Universidad de Zaragoza (2025), y el capítulo de libro titulado *Pandillas y tejido roto. Violencias y paz urbanas en Puerto Tejada, Cauca*, que será publicado por el IEPRI como compendio del trabajo de la Red Quynza durante el 2026.

Introducción

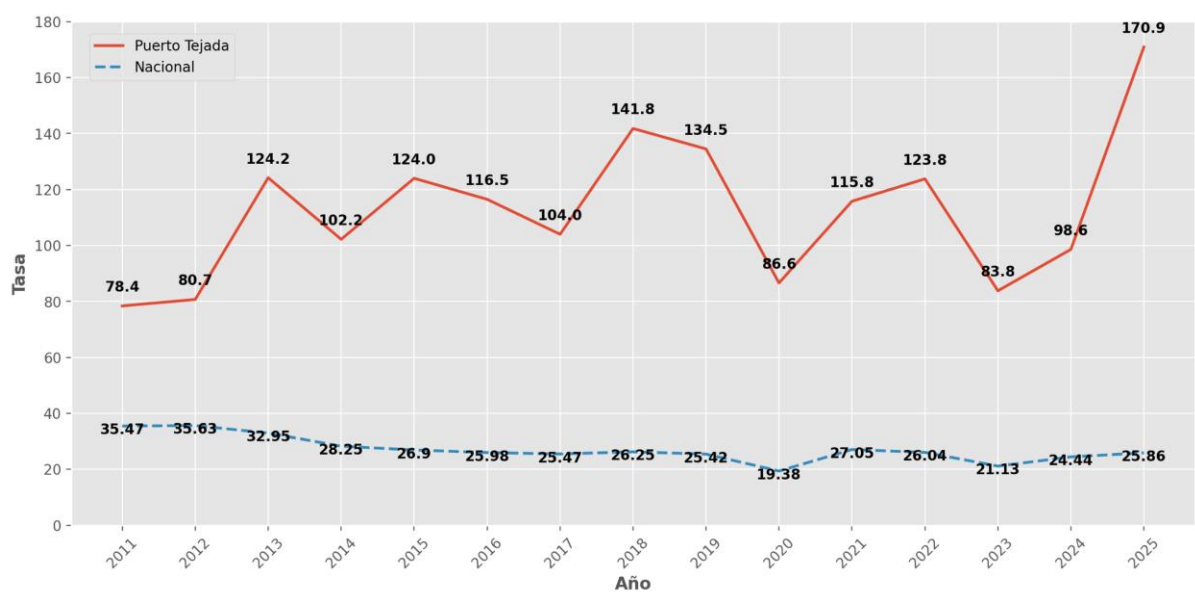
Puerto Tejada es un municipio ubicado al norte del departamento del Cauca (Colombia), con 45 mil habitantes distribuidos a lo largo de 41 barrios y 8 veredas. Por su ubicación geográfica, tiene una alta dependencia con el Valle del Cauca, especialmente Cali y Jamundí (Bosch et al 2017), algo que pudimos constatar en campo, pues no es inusual escuchar que las personas desempeñen su actividad económica en estos municipios, sobre todo en Cali. De acuerdo con Guzmán-Barney y Rodríguez-Pizarro (2014), es un municipio proletario y afro con un problema de criminalidad desbordado, el cual tuvo la tasa de homicidios más alta de la subregión norte del Cauca entre 1990 y 2012. En la misma línea, la Alerta Temprana 018, de la Defensoría del

¹ El objetivo puntual de esa investigación fue caracterizar a las pandillas en el territorio y la relación entre su accionar y la reconfiguración de los actores de la guerra colombiana después de los acuerdos de paz. El proyecto financiado por el ICIP buscaba identificar posibilidades de intervención desde el enfoque de la co-creación y el *desing thinking*, y hace parte de las iniciativas que abordaré en la segunda parte de esta tesis.

Pueblo (2022), destaca que en el territorio convergen problemas estructurales de pobreza y falta de oportunidades con fuertes dinámicas de violencia de distinta naturaleza, incluyendo la pandilleril. Esta configuración de múltiples factores problemáticos ha llamado la atención de esta investigación que se enfoca en un caso poco abordado por la literatura, mientras hace una apuesta dual: tanto por la comprensión a profundidad de la violencia como por las búsquedas de la paz en este territorio del norte del Cauca.

En este sentido, uno de los asuntos más reveladores de la complejidad del caso tiene que ver con la tasa de homicidios. Este indicador tuvo un crecimiento muy importante entre 2011 y 2018. Durante ese periodo estuvo relativamente cerca de doblarse, para tener una ligera reducción en el 2019 y un desplome muy significativo en 2020 y 2021, por las medidas tomadas durante la pandemia por Covid-19. Para 2022, 2023 y 2024 presentaba valores similares a los de 10 años atrás, llegando a un crecimiento desbordado en el 2025, 6 veces por encima de la tasa nacional. Se trata de una violencia homicida concentrada en personas jóvenes² y materializada por arma de fuego en el 96% del total, según datos suministrados por la Policía Nacional para el periodo 2011-2023.

Gráfico 1
Tasa de homicidio por 100.000 habitantes



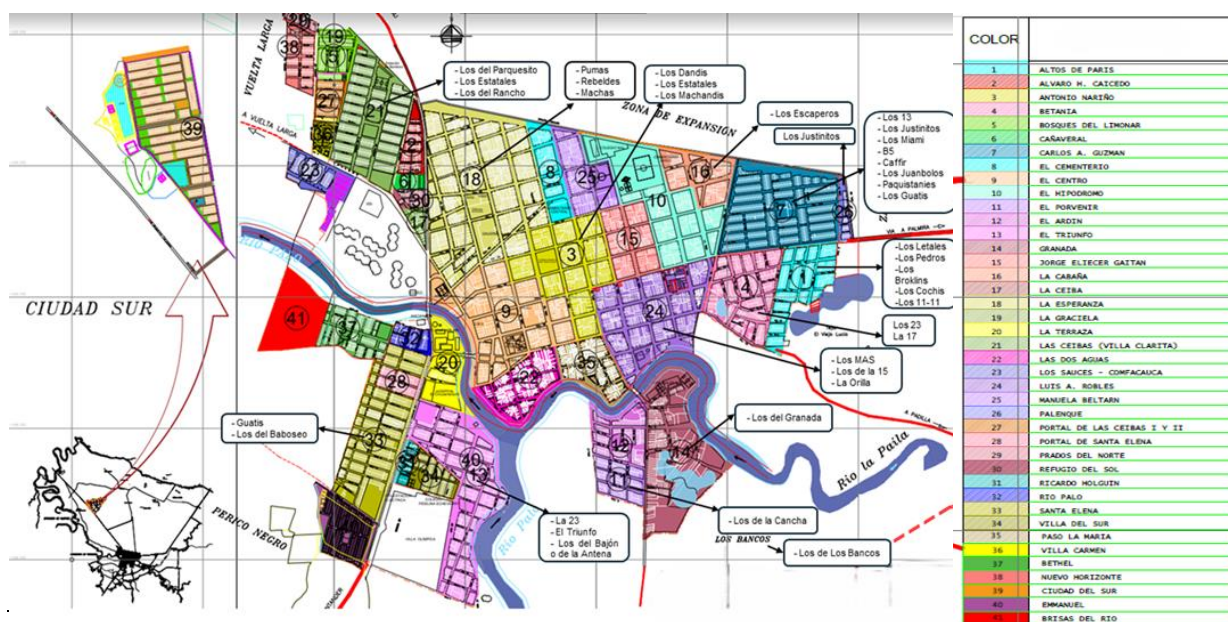
² Cuando hablo de personas jóvenes estoy haciendo referencia a población menor a 28 años, siendo este el límite establecido en Colombia por el Ministerio de Salud y Seguridad Social. A diferencia del Ministerio en los datos de homicidio, aquí incluyo también población menor de 14 años.

Fuente: elaboración propia con datos de la Policía Nacional

Del mismo modo, allí se experimentan fuertes condiciones de vulnerabilidad social y altos índices de pobreza que serán detallados más adelante. En este contexto, sobresale la presencia protagónica de múltiples pandillas juveniles, quienes, según la población y las autoridades locales, datan de la década de los 80³. Sin embargo, a pesar de la longevidad del fenómeno, el número total de pandillas varía según la fuente, debido a las divergencias entre las definiciones utilizadas por instituciones y organizaciones no gubernamentales (Bosch et al, 2017).

Por ejemplo, en la Alerta Temprana ya referida, la Defensoría menciona 47 pandillas reconocidas por la comunidad, mientras que la Policía reconoce a 27, de las cuales 23 mantienen confrontaciones entre sí (Defensoría del Pueblo 2022). Por su parte, la fundación Social y Cultural Colores identificó 18 grupos pandilleriles (comunicación personal, 2023). En el marco de la investigación que adelantamos con la profesora Cerón-Steevens, contamos 35 grupos claramente identificados en los barrios por las autoridades municipales, liderazgos comunitarios y algunos jóvenes de gallada⁴ (Cerón-Steevens & Linares-Gómez 2026).

Mapa 1. Estimación del número de pandillas en Puerto Tejada



³ Algunas de estos grupos fueron los Macha y los Ramayama, incluso se mencionan otros como Los 23 –en el sector de Betania y Luis A. Robles– que se mantienen hasta el día de hoy

⁴ Sustantivo utilizado localmente para referirse a las pandillas.

Fuente: Cerón-Steevens & Linares-Gómez 2026

Lo cierto es que, al margen del número exacto, las pandillas son una realidad palpable en el municipio y un tema frecuente de conversación entre sus habitantes. Por ello, este estudio busca caracterizarlas a profundidad y conectar su accionar con múltiples formas de violencia que tienen o han tenido presencia en el territorio. Se trata, además, de un aporte sustancial a la literatura colombiana, ya que con evidencia empírica actualizada se problematizan los múltiples rostros de la violencia asociada a las pandillas juveniles.

Es tal la influencia de estos grupos en el territorio que llegan a utilizarse para identificar los barrios y/o áreas de Puerto Tejada, por encima de la nomenclatura. Como bien destaca un Policía:

Van a decir: ellos viven allá en los Puma, pero la gente no hace referencia a que los Puma es el barrio La Esperanza, entre X y Y calles. No se comunican por las nomenclaturas...Le dicen, me encuentro en el barrio Jorge Eliécer Gaitán, por la carrera 15. Entonces la persona llega y le dice: estoy por los Dandy. (comunicación personal, 2023).

Situación de la que fui testigo mientras adelantaba trabajo de campo. En una noche cualquiera salí a comprar unas papas rellenas⁵ para cenar, en compañía de mis acompañantes locales, evidencié cómo se utilizaba el nombre de las pandillas para referenciar un par de calles en particular, del tipo “aquí es Dandys y allá Los Peña” (notas de campo, 2023). Lo más llamativo fue que en un puñado de cuadras, no más de diez, pasamos por territorio de Los Peña, Dandys y cerca de Los 23; lo cual me permitió dimensionar mejor la magnitud de la problemática y la densidad de las pandillas en un territorio tan pequeño.

Como puede esperarse de un fenómeno de tan larga duración, ha mutado desde sus inicios hasta el estadio actual. Las pandillas son colectivos cambiantes, algo que incluso identificó Thrasher (1927) en su estudio pionero, en el que también señala que el trasmutar y la complejización de estos grupos no necesariamente es lineal. Con sus cuatro tipologías –pandilla difusa, solidificada, convencional y criminal– Thrasher da cuenta de cómo puede cambiar el nivel de cohesión interna del grupo, así como su relación con la violencia y el crimen. En años más recientes, Perea (2007) diseñó nuevas tipologías para dar cuenta de los diferentes tipos de

⁵ Una preparación que consiste en papa molida y apanada, rellena de carne y arroz.

pandilla y la mutación de la problemática, de tal forma que hablan de pandillas irregulares, transgresoras, violentas y criminales.

En el caso puntual de Puerto Tejada, la población portejadeña da cuenta de esta realidad, en tanto hablan de cómo empezaron a surgir las primeras galladas en diferentes barrios, sobre todo del nororiente, que empezaron a enfrentarse entre ellas hasta el estadio actual de las cosas. Ahora bien, es claro que las pandillas son susceptibles al contexto en el que se enmarcan, de modo que las de municipio históricamente han interactuado con grupos armados de mayor envergadura (Defensoría del Pueblo 2022). En este punto es posible hablar de actores como el Cartel del Valle y oficinas de cobro (Sinisterra, Valencia y Villegas 2019), aunado a grupos de disidencias de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), enmarcadas en el Comando Coordinador de Occidente en años más recientes (PARES 2022). No obstante, tal vez el ejemplo más claro de esta relación se vivió a comienzos de este siglo, con la incursión del Bloque Calima de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), como veremos más adelante. Sin embargo, uno de los hallazgos más tempranos de la investigación fue que la violencia pandilleril opera con autonomía relativa frente al accionar y los intereses de los actores de la guerra colombiana que lo circundan, de tal forma que responde, principalmente, a dinámicas relacionales y situadas (Cerón-Steevens & Linares-Gómez 2026). Justamente esta visión, parte de los hallazgos del proyecto financiado por CAPAZ, es lo que me empujó a explorar nuevos marcos que permitan comprender mejor los factores articulantes detrás de los alarmantes niveles de violencia homicida del territorio. Es decir, complejizar la comprensión de las violencias en el municipio, más allá de la visión agraria tradicional del conflicto colombiano (Perea 2022) –a pesar de su influencia- y el enfrentamiento entre pandillas como el “principal problema de seguridad pública” del territorio (Bosch et al. 2017).

Por su parte, de cara al segundo propósito de este estudio, el análisis de las estrategias de paz en el municipio, parto del principio de que la construcción de paz responde a prácticas y significados contruidos y performados por quienes los encarnan (Courtheyn 2022) para construirla en medio de la violencia misma (Berents 2015a). Por ello, luego de la reconstrucción de las violencias que se experimentan en el territorio, reviso la manera cómo se construye paz localmente para diferentes actores. Le di especial relevancia a tres iniciativas para la prevención de la violencia en el municipio, a saber: 1. Jóvenes en Paz, una iniciativa del gobierno nacional en cabeza de Gustavo Petro (2022-2026); 2. El proyecto titulado *Co-Creando*, que tiene la pretensión de vincular a diferentes actores de la sociedad civil. 3.

Iniciativa Productiva Los Bancos, liderada por jóvenes de pandillas con el apoyo del gobierno local y el sector privado.

Sin embargo, dado que el interés de esta tesis no pasa estrictamente por una evaluación de políticas públicas o de programas, quien lea estas páginas no puede esperar un análisis de impacto de las tres iniciativas. Se toman como referencia, en la medida en que son representativos de diferentes actores con presencia en el territorio –autoridades públicas, privados e iniciativas de base comunitaria– para operacionalizar conceptualmente la construcción de paz, pero la revisión y evaluación puntual de cada proyecto será objeto de futuras investigaciones⁶.

Esta investigación es relevante, entonces, si se considera la necesidad que tiene Colombia por desentrañar los significados y prácticas locales de la violencia para avanzar en la comprensión de aquellas violencias divergentes con el enfoque tradicional y predominantemente rural del conflicto armado (Perea 2020). Asimismo, para expandir el abanico de aproximaciones a la paz. Como destacan Courtheyn (2022) y Berents (2015a), los estudios sobre esta última deben desmarcarse de aquella noción liberal de que ella se construye principalmente desde el Estado. Por el contrario, siguiendo lo planteado por ambos autores, la paz debe ser tejida cotidianamente por quienes sufren las violencias en carne propia, a partir de sus relaciones comunitarias y su contexto local; dado el éxito relativo del enfoque vertical imperante. Es decir, y como bien destaca Carlos Mario Perea (2020), que la única forma de conseguir la tan anhelada *paz estable y duradera* pasa por comprender y subsanar las múltiples formas de violencia urbana para construir paz situadamente.

Dicho lo anterior, dos preguntas guían el desarrollo de esta investigación: ¿Cuáles son y cómo se articulan las violencias que se experimentan en Puerto Tejada? ¿Cuáles son y cómo se articulan las prácticas y significados que guían la construcción de paz (2024-2025)? Los objetivos de investigación serán los siguientes: 1. Identificar y analizar los tipos de violencias que operan en el territorio. 2. Analizar las prácticas y significados que articulan la construcción de paz en el municipio dentro de la ventana de tiempo señalada; 3. Identificar las principales tensiones y desafíos, discursivos y prácticos, que surgen alrededor de la construcción de paz.

⁶ Uno de los principales desafíos a propósito de esta empresa es la escasa documentación al respecto y la dificultad para acceder a dicha información.

De manera que conceptualmente me pregunto por la relación entre violencias y paces: no solo cómo las prácticas y significados de la paz se relacionan con las violencias, sino también cómo las violencias obstaculizan la construcción de paz

Metodología

Antes de precisar con detalle la metodología que orientó esta investigación, quisiera esbozar brevemente unas reflexiones sobre los desafíos de adelantar trabajo de campo en contextos de alta conflictividad social o percibidos como peligrosos. Precisamente por mi cercanía personal con este territorio es que ya había escuchado de antemano varios comentarios de que la zona es “tremenda calentura”⁷. Fruto de lo anterior, en las horas previas de realizar el primer viaje a campo sentía tensión en mi cuerpo, acompañada de dificultades para calmar la mente. De hecho, la persona que nos transportó desde Cali a Puerto Tejada exclamó que estábamos “en la jungla”, cuando recién ingresamos al municipio. De entrada, es evidente que se trata de un territorio estigmatizado, con cierta “aura demoniaca”, al ser percibidos como violentos, plagados de crimen y de alto riesgo (Wacquant 2007).

Como señalan Dávila & Doyle (2020), el desarrollar investigaciones en estos contextos se erigen desafíos particulares –tales como establecer relaciones de confianza con los participantes y, por consiguiente, conseguir información de valor– producto de ser un *outsider*. De igual forma, los autores resaltan cómo la identidad y la posición social de quien investiga influye en cómo es percibido y su capacidad de desenvolverse en campo. En la misma línea, Thaler (2020) habla de los problemas del positivismo a la hora de adelantar investigaciones en contextos violentos. Argumenta, específicamente, que la posición social de quien investiga, junto a los constantes cambios en la dinámica local –incluso en el investigador como individuo después de visitarlo– dificultan planteamientos esenciales del positivismo como la replicabilidad. Con ello, problematizo varios valores centrales del positivismo ortodoxo, aunque no rechazo en su totalidad la noción de verdad u objetividad, pues reconozco que existen unos mínimos criterios de credibilidad en función de lo que arroja la evidencia (Gutiérrez-Sanín 2024).

⁷ Es una expresión usada informalmente para hacer referencia a la especial peligrosidad de un lugar. Desde afuera de Puerto Tejada se utiliza para hacer referencia al municipio, pero entre los residentes de este último también se utiliza a la hora de hablar de barrios como Carlos Alberto Guzmán o la vereda Los Bancos.

Por lo anterior, adopté una postura hermenéutica –o interpretativista– a nivel ontológico y epistemológico, ligada a la interpretación y comprensión de los significados sociales involucrados de una realidad puntual, socialmente construida, a la que me acerco (Marsh & Furlong 2010)⁸. En ese sentido, el enfoque metodológico de esta tesis fue cualitativo, con énfasis etnográfico, lo cual no es excluyente con el análisis estadístico de ciertos datos cuantitativos para fines de contextualización, puesto que los objetivos trazados sólo son alcanzables en la medida exista un entendimiento profundo del contexto y las prácticas locales. Tal herramienta –que es método y enfoque– propende a la comprensión de los fenómenos sociales a la sazón de la voz de sus protagonistas (Guber 2011). La etnografía cobra sentido, entonces, en tanto “los agentes son informantes privilegiados, pues solo ellos pueden dar cuenta de lo que piensan, sienten, dicen y hacen con respecto a los eventos que los involucran” (Guber 2011: 16).

El enfoque reflexivo, como lo postula la profesora Guber, implica el reconocimiento de los marcos de interpretación presentes tanto en el investigador como en los participantes, los cuales emergen durante el trabajo de campo y deben tener ser tenidos en cuenta durante el análisis. Tal y como señala Rosa (2009), mencionando los planteamientos de Bourdieu, es necesaria una revisión de los instrumentos de recolección de datos, entendiendo que no hay preguntas neutras y que el cuestionamiento constante de las mismas es la única forma de interpretar mejor las respuestas. Soy consciente de que como investigador participo en las dinámicas locales, incluso de construcción de paz, por medio de mi presencia en el territorio y la producción académica que de allí emerja (Courtheyn 2019); a lo que podría agregarse mi participación en el diseño de una estrategia de prevención de la violencia. Pretendo poner sobre la mesa los distintos conocimientos y sentimientos a partir de la subjetividad de quienes han vivido la violencia en carne propia (Alarcón-Fernández, González-Meléndez & Jaraba-Pérez, 2019). Esto último entendiendo que “sin una participación activa de las comunidades, los estudios académicos oscurecen los saberes claves para la construcción de paz” (Alarcón-Fernández, González-Meléndez & Jaraba-Pérez, 2019: 335).

Los principales métodos para la recolección de datos fueron la entrevista etnográfica, semi-estructurada, los grupos focales y el trabajo de campo. Siguiendo lo planteado por Beaud

⁸ Entendiendo que esta postura es, más bien, una gran sombrilla que agrupa diferentes aproximaciones y abordajes que comparten la crítica al positivismo y el *anti-foundationalism* (Marsh & Furlong 2010).

(2019), entiendo que la función de la entrevista etnográfica –en mi opinión extrapolable al resto de métodos aplicados desde una visión cualitativa– no recae en recopilar un número importante de entrevistas, con miras a la representatividad, ni en recopilar texto –fragmentos transcritos– para justificar un postulado sin mayor análisis del contexto. Dicho lo anterior, una vez recopilada la información, la sistematicé en una matriz en función de 8 categorías de análisis, a saber: 1. prácticas y significados de la paz (en términos narrativos). 2. Iniciativas de prevención de la violencia (lideradas por privados y agentes no-estatales). 3. Políticas públicas para la prevención de la violencia. 4. Racismo estructural. 5. Violencia de género. 6. Roles de género. 7. Violencia territorial o cotidiana⁹ (violencia relacional, física o psicológica) (Feixa & Ferrández 2004; Bourgois 2001). 8. Relación de las pandillas con actores armados. 9. Relación de las pandillas con locales. 10. Etiquetamiento (Becker 2009) y estigma territorial (Wacquant 2007). Estas categorías reflejan los temas que surgieron en el desarrollo de las entrevistas y el trabajo de campo, de manera que conjuntamente me permitieron entender sistemáticamente cuáles son las violencias específicas que se viven en el territorio y cómo se construye paz de manera local.

Dicho lo anterior, es imperativo señalar que este texto es producto de 10 viajes de campo de una semana de duración cada uno, adelantados entre diciembre del 2023 y diciembre del 2025. Durante dicho periodo de tiempo adelantamos -tanto en primera persona como en compañía de la directora de esta tesis- 50 entrevistas semiestructuradas, seis entrevistas etnográficas o en profundidad y 14 grupos focales. A eso se suman múltiples ejercicios de observación en instancias de articulación interinstitucional¹⁰, reuniones del colectivo Puerto en Paz, de la Alcaldía con jóvenes miembros de pandilla, reuniones de profesores y un recorrido a la totalidad del municipio de la mano de la Policía.

Hicimos uso de un muestreo no probabilístico, el cual no propende a consolidar una muestra estadísticamente representativa, sino profundizar en los detalles de un caso determinado. Sin lugar a duda, la consecución de tal número de entrevistas estuvo ligado no solamente a las dimensiones del municipio –un territorio compacto y relativamente pequeño– sino a la cordialidad de sus residentes, sumado a del funcionariado de la Alcaldía, cuya colaboración

⁹ Adaptando lo planteado por Scheper-Hughes y Bourgois (1997), "La violencia cotidiana incluye las prácticas y expresiones diarias de violencia en un nivel micro interaccional: entre individuos (interpersonal), doméstico y delincuente" (Feixa & Ferrándiz 2004: 163).

¹⁰ Aquí me refiero puntualmente a reuniones organizadas por la Alcaldía con instituciones y organizaciones de la sociedad civil tendientes a la prevención de violencia juvenil y pandilleril en el municipio.

fue indispensable para acceder a los barrios. En el otro extremo, lo más difícil fue fijar encuentros con jóvenes integrantes de pandillas, quienes, dadas las complejidades del contexto, mantenían cierta cautela frente al diálogo con personas externas al barrio. Se trató de un proceso paulatino y lento de construcción de confianza, gracias también a líderes y lideresas sociales que nos referían o fungían de puente para poder establecer diálogos. A manera de ilustración sobre este tema, en el segundo viaje, mientras esperaba respuesta para una posible entrevista, un chico de una pandilla le dijo a mi enlace territorial, en mi presencia, que por qué “traía infiltrados al barrio”. Frente a ello, decidí presentarme y explicarles la razón de mi presencia, situación que terminó derivando en una corta entrevista. Es un claro ejemplo de la vigilancia que estos jóvenes hacen de su territorio y de quienes ingresan al mismo.

De otro lado, esta investigación estuvo guiada por múltiples consideraciones éticas. En primer lugar, es importante destacar que todas las personas entrevistadas manifestaron verbalmente su consentimiento para participar en la investigación, después de explicarles los objetivos y su alcance. Les solicitamos autorización expresa para grabar el registro de audio, explicándoles que sólo nosotros tendríamos acceso a la información, para fines meramente investigativos. Además, la información, bien sea revelada por un participante o como producto de observación directa en campo, se hizo reservando la identidad de quienes participaron, con fines de garantizar su seguridad e integridad. De igual forma, para mí es fundamental compartir, al menos parcialmente, los resultados de la investigación a las comunidades, desmarcándome de las dinámicas de extractivismo académico que reconstruyen los saberes locales, pero sin comunicar los resultados (Alarcón-Fernández, González-Meléndez & Jaraba-Pérez, 2019). Por ello, el resultado final de esta tesis será enviado y discutido con los líderes y lideresas, funcionarios y funcionarias que participaron de él, sumado a los jóvenes integrantes de pandillas—cuando fuera posible.

Finalmente, considero relevante volver sobre las reflexiones de Philippe Bourgois (2003) alrededor de una de las complejidades y dilemas de la etnografía: el problema de la estereotipación de comunidades marginadas y racializadas. Al detallar las dinámicas de vida en una zona altamente atravesada por muchas violencias, se corre el riesgo de que los resultados sean leídos como un *retrato hostil* de la comunidad. Sin embargo, y siguiendo con la línea de Bourgois, lo anterior no debe traducirse en una *sanitización* de las dinámicas locales ni del sufrimiento de quienes allí viven, pues hacerlo implicaría devenir cómplice de la opresión. Por tal, los relatos de violencia y las diferentes perspectivas de la paz son aquí narradas sin filtro

distinto a la protección de la identidad de quienes participaron de la investigación, bien sea porque así nos lo contaron o porque así lo percibimos.

Marco conceptual

Debido al interés dual de este estudio por la violencia y la construcción de paz, incorporo dos perspectivas conceptuales. Por un lado, la conceptualización de violencias por Feixa & Ferrándiz (2004) para dar cuenta de las múltiples facetas y relaciones de un sustantivo susceptible de múltiples categorías para asir su complejidad y multiplicidad de manifestaciones. Complementariamente, incorporo la visión de Muñoz (2001) sobre la construcción de paz en medio de la violencia, desligándola de las acepciones de la paz negativa en tanto punto de llegada, acompañada de la visión de Courtheyn (2022) alrededor de la paz en tanto conjunto de prácticas y significados situados, sujetos a tensiones y visiones contrapuestas. Con ello, propongo un diálogo entre ambas literaturas para comprender a profundidad las violencias del municipio y cómo se relacionan con la búsqueda por la paz.

Con este panorama en mente, es importante señalar que Feixa & Ferrándiz, retomando lo planteado por Bourgois (2001), proponen las siguientes categorías: violencia política, en tanto formas de agresión física y terror administrado por el Estado y quienes se le oponen; 2. Violencia estructural como formas de dolor físico y/o espiritual producidas por la organización político-económica; 3. Violencia simbólica, es decir, humillaciones internalizadas que terminan justificando la desigualdad y la existencia de jerarquías; 4. Violencia cotidiana, siendo aquellas prácticas y experiencias de violencia en el día a día, en el nivel micro de la relación entre individuos. La utilidad de las cuatro categorías recae en que me permite enmarcar analíticamente las realidades evidenciadas en territorio, de cara también a identificar diferencias entre los diferentes actores sociales señalados previamente. Se trata, en últimas, de entender el contexto en el que se busca construir la paz, sabiendo que esta última no es algo abstracto, sino que debe conceptualizarse a partir de la cotidianidad de las personas (Berents 2015), pero también como un proceso que se teje incluso en medio de la violencia (Muñoz 2001; Berents 2018).

Respecto a la paz, y como bien destaca Wolfgang Dietrich (2002), no es posible hablar de una única paz, pues hay múltiples acepciones de este concepto que pueden hacer hincapié en elementos morales, energéticos (de armonía ecológica), normativos y relacionales. De acuerdo con Dietrich (2012), la filosofía de la paz es entonces, y sobre todo, “una metaciencia de la

ética y la estética de conceptos de paz observados empíricamente¹¹” (2012: 3). Así, la paz adquiere un carácter contingente, sustentado en particularidades contextuales y comunitarias, por lo que puede ir desde elementos como la fertilidad de la tierra y las mujeres (Jacobsen 2011) hasta la armonía comunitaria (Gebrewold 2011). Se trata de un concepto relacional articulado a partir de diferentes prácticas (Fasheh 2011; Courtheyn 2022). En su categorización, que utilizaré como marco para analizar las tres iniciativas objeto de estudio en la segunda parte, Dietrich (2012) agrupa esta dinámica situada de la paz en cuatro grupos, no excluyentes entre sí: paz energética, atada a la armonía con el entorno natural y humano; moral, en tanto el cumplimiento de una serie de normas y creencias; moderna, la seguridad impuesta desde el Estado, ligado a nociones de desarrollo y crecimiento económico; postmoderna, atada a los estudios críticos y la pluralidad de paces desde la reflexión situada e interseccional; transracional, como aquella que no niega la racionalidad moderna, mas la integra en una perspectiva más amplia con elementos energéticos y morales.

Aquí entiendo la paz como algo que va más allá de la paz moderna-liberal, aquella seguridad impuesta por el Estado (Dietrich 2002), para conceptualizarla como prácticas y procesos (Courtheyn 2022). La paz adquiere un carácter plenamente performativo, relacional y dialógico; siendo además un discurso estratégico con una economía política definida y objetivos políticos claros (Courtheyn 2022). Se configura como un proceso espacial y un discurso político que se manifiesta de distintas maneras a lo largo del espacio, el tiempo y las culturas (Courtheyn 2018: 742).

Adopto el concepto de la paz transrelacional¹² de Courtheyn (2018), la cual entiende la construcción de paz como un proceso multi-escalar que agrega diferentes dimensiones que van desde lo económico-material, hasta lo ecológico, añadiendo una capa adicional para leerlo, además, en clave de género y étnico. Por consiguiente, dentro del marco conceptual incorporo el lente de la interseccionalidad, entendida como la perspectiva teórica-conceptual que busca estudiar situadamente la imbricación de categorías identitarias en las relaciones de poder y dominación, particularmente, aunque no exclusivamente, desde el género y la raza (Viveros-Vigoya 2016). Es a la luz de todos estos elementos analíticos que busco aprehender la construcción de paz en Puerto Tejada, bajo los objetivos explicados previamente. De igual

¹¹ Traducción libre.

¹² La paz transrelacional puede leerse como la evolución dialógica de la paz trans-racional de Dietrich en Courtheyn (2018). El autor plantea que la diferencia radica en que la paz trans-racional implica superar el paradigma de la modernidad racional, mientras que para Courtheyn –además de lo anterior– necesita de un enfoque particular desde lo interseccional.

manera, vinculo como lente de análisis la Paz Imperfecta de Francisco Muñoz (2011). Este último sostiene que la paz no constituye una condición definitiva, sino una realidad cambiante, continua e incompleta que convive con la violencia y la conflictividad. Esta mirada cuestiona el ideal de la "paz perfecta" (ausencia completa de conflicto en su acepción negativa) y se concentra en identificar y fortalecer las manifestaciones de paz presentes en lo cotidiano, por modestas que resulten.

El comprender la paz de esta manera resulta particularmente útil para entender cómo ésta en algunos casos puede adelantarse al margen de las instituciones (Gebrewold 2011), para tejerse a escala local por medio de diferentes prácticas. Su utilidad recae también en dejar de comprenderla como algo estático y monolítico, pues al estar articulada a partir de prácticas y significados es susceptible a tensiones y disputas alrededor de su materialización y sus implicaciones (Courtheyn 2022); incluso cuando pretende tejerse a escala local. De este modo, la paz va de la mano de la territorialidad, entendida como el “conjunto no estático de prácticas, lugares y valores ligados a un espacio que genera –y es generado

– por sujetos políticos particulares” (Courtheyn 2019: 295). Justamente por esto último es que considero perentorio entender la visión de paz desde múltiples actores, pues sobre la paz existen diversas –y en ocasiones antagónicas– *territorialidades* (Courtheyn 2019).

Revisión de literatura

Francisco Muñoz (2001) señala que la paz como objeto de estudio científico se remonta al periodo de posguerra de la Segunda Guerra Mundial. El autor sostiene que en su origen esta tradición del pensamiento se centraba en la relación entre polemología e irenología, es decir, en estudiar los factores detrás de las guerras para prevenirlas; la tradicional acepción de la paz negativa como ausencia del *pólemos*¹³. A lo que se suma, en la década de los 60's, la conceptualización de la paz positiva, como aquella asociada a la justicia social y la violencia estructural (Muñoz 2001). En ese sentido, las reflexiones sobre paz y construcción de paz tienen como hito los planteamientos de Johan Galtung (1969) alrededor de la paz negativa –ausencia de violencia– y paz positiva –ausencia de violencia indirecta y simbólica. Con estos conceptos en mente, esta revisión de literatura tiene una estructura puntual. Busca reconstruir las reflexiones y discusiones alrededor de la paz, así como con las concepciones de violencia a las

¹³ Guerra en griego.

que responden. Es decir, la forma en que se ha pensado la violencia y la paz, insistiendo en que son categorías fuertemente vinculadas.

Dicho lo anterior, uno de los principales paradigmas dentro de la irenología es la paz liberal. Se trata de un modelo hegemónico –aunque con matices en su implementación (Richmond 2006)– pensado desde los Estados-nación en relación con los preceptos de democracia, libre mercado, desarrollo y crecimiento económico (Courtheyn 2022; Richmond 2006). De esta forma, se le critica por perpetuar la inequidad, la res securitización de los Estados y por excluir la voz de quienes viven la violencia en primera persona (Berents 2018); mientras se centra en una noción de paz negativa, de acuerdo con sus detractores (Mac Ginty 2010). Se erige entonces como un discurso, marco y estructura en el que conviven cuatro ramas que se complementan y contradicen entre sí: la paz del vencedor –por medios militares–, la paz institucional –normas y reglas de juego–, la paz constitucional –basada en ideales kantianos de cosmopolitismo y el individuo como fin en sí mismo– y la paz civil en tanto movilización ciudadana (Richmond 2006).

En ese orden de ideas, como insinúa Berents (2018), la paz liberal se nutre de una noción particular de la violencia, la “alta política” en el marco de la lógica westphaliana de los Estados. Richmond (2011) comenta esta que se trata de una paz cuyas meta-narrativas están arraigadas en los mitos westphalianos de soberanía, control territorial y desarrollo institucional; bajo unas lógicas de seguridad y estrategia. Se trata de lo que Mary Kaldor (2012) denomina *guerras viejas (old wars)*, aquellas que tienen al Estado en el centro por mantener y recuperar el monopolio sobre la violencia; pero en las que además son claras las fronteras entre el Estado, grupos insurgentes con pretensiones políticas y grupos criminales.

Las críticas a este paradigma liberal son la raíz de lo que la literatura llama el Giro Local, desde finales del siglo pasado. Este se encuentra ligado a nuevas y distintas formas de comprender la violencia, al margen de la matriz westphaliana clásica. Autoras como Mary Kaldor (2012) señalan que este nuevo escenario –propio de la post Guerra Fría– se relaciona con conflictos enmarcados dentro de conflictos identitarios, menos ideológicos y más privatizados; en los que se hace más difícil la distinción entre civiles y combatientes, como las guerras balcánicas. En la misma línea, Pureza & Moura (2007) hacen referencia al concepto de Novísimas Guerras, para diferenciarlas de las Nuevas guerras de Kaldor. A partir de este concepto, buscan hacer referencia a un tipo diferente de conflicto, más cotidiano y urbano en determinados micro-territorios; por lo que ponen como ejemplo las realidades conflictivas en lugares como El

Salvador. Bajo ese prisma, Baird & Rodgers (2015) y Jones & Rodgers (2011) señalan que las pandillas se han convertido en una de las grandes preocupaciones políticas en América Latina. En ese orden de ideas, el Giro Local busca comprender las raíces culturales, sociales y comunitarias de la violencia (Lederach 1997; Braeuchler & Naucke 2017). Dentro de este nuevo paradigma surgen entonces otros tipos de violencia que no se agotan en las planteadas por Feixa & Ferrándiz (2003). En los últimos años una de las más sugerentes, a manera de ejemplo, es la de Juvenicidio –la muerte sistemática física o simbólica de personas jóvenes envueltas en procesos de precarización (Bonvillani 2022)– o el feminicidio en tanto punto extremo del *continuum* de violencias que enfrentan diferenciadamente las mujeres (Bejarano Celaya 2014); aunque en el marco de esta tesis no profundizaré en ellas. En todo caso, el enfoque vernáculo se ha convertido en una narrativa importante para las intervenciones nacionales e internacionales que buscan comprender el significado de la paz, por lo que también implica un cambio metodológico más centrado en la etnografía (Braeuchler y Naucke 2017). El Giro Local podría resumirse así bajo los planteamientos de Berents (2015a), a propósito de dejar de comprender la paz como algo abstracto para asirla en términos de una realidad situada y corporizada, en medio de la lucha por la supervivencia. Algo que se teje desde las propias comunidades, aunque con voces divergentes en torno a los riesgos de romantizar cualquier iniciativa de esta naturaleza (Džuverović 2021).

En un punto medio, entre lo liberal y lo local, surge la propuesta de la paz híbrida, recogida por autores como Roger Mac Ginty (2010). El autor recupera el concepto de hibridación para señalar aquel tipo de paz que surge a partir de la interacción entre elementos exógenos –la institucionalidad liberal– y locales, dada la falta de autonomía plena de los actores involucrados en la búsqueda de la paz: 1 El poder de cumplimiento (*compliance power*) de las instituciones liberales. 2. El poder de los incentivos de la paz liberal. 3. La capacidad de las estructuras, redes y actores locales para resistir, ignorar o adoptar las intervenciones desde la paz liberal. 4. La capacidad de las estructuras, redes y actores locales para proponer y defender formas alternativas para la construcción de paz. Esto es, cuando las prácticas y la política local se encuentran con el sistema liberal de paz, incluso en el caso de Estados débiles o predatorios (Richmond 2015). Sin embargo, a propósito de esto último, Oliver Richmond (2015) distingue entre la paz híbrida positiva –con legitimidad en lo local, tendiente a la justicia social– y la negativa como lo opuesto; a la vez que señala el carácter dinámico de esta relación entre la institucionalidad liberal y lo local, de forma que la hibridez se relaciona con un flujo continuo de poder entre ambos actores constitutivos.

Por su parte, el concepto de Paz Imperfecta, desarrollado por Francisco Muñoz (2001), se presenta como un marco epistemológico ilustrativo. Muñoz argumenta que la paz no es un estado final, sino una realidad dinámica, procesual e inacabada que coexiste con la violencia y el conflicto. Esta perspectiva rompe con el ideal de la "paz perfecta" (ausencia total de conflicto en sentido negativo) y se enfoca en reconocer y potenciar las paces existentes en la cotidianidad, por mínimas que sean. Termina dialogando con abordajes como el de Berents (2015a; 2018), a propósito de dejar de diferenciar dicotómicamente entre paz y violencia, dado que la primera se construye incluso en medio de la segunda.

Finalmente, encontramos perspectivas decoloniales, como la de Wolfgang Dietrich (2002), que complejizan aún más el concepto. El autor hace una categorización de diferentes acepciones al concepto de paz, aludiendo a la necesidad de *despedirse* de la *paz única*, enmarcada en los preceptos liberales. Las categorías que plantea son las siguientes: 1. Paz moderna, atada al quehacer del Estado y su supuesta consecución de la seguridad; 2. Moral o normativa, relacionada con el cumplimiento de ciertas normas; 3. Energética como armonía con el entorno y 4. Paz posmoderna, relacionada con el hecho de que la paz no es algo estático y atemporal, sino situada y cultural. Es en el marco de esta última que Dietrich plantea su teoría de la paz trans-accional desde la cual soslaya la necesidad de superar la racionalidad de la modernidad para analizar la interdependencia de lo espiritual, mental, cultural, lo material y hasta lo sexual (Dietrich 2018). Partiendo de las premisas de Dietrich, autores como Courtheyn (2022) hablan de la ya explicada paz transrelacional, vinculando la paz con la dignidad ecológica y la solidaridad de los colectivos sociales. Su trabajo enfatiza cómo las comunidades construyen geografías performativas de paz, desafiando las lógicas extractivistas y violentas del Estado.

En el caso colombiano, las reflexiones sobre violencias y construcción de paz son largas. Como señala Pizarro Leongómez (2017), Colombia ha sido un país pionero en la salida negociada a los conflictos armados, con hitos históricos importantes como la creación de la primera comisión de paz en 1981, la desmovilización del M-19 o los acuerdos de paz de La Habana. Sin embargo, como destaca Perea (2020; 2025) las reflexiones sobre la paz y la violencia en el territorio deben pasar de la esfera institucional-estatal para abordar aquellas violencias que se erigen desde lo relacional, sumado a las respuestas locales para solventarlas; lo anterior, sin ánimos de desconocer la importancia de los ya referidos acuerdos de paz, pero reconociendo sus limitaciones respecto a otros tipos de violencia. Un académico clave en esta materia es Carlos Mario Perea, con su concepto de *guerras de pavimento* para describir el control y los enfrentamientos violentos en las barriadas populares. Otros trabajos como el de Adam Baird

(2018) abordan la violencia en entornos urbanos, como el de Medellín, a la luz del rol que cumple la acumulación de capital simbólico en torno a la figura del *más malo*, en medio de contextos de precariedad. Así, algunas investigaciones han explorado la violencia en las zonas urbanas del país, mostrando el carácter local y cotidiano de la violencia, en algunas ocasiones conectado con la guerra en su sentido convencional (Berents 2015a; Berents 2015b; Baird 2018; Perea 2007; Perea 2020; Moser y McIlwaine 2004) de formas sinuosas y complejas (Cerón-Steevens & Linares-Gómez 2026). En años más recientes, se encuentran los textos de Courtheyn (2019; 2022) sobre la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, en el Urabá antioqueño. En su trabajo da cuenta de las múltiples territorialidades de la paz, articuladas a partir de un cúmulo de prácticas y significados que tienen erigidos alrededor de dos ejes: 1. rehusarse a participar en la guerra y 2. construir paz por medio del trabajo comunitario. Asimismo, existen como esfuerzos como el de la organización *Everyday Peace Indicators* (EPI), que en su más reciente informe para el caso colombiano (2025) señala la importancia de entender la paz desde perspectivas situadas y territorializadas: a partir de múltiples dimensiones adicionales al cese de las hostilidades como la cohesión social, mejores condiciones de vida, entre otras.

Pasando a la escala local, la literatura sobre violencia en Puerto Tejada es relativamente abundante respecto al contexto nacional, con algunos textos sobre la construcción de paz desde lo colectivo y la agencia que resiste a la violencia. El grueso de las publicaciones aborda el fenómeno de las pandillas y su larga pervivencia en el tiempo (Guzmán Barney y Rodríguez Pizarro, 2014; Sinisterra-Ossa, Valencia y Villegas Buitrago, 2020; Bosch et al., 2017; Defensoría del Pueblo 2022), junto con varias tesis de grado que muestran el rol de la precariedad y las carencias en entornos de socialización como la familia (Benites García, Mosquera Murillo y Quiñones 2023). Algunas perspectivas, como la Defensoría del Pueblo (2022), leen el fenómeno de las pandillas a la luz de las dinámicas del conflicto armado, el crimen organizado y las economías ilícitas; dándoles un rol preponderante que se suma a las ya conocidas condiciones sociales adversas de base. Al respecto de esto último, retomo el argumento –sobre el que me explayaré más adelante – que planteamos en Cerón-Steevens & Linares-Gómez (2026) sobre las raíces comunitarias de la violencia y su *autonomía relativa* frente a la guerra colombiana.

Respecto a la construcción de paz, existen antecedentes importantes como la tesis de Villegas Buitrago (2019), quien hace referencia a la *agencia afrojuvenil* de quienes, desde el territorio, *le hacen el quite a la violencia*, resistiendo, mientras se le apuesta a otras alternativas de vida;

algo que también comenta en Sinisterra-Osa, Valencia & Villegas Buitrago (2020), en donde señalan la importancia de la voz de las personas jóvenes para hacer memoria, recuperar espacios y resignificar experiencias de cara a la construcción de paz en territorios marginados como Puerto Tejada. Lo anterior, siguiendo a las autoras, es un paso necesario para alcanzar verdaderamente la paz después de los acuerdos de La Habana. En definitiva, la literatura en torno a este tópico concuerda en los múltiples esfuerzos de la sociedad civil municipal por buscar estrategias que permitan hacerle frente a la violencia, con logros como la consecución de políticas públicas de corte feminista (Fal-Dutra, Cardona & Jaramillo Piedrahita 2025). Empero, faltan balances alrededor de las tensiones y fricciones emergentes en estos esfuerzos comunitarios. Asimismo, a lo largo del segundo capítulo dialogo con los resultados de Benavides Cosme (2024) sobre la implementación de Jóvenes en Paz en el municipio, sobre todo en lo concerniente a las desavenencias administrativas y los conflictos de la paz pensada *desde arriba*. Profundizando en tales hallazgos, agrego asuntos relacionadas con los desafíos propios de la violencia comunitaria y demás elementos del contexto. Sobre las otras dos iniciativas que seleccioné para este estudio de caso, vale la pena señalar que no existen publicaciones académicas que las aborden.

Dicho lo anterior, la principal contribución de esta tesis a la literatura sobre paz y violencia, particularmente para el caso colombiano, se relaciona con aportar a la forma en que conceptualizamos y comprendemos la violencia en el país, especialmente aquellas formas de violencia que se desmarcan del enfoque rural de la guerra, con sus actores tradicionales (Perea 2020). No para descartar toda una tradición de la *violentología* colombiana, sino para llevar la conversación a otros lugares de análisis a partir de categorías relacionales como las que aquí planteó, incluso para ver cómo las violencias relacionales se vinculan con la violencia política, así como la *autonomía relativa* de las primeras sobre las segundas. Seguido, y en la misma línea, aportar con un caso de estudio a las reflexiones sobre la paz en el marco del ya mencionado Giro Local, en el que conviven y se relacionan de formas complejas las dinámicas múltiples violencias, incluyendo una larga historia de violencia política con violencias cotidianas de corte relacional. Específicamente, trasladar la conceptualización de Courtheyn (2018; 2019; 2022) a otro caso contexto que permita dar cuenta de la forma en que se construye la paz y las dificultades para su materialización. Un esfuerzo por brindar una perspectiva situada y matizada sobre los diferentes significados de la paz y las tensiones propias de tratar de concretarla en cabeza de distintos actores. Para finalizar, argumento que también aporta a los debates sobre el rol del Estado y sus instituciones en la construcción de paz. Contrario a lo

que señalan trabajos como el de Villegas Buitrago (2019) o Berents (2018), no encontré evidencia de una institucionalidad que olvida a determinados territorios como Puerto Tejada, o al menos no completamente, sino que no logra responder adecuadamente a las realidades territoriales. Con ello, no solo busco contribuir a los debates y teorizaciones alrededor de la paz híbrida, también poner sobre la mesa insumos relevantes en materia de política pública.

Capítulo I. Las Violencias

Son páginas estas calles que se cogen con los años,
escritas en un idioma que no entienden los extraños.

Rubén Blades.

Entendiendo la estrecha relación entre violencia y paz, previamente señalada, en este apartado utilizaré las tipologías de Borgois (2001), retomadas por Feixa & Ferrández (2004), para aproximarme a las violencias que se viven en el municipio, a saber: violencia política, estructural, simbólica y cotidiana; con el ánimo de desentrañar sus múltiples caras y proponer un modelo analítico relacional que no solo sirva para una mejor comprensión de estas, sino también de los esfuerzos de paz.

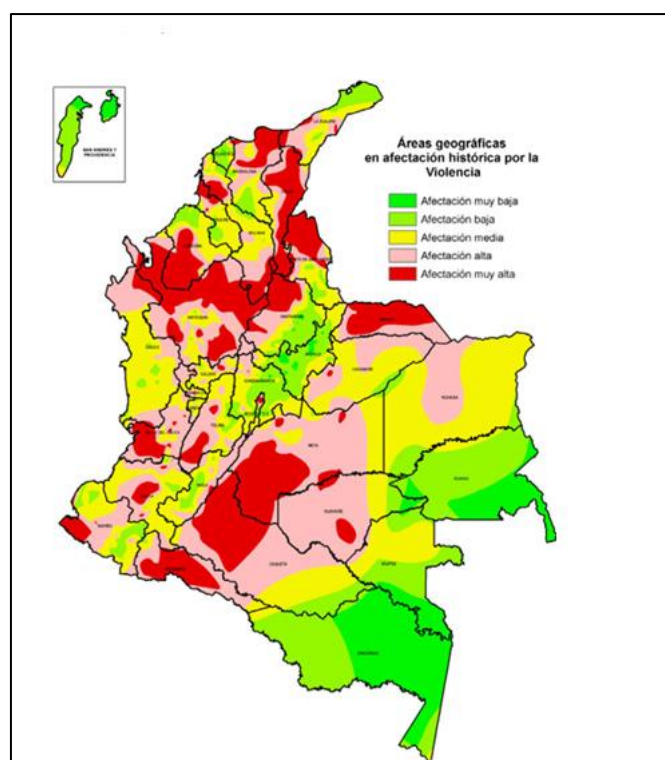
Violencia política

El contexto territorial que enmarca a Puerto Tejada –valle geográfico del río Cauca, en el cruce entre el norte del departamento del Cauca y el sur del Valle del Cauca- tiene una profunda marca dejada por el conflicto armado colombiano. De acuerdo con la Comisión de la Verdad (2022), esta ha sido una región cuyas comunidades afro e indígenas tienen una larga historia de resistencia frente a la violencia, los derechos de la tierra, la protección del medio ambiente y la democracia; a pesar de estar expuestas al accionar de guerrillas, paramilitares, fuerzas del Estado y más recientemente disidencias.

En la misma línea, la JEP creó el caso 05 mediante el auto 078 de noviembre del 2018. Por medio de este último, se busca investigar violaciones a los Derechos Humanos y al Derecho Internacional Humanitario perpetradas por la fuerza pública y/o miembros de las FARC entre el 1 de enero de 1991 y 1 de diciembre del 2016 en el norte del Cauca y el sur del Valle del

Cauca. En definitiva, es una de las regiones más afectadas por el conflicto armado en Colombia (CNMH 2013). El promedio del índice de distribución de la violencia relacionada al conflicto armado entre 1985-2020 para el Cauca, calculado por el Observatorio de Memoria y Conflicto, fue de 0.605, lo cual da cuenta de una violencia concurrente a lo largo del tiempo (CNMH 2021). En la misma línea, el análisis espacial de Salas Salazar (2016) refleja al Cauca, y buena parte de la subregión norte de dicho departamento, como una zona con una afectación recurrente e importante en el marco del conflicto armado.

Mapa 2. Municipios y regiones afectadas por el conflicto armado en Colombia (1986-2015)



Tomado de: Salas Salazar, 2016:52.

Se trata de una zona diversa y altamente afectada por la guerra, la cual tiene unos patrones de violencia que coinciden con la caracterización temporal que realizó el CNMH en su informe *¡Basta Ya!* (2013)¹⁴. En ese sentido, los primeros cinco años de este siglo coincidieron con unos alarmantes niveles de victimización en términos de masacres, asesinatos selectivos y

¹⁴ Al respecto, invito a consultar las estadísticas del Sistema de Eventos del Conflicto Armado Colombiano (SIEVCAC).

desaparición forzada, en línea con lo que el CNHM denominó *los años de la tragedia humanitaria*. De acuerdo con lo planteado por Salas Salazar (2016), es importante señalar que las dinámicas espaciales del conflicto conectan con la territorialidad y los intereses de los grupos armados, tales como el control de posiciones estratégicas o el control de economías ilícitas.

Por lo anterior, es imperativo recordar que el Cauca es un corredor estratégico al conectar a los departamentos de Huila, Tolima y Valle del Cauca con el “balcón amazónico”, es decir, con Caquetá y Putumayo; además cuenta con la Vía Panamericana –principal carretera para atravesar al país de sur a norte– y la salida al pacífico, incluyendo su cercanía con Cali y Buenaventura (USAID 2016). En su *Relato de la Guerra en el Cauca* Sánchez-Gómez (2020) señala que durante la segunda mitad del siglo XX el Cauca albergó a buena parte de las guerrillas de la época: Ejército Popular de Liberación Popular (EPL), Ejército de Liberación Nacional (ELN), Movimiento 19 de Abril (M-19) y FARC; así como grupos paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y el Cartel de Cali a inicios de los 90. (Sinisterra-Ossa, Valencia & Villegas, 2019).

Dicho lo anterior, las dinámicas regionales no solo no fueron ajenas a lo que aconteció en materia de violencia política en Puerto Tejada. También ejemplifican lo definido por Feixa & Ferrándiz como violencia política: una que “incluye aquellas formas de agresión física y terror administradas por las autoridades oficiales y por aquellos que se les oponen, tales como represión militar, tortura policial y resistencia armada, en nombre de una ideología, movimiento o estado político” (2004: 164). Con ello, en el trabajo de campo se reafirmó lo que ampliamente se ha documentado en la literatura sobre los actores que han protagonizado la violencia política en el territorio: el M-19 en los 80, el Bloque Calima de las AUC a principios de los 2000 y en años más recientes, las disidencias de las extintas FARC.¹⁵

¹⁵ Es importante aclarar que una reconstrucción exhaustiva de la violencia política en el municipio escaparía del propósito central de esta tesis. Haré un repaso rápido con aquellos centrales a mi juicio. Lo mismo aplica para el resto de las categorías de violencia.

El M-19 y “la invasión”

Con respecto al M-19, tuvimos la oportunidad de entrevistar a un exmilitante de esta guerrilla, quien ha residido toda la vida en el municipio y quien nos comentó que la idea central de su labor giraba alrededor de “el mismo pueblo, no para violentar al pobre o al rico”. En sus palabras: “quitamos al rico y le damos al pobre, eso hacíamos nosotros” (Gregorio, comunicación personal, 2023). Bajo este marco de referencia, una de las herencias más evidentes del periodo del M-19 fue la creación del barrio Carlos Alberto Guzmán, el 21 de marzo de 1981. Según la versión de Gregorio, a las 11 de la noche del día señalado, junto con otros compañeros del M, invadieron un lote del ingenio La Cabaña al nororiente del municipio; un acontecimiento que se encuentra documentado por literatura académica (Velasco 1989; Moreno Quintero 2005) y medios de comunicación (Campo 1984). Tales fuentes, junto con el relato de Gregorio, concuerdan en que se trató de un proceso de resistencia frente a la represión de militares, policías y la representación legal de los ingenios, quienes trataron de expulsar a la población recién asentada y destruir sus chozas. Después de este proceso, Gregorio comenta que inició un proceso de implacable persecución judicial por parte del Estado. Fue capturado en 1985 y sometido posteriormente a torturas (que le causaron problemas crónicos en sus extremidades):

Me llevaron preso hasta Santander (Santander de Quilichao), me dieron garrote como alma que lleva el diablo. En ese tiempo sí había violencia (...) Las patas (piernas) se me pusieron así, grandísimas. Yo quedé, aquí donde estoy, esta pierna, quedé sufriendo de úlceras, porque me dieron bolillo y en ese tiempo envenenaban los bolillos. La contraguerrilla era cosa jodida (comunicación personal, 2023).

La violencia política protagonizada por el M gravitaba –según la visión de Gregorio– sobre una idea de redistribución. Describe dos prácticas redistributivas centrales en Puerto Tejada: primero, la ocupación de las tierras del ingenio La Cabaña durante la “invasión” del 21 de marzo de 1981, mediante la cual “le quitamos esas tierras ... para dar techo a las personas que no tenían” y así se fundó el barrio Carlos Alberto Guzmán; segundo, asaltos selectivos a bancos, carros de valores y otros focos de capital –“robamos donde está la plata para darle al pobre”– que convertían en ayuda directa a la comunidad. Todo ello bajo la consigna de no extorsionar a tenderos ni dañar a “la gente humilde”. Estas acciones, concebidas como “quitar al rico para darle al pobre”, articulan una moral de tipo Robin Hood que, según él, diferenciaba

la violencia insurgente de la delincuencia común, especialmente de las pandillas. En el fondo, se trataba de un accionar que, al menos en el discurso, propendía a combatir las condiciones estructurales del entorno, mientras se enfrentaban al Estado colombiano con sus prácticas contrainsurgentes¹⁶.

Los paramilitares y el exterminio

El caso más emblemático de violencia política en Puerto Tejada, por el profundo impacto que generó en la población y la manera en que es recordada más de 20 años después, incluso por las personas más jóvenes, fue la protagonizada por los paramilitares de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Recordemos que las AUC fueron la columna vertebral del proyecto político antisubversivo de la década de los 90 y principios de los 2000, en el que convergían la contrainsurgencia misma y el narcotráfico, así como la colaboración con las fuerzas armadas y autoridades civiles (CNMH 2018). De acuerdo con el CNMH (2016), el accionar de este grupo en el Cauca en general se explica a partir de cuatro grandes factores, a saber: 1. Presencia histórica de grupos guerrilleros. 2. Rol estratégico del territorio. 3. Presencia de cultivos ilícitos. 4. Larga historia de luchas sociales. Dado que uno de los propósitos del grupo consistía en combatir a las FARC y al ELN en una pugna por el control del territorio para cortar corredores de tránsito y el acceso a economías ilícitas (CNMH 2016), los paramilitares trataron de hacerse con el control de varios de los municipios de la subregión norte del Cauca (Guzmán Barney & Rodríguez Pizarro 2014; Verdad Abierta 2013; Sánchez Gómez 2020). En varios casos, además, con el beneplácito y apoyo financiero de la industria azucarera en el valle geográfico del río Cauca (Correa-García et al. 2018: 853).

De este modo, entre 1998 y el 2004¹⁷, Puerto Tejada contó con la presencia del Bloque Calima de las AUC (Guzmán & Rodríguez 2014) (Bosh et al 2017), dado que -a pesar de no tener fuerte presencia de las FARC- era un territorio con altos niveles de criminalidad. El CNMH (2018) en su informe titulado *Bloque Calima de las AUC. Depredación paramilitar y*

¹⁶ Este es, sin duda, un tema interesante que revive el viejo debate entre criminales y rebeldes, dando luces sobre el rol de la ideología y el sentimiento de cuerpo que matiza la asunción economicista de la insurgencia (Gutiérrez-Sanín 2004).

¹⁷ Aunque los antecedentes de paramilitarismo en diferentes regiones de Colombia son extensamente anteriores a esta época, valga la salvedad. En el caso puntual de la llegada de los paramilitares, hay versiones encontradas dependiendo de la fuente en la que se consulta. En todo caso, tanto la literatura como la memoria de quienes residen en el municipio concuerdan en que fue hacia finales del siglo XX, al margen de la fecha puntual. De nuevo, es importante leerlo bajo el matiz de que se trató de un proceso que se fue tejiendo con el tiempo.

narcotráfico en el suroccidente colombiano describe cómo la búsqueda por reducir la criminalidad del territorio derivó en que sectores políticos se acercaran a la comandancia del grupo paramilitar, que ya había establecido su presencia en el sur del Valle del Cauca. A propósito de ello, traen a colación las palabras de un desmovilizado del Bloque¹⁸:

Felipe y el hermano, que le decían Pescado, ellos me contaban que cuando llegaron a Puerto Tejada, a ellos los contactó un político porque en Puerto Tejada no se podía ni entrar al centro porque lo robaban o lo mataban. Entonces, la solución de ellos era meter los paramilitares allá. Entonces, allá se formó una guerra entre los paramilitares —los urbanos— y las bandas organizadas que había ahí —las bandas delincuenciales— (...) Él me contaba que ellos en un día mataban hasta tres personas ahí, la que ya estaba identificada y la misma población señalaba a la gente que estaba haciendo daño (...) les daban con arma de fuego y los dejaban tirados (CNMH-DAV, entrevista hombre desmovilizado, 2014, 3 de septiembre, Cali)” (CNMH 2018: 537).

Según Alias *Sancocho*, uno de los líderes de la organización en el Cauca, en la versión libre que le dio al CNMH¹⁹, en su momento envió a alias *Ocoró* con la misión de coordinar la llegada de los paramilitares con la policía local (CNMH 2018; Verdad Abierta 2011). De acuerdo con lo reportado por Verdad Abierta (2011), el entonces Capitán Barragán les suministró una lista con los nombres de jóvenes de pandillas, asegurando que varios de ellos habían asesinado a compañeros policías. Así lo contó el propio Ocoró:

“Sacó unos álbumes y nos mostró personas de diferentes bandas. Nos pasó información para que empezáramos a operar. Nos preguntó que en qué podía colaborar porque le habían asesinado a algunos policías” (Verdad Abierta 2011).

Además del acercamiento con la Policía, desde el Bloque buscaron tender puentes con políticos locales como Luis Fernando Santa (CNMH 2018, Verdad Abierta 2011). Por medio de la gestión de este último, acordaron organizar dos reuniones con jóvenes de pandillas en las que se les presentaron dos opciones: unirse a las AUC o ser declarados objetivo militar (Verdad Abierta 2011). En la segunda de estas reuniones -octubre del 2001- de acuerdo con el informe del 2018 y con el medio especializado Verdad Abierta (2011;2013), se realizó una suerte de

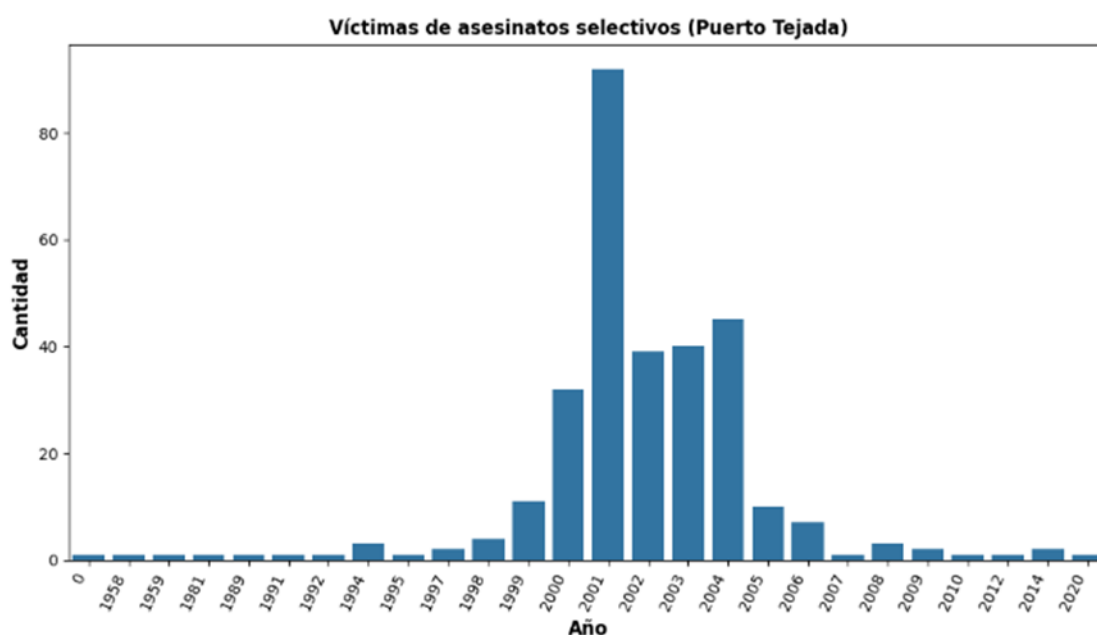
¹⁸ Cuando haga mención al Bloque -en mayúscula- estoy haciendo referencia al Bloque Calima de las AUC.

¹⁹ Por medio de los Acuerdos de la Verdad, un mecanismo extrajudicial tendiente a reconstruir la memoria histórica de quienes se acogieron a la desmovilización de las AUC en el proceso de Justicia y Paz.

ceremonia de “desmovilización” en la que aproximadamente 50 jóvenes entregaron sus armas a los paramilitares y 10 se les unieron para engrosar sus filas, especialmente con el objetivo de exterminar a los que decidieron no someterse. Dos años después, en el 2003, Santa sería elegido alcalde de Puerto Tejada, aunque posteriormente destituido por incurrir en inhabilidades antes de su elección. En la misma línea, su sucesor, Rubén Darío Gómez Bermúdez también tuvo investigaciones por nexos con el paramilitarismo (El Tiempo 2009).

Como consecuencia, el Bloque buscó instaurar un control social y del monopolio de la violencia en lo que se conoce en el territorio como la “limpieza” (CNMH 2018). Es decir, el exterminio sistemático de población percibida como “indeseable” o “desechable”: jóvenes integrantes de pandillas, habitantes de calle, traficantes de drogas, “drogadictos”, trabajadoras sexuales y población LGBTIQ+ (Fernández Hernández, 2018). Este periodo, que se extendió hasta la desmovilización de las AUC, significó el punto más álgido del municipio en materia de asesinatos selectivos y masacres, como mostraba en la introducción. De acuerdo con los datos del SIEVCAC, sólo el año 2001 concentró el 30% (92 personas) de las víctimas por asesinato selectivo en el territorio entre 1958-2020. El periodo comprendido entre el 2000 y el 2004 concentró el 80% de las víctimas (248 personas), de las cuales el 60% eran menores de 28 años.

Gráfico 2. Asesinatos selectivos (1958-2020)



Fuente: elaboración propia con datos del SIEVCAC

Como consecuencia, este periodo trajo consigo un estremecedor aumento en el número de homicidios. De acuerdo con las cifras del Registro Único de Víctimas (RUV), analizadas por CNMH (2018), el crecimiento porcentual del total de homicidios fue del 635% entre 1998 y el 2003, pasando por un aumento del 1.430% entre 1998 y el 2001.

Gráfico 3
Homicidios por municipio (1998-2003)

Departamento	Municipios	1998	1999	2000	2001	2002	2003
Cauca	Buenos Aires	40	10	78	124	20	51
Cauca	Caldono	24	9	26	49	31	41
Cauca	Caloto	37	35	93	178	169	71
Cauca	Morales	9	N/R	71	6	20	12
Cauca	Piendamó	9	38	23	14	41	150
Cauca	Puerto Tejada	20	32	66	306	168	147
Cauca	Santander de Quilichao	46	116	378	467	260	11
Cauca	Suarez	17	3	64	11	25	130
Valle del Cauca	Jamundi	121	98	295	285	237	1.584
TOTAL		323	341	1.094	1.440	971	2.197

Fuente: RUV.

Tomado de CNMH 2018: 310

En definitiva, un régimen de seguridad sustentado en “miedo, castigo y control de la vida social” (Ruiz 2023: 8); conectado con el modelo de acumulación violento de capital y poder que caracteriza al fenómeno paramilitar (Ruiz 2023). Como nos comentó uno de los directores de la red de salud del municipio durante aquellos años:

Por lo menos el tema de las Autodefensas, uno los veía así en la calle. Haciendo control y llamándole la atención a usted porque le pegó a su pareja o si su pareja le pegó a usted, entonces era un tema delicado (Jesús, comunicación personal, 2023).

A partir de esta práctica de matanza, como bien destaca Perea (2015), buscaron generar cierta legitimidad, especialmente en ciertos sectores de la sociedad como los comerciantes. El dueño

de una tienda en uno de los barrios del oriente, quien abrió su negocio pocos días antes de la llegada del bloque Calima, lo expresó en los siguientes términos:

Llegaron los paras aquí y eso era bueno, con las puertas abiertas. Usted en el negocio era de puertas abiertas, esos muchachos no robaban y si robaban usted iba y les decía a esos señores y ellos iban y le reclamaban las cosas: hagan favor y le entregan; y ahí mismo tenían que traer eso (Pablo, comunicación personal, 2023).

No obstante, los grupos de pandillas no desaparecieron con la llegada de los paramilitares. Por el contrario, en el año siguiente a la desmovilización de estos últimos aumentaron los homicidios, como consecuencia de la proliferación de grupos pandilleriles, la *diversificación de rentas ilegales* y los marcados escenarios de exclusión (Sinisterra-Ossa, Valencia & Villegas, 2019). Se trata, en últimas, de una manifestación más de los acuerdos tejidos por los grupos paramilitares con colectivos locales de delincuencia y/o violencia –como las pandillas– a las que sometieron en un primer momento, pero *a posteriori* persistieron por sus profundas raíces locales (Ruiz 2023).

Las FARC y las disidencias

En el caso de las extintas FARC y sus disidencias, no es posible hablar de una presencia manifiesta en el municipio, a diferencia de otras zonas del país en las que se hacía evidente en realidades como la construcción de infraestructura (ver Uribe, Otero-Bahamón & Peñaranda 2020). En el recuerdo de algunos habitantes del municipio están un par de incursiones guerrilleras en contra de comercios²⁰, pero en ningún momento fue una figura reconocible por la comunidad, a diferencia de los paramilitares. Los datos del SIEVCAC reflejan únicamente cuatro acciones bélicas por parte de las FARC en el municipio²¹ -dos en 2012, una en 2013 y la restante en 2015- dirigidas hacia las fuerzas del Estado; dos ataques a poblados²² en 1998 y

²⁰ Algo que fue mediatizado por el periódico El Tiempo (2000).

²¹ El municipio registra únicamente 11 acciones bélicas entre 1944-2020, entendidas por SIEVCAC como “aquel acto que se lleva a cabo bajo el quehacer legítimo de la guerra, teniendo en cuenta que responda a un objetivo militar definido y haga uso de medios y armas lícitos en el combate. En las acciones bélicas se ven involucradas al menos dos partes”. Es importante precisar que no en todas las acciones bélicas se logra identificar a los grupos de los involucrados. En todo caso, terminan siendo muy pocos registros frente a los 1.655 reportados en todo el norte del Cauca.

²² “Se entiende como una incursión por parte de un grupo armado que implica la ocupación transitoria de un territorio y una acción militar continuada dirigida hacia el arrasamiento de un objetivo militar dentro de un casco urbano o centro poblado y que provoca afectaciones a la población civil”. CITAR!

2000; una masacre en el 2012 que acabó con la vida de seis funcionarios públicos²³. De este modo, y aunque no debe minimizarse la gravedad y la victimización de estos hechos, se trata de una violencia de menor recurrencia respecto a la protagonizada por el exterminio paramilitar. Principalmente porque se trató de episodios puntuales, a diferencia de los años de presencia y control del Bloque Calima.

Pasando a la dinámica de violencia política con los grupos de disidencia, es claro que la desmovilización de las FARC derivó en una reconfiguración de la oferta criminal y de los actores armados. Volviendo un momento a la mirada regional, es claro que tras los acuerdos del Teatro Colón, en zonas como el norte del Cauca, se ha producido un recrudecimiento de la violencia y de las economías ilegales (Ibarracín et al. 2020). En el año 2022 la línea de investigación de Paz, Posconflicto y Derechos Humanos de la Fundación Paz & Reconciliación (PARES) señaló que los cultivos de hoja de coca y marihuana persisten en el norte del departamento, a pesar de la firma de los acuerdos. Actualmente la subregión –otrotra bajo el control de las FARC con la presencia de los frentes 6, 30 y las columnas móviles Jacobo Arenas, Gabriel Galvis y Miller Perdomo– cuenta con la presencia del Comando Coordinador de Occidente (CCO), una confederación de grupos armados post-FARC (GAPF) con presencia en los 13 municipios por medio de las columnas móviles Jaime Martínez y Dagoberto Ramos (PARES 2021).

Para el caso puntual de Puerto Tejada, los mapas elaborados por PARES (2021 y 2022) reflejan que el municipio pasó de no tener presencia de GAPF en el 2021 (mapa 3), a contar con la Columna Móvil Dagoberto Ramos para el 2022 (mapa 4). Empero, como bien señalan Johnson et al (2024), la injerencia de estos grupos es un tópico complejo que no es homogéneo espaciotemporalmente, por lo que se trata de un fenómeno cambiante y en constante evolución. A manera de ejemplo, las columnas móviles Dagoberto Ramos y Jaime Martínez fueron rivales hasta abril del 2020, cuando consolidaron una alianza en el marco del CCO (Johnson et al. 2024).

²³ El SIEVCAC define una masacre como “Se entiende como el homicidio intencional de cuatro (4) o más personas en estado de indefensión y en iguales circunstancias de modo, tiempo y lugar, y que se distingue por la exposición pública de la violencia y la relación asimétrica entre el actor armado y la población civil, sin interacción entre actores armados”.

La evidencia en terreno sugiere, más bien, una injerencia difusa que se produce en los márgenes. Algunos liderazgos políticos y comunitarios hacen hincapié en la relación simbiótica que tejen con varias de las pandillas del territorio. Específicamente, hablan de intercambios de productos robados, especialmente motos, que son hurtados en Puerto Tejada y sus alrededores para ser intercambiados en la “montaña”, aquellos municipios ubicados en la ladera de la cordillera central como Corinto y Miranda, por munición y armamento. Así lo explican tres liderazgos del territorio:

si te das cuenta, el tema del cartel en el norte (refiriéndose a las disidencias) del Cauca ha sido muy visible por el corredor que ellos están peleando en la parte alta que tiene que ver con la cordillera y sobre todo en la parte que agarra Caldono, Cajibío, Jambaló y el tema de Corinto y Miranda, por esa pelea que tienen en ese corredor... nos damos cuenta de la inmersión de ellos dentro del espacio y dentro de esas pandillas (Lina, comunicación personal, 2024).

Entonces, ese tema sí se está viendo sigilosamente...Por ejemplo, lo de las motos que es muy frecuente en el municipio, las llevan, las suben y de allá [la montaña] bajan otras cosas. Pero cómo te digo...no son frenteros, caminando fuerte, pero sí en paso corto. Ahora... algunos sectores [barrios] han mostrado [la injerencia de] estructuras en el tema del armamento ¿cómo se ha conseguido? [por parte de los muchachos de las pandillas] (Jesús, comunicación personal, 2023)

El tema de la moto que es muy frecuente en el municipio, están llevando, la están subiendo y allá bajan otras cosas (Luis, comunicación personal, 2023).

Balance de la violencia política

A pesar de que Puerto Tejada no fue priorizado por la institucionalidad del posacuerdo en los Programas de Desarrollo con Enfoque Territorial (PDET) y las Zonas Más Afectadas por el Conflicto (ZOMAC), sin duda, ha tenido una larga historia de violencia política en los términos de terror y agresión física planteados por Feixa y Ferrándiz. De las guerrillas que han tenido presencia y/o injerencia en el municipio, las FARC y sus grupos disidentes han operado en el territorio bajo criterios instrumentales e intervenciones puntuales. El M-19, por su parte, tuvo una raigambre más local, con combatientes autóctonos del municipio y accionar ampliamente reconocido por la ciudadanía en su momento; acompañada de la brutalidad del Estado para perseguirla. Además, la forma de operar de este último grupo es un elemento interesante

respecto a la conexión entre pobreza y desigualdad (violencia estructural, como veremos más adelante) con la violencia política, como enfatizaba Gregorio. Sin embargo, el relato más crudo de tal violencia política fue el acaecido por el Bloque Calima. Una herida que, como mencionaba, es recordada incluso por la población más joven -a pesar de haber ocurrido hace dos décadas- y que legitimó el exterminio como forma de “pacificar el municipio”.²⁴

Violencia estructural

La violencia estructural es un concepto clave en las ciencias sociales, desde la conceptualización primaria de Galtung (1969). Bourgois (2001) la entiende en términos de aquellas formas de dolor físico y/o espiritual (emocional) producidas por la organización político-económica. Es decir, aquella que es producto de los cimientos sociopolíticos y económicos (Calderón 2009), por lo que no cuenta con perpetrador definido que incurra en actos y objetivos específicos (Ebel 2018). Se trata, en últimas, de dinámicas de pobreza y desigualdad anclada en elementos como las condiciones de vida y de trabajo (Bourgois 2001).

En Puerto Tejada, la pobreza monetaria tiene cifras alarmantes. De acuerdo con las estimaciones del Departamento Nacional de Planeación (DNP) -con corte a junio del 2024- 15.162 personas, equivalentes a cerca de un tercio de la población total del municipio, se encuentran registradas en hogares con pobreza extrema (a partir de su capacidad para generar ingresos) en el SISBÉN IV²⁵. De acuerdo con los mismos datos, 11.706 personas (cerca del 25% del total de la población) viven en hogares con pobreza moderada y 7.090 se están en hogares con algún grado de vulnerabilidad económica en materia de generación ingresos. Como consecuencia, 2 de cada 3 portejaños reside en un hogar con algún grado de vulnerabilidad económica.

En palabras de un funcionario de la Personería del Pueblo en el municipio:

aquí este es un tema estructural porque encontramos distintos factores que convergen en la problemática social que tiene la municipalidad. Crisis, por lo menos, en temas de vivienda, de empleabilidad, aquí es imperativo el tema de que muchas familias vean como su sustento la

²⁴ Sobre este particular profundizaré en el capítulo II.

²⁵ El SISBÉN es el Sistema de Identificación de Potenciales Beneficiarios de Programas Sociales. Los datos provienen de la ficha territorial del municipio, disponible en TerriData: https://terridata.blob.core.windows.net/fichas/Ficha_19573.pdf

informalidad, en un alto porcentaje está la informalidad como el mecanismo de subsistencia (Pedro, comunicación personal, 2023).

Algo que también nos señaló en entrevista el ya señalado oficial de Policía:

Tenemos unos factores de riesgo estructurales ... Es un municipio donde se evidencia mucha informalidad (comunicación personal, 2023).

Dicha informalidad²⁶ se traduce en una dinámica que se denomina localmente –al igual que otras zonas de Colombia– como “el rebusque”, expresión que refiere la necesidad de buscar dinero diariamente como independiente, al no tener una fuente estable de ingresos. Esta dinámica tiene dos caras notorias²⁷: la primera son las mujeres que trabajan en Cali como empleadas de servicio doméstico. Así lo describe Lina: “la costa pacífica caucana maneja un alto grado de analfabetismo, entre esas familias, lo cual causa que esas madres tengan que ir trabajar como empleadas domésticas a Cali” (comunicación personal, 2023). Algunas de ellas trabajan internadas, por lo que viven en su lugar de trabajo con uno o dos días de descanso a la semana. La otra es configurada por las “boleteras”, quienes recorren el municipio vendiendo boletas de lotería a módicos precios y con premios de bajo monto. Por su parte, los hombres suelen trabajar requisando caña²⁸, en talleres de motocicletas, entre otro tipo de labores similares. Para ambos géneros, es común también recurrir paralelamente a todo tipo de ventas ambulantes –prendas de ropa, comida, lociones y similares– para suplir las necesidades materiales del hogar.

En el caso de quienes sí cuentan con un trabajo formal, este se ubica por lo general en alguno de los tres grandes ejes económicos del municipio: agroindustria, industria y comercio; donde los locales suelen representar la mano de obra poco calificada (Defensoría del Pueblo 2022). Por su parte, la zona franca del norte del Cauca es proveedora de opciones laborales formales, aunque algunas voces señalan que el parque industrial del municipio no ha derivado en una mejora circunstancial de las condiciones de vida de la población (Sinisterra-Ossa, Valencia & Villegas, 2020).

²⁶ Algunas de las características de esta informalidad las describe Lora (2021): no recibir un salario fijo cada mes, no tener vacaciones pagas ni las prestaciones sociales que benefician a los trabajadores del sector formal.

²⁷ Resaltan por ser las que más se mencionaron a lo largo de las entrevistas y las más visibles cuando se visita el territorio.

²⁸ Un trabajo consistente en cortar la caña de azúcar para luego vendérsela a los ingenios azucareros y demás empresas del parque industrial.

En línea con esto último, el valle geográfico del río Cauca ha sido un territorio en disputa entre las instituciones del Estado e iniciativas privadas de desarrollo agroindustrial, por un lado, y las comunidades étnicas afro e indígenas del otro (Correa-García et al. 2018). Correa-García et al. (2018) señalan que desde 1910 el desarrollo industrial empezó a cambiar el paisaje del valle, con un auge del monocultivo de caña entre 1960 y 1980²⁹. En este último año, señalan los autores, los ingenios recurrieron a diversas técnicas para hacerse con la tierra de los pequeños propietarios, de modo que el monocultivo extensivo de caña desplazó a otro tipo de cultivos, en contra de la soberanía alimentaria de la región. Como consecuencia, en la actualidad la caña de azúcar es por amplia diferencia el cultivo más importante en el municipio.

Gráfico 3.

Cultivos de Puerto Tejada³⁰

Cultivos de mayor producción en la entidad

Orden por nivel de producción (2021)	Cultivo	Producción (t)	Rendimiento (t/ha)
2  Primer cultivo	Caña de Azúcar	6.161,13	1,19
2  Segundo cultivo	Plátano	889,00	14,00
2  Tercer cultivo	Maíz	665,00	6,65
2  Cuarto cultivo	Limón	635,32	18,00
2  Quinto cultivo	Naranja	228,25	19,76

Fuente: UPRA

Fuente: Ficha de caracterización territorial de TerriData

Uno de los consejos comunitarios del territorio describe el proceso de desaparición de las fincas tradicionales así:

la industrialización de la caña nos traído una desventaja. Acabaron con nuestras fincas tradicionales de pancoger y fuera de eso, a nuestra gente les quitaron su tierra. ¿De qué manera? Con la ayuda del mismo Estado les quitaron sus tierras. ¿Por qué les quitaron sus tierras? Porque los obligaban a vender. Porque a nuestro abuelo, al padre de mi tía, que está aquí al lado, tenía su terreno. ¿Y qué hicieron? Le hicieron unas zanjas alrededor para que se inundara y obligarlo a vender (comunicación personal, 2024).

²⁹ Producto de diversos factores como el aumento en las exportaciones a causa de que Estados Unidos dejó de comprarle azúcar a Cuba por la revolución, aunados a otros factores de orden local y nacional (Correa-García et al. 2018).

³⁰ El rendimiento calcula el producto en toneladas por hectárea cultivada.

Me remonto al pasado. Los negros de Puerto Tejada eran negros elegantes y negros que tenían cómo comer y cómo subsistir, que tenían su tierra. Y el cacao de la zona nuestra era el mejor cacao de Colombia, a nivel mundial. Era el mejor cacao que se sacaba a diario, el mejor cacao que se trataba de aquí. Este cacao era vendido en la bolsa de valores (comunicación personal, 2024).

Tales transformaciones durante el siglo XX convirtieron un sistema territorial de humedades, propicio para actividades agrícolas, en un enclave para la extracción de caña, de modo que las comunidades campesinas vendieron sus tierras para dedicarse al corte de caña a manera de proletarios agrícolas³¹ (Uribe-Castro 2014). Se eliminó la finca tradicional campesina portejadeña, la cual “se oponía a la huerta, el otro espacio de cultivo, en la medida que estaba destinada casi por completo a que su producto se comercializara. Su tamaño oscilaba entre la media y las 10 plazas, cultivadas principalmente con árboles de cacao y en menor medida de café y plátanos” (Zape Jordán 2018: 37). En una suerte de *acumulación originaria*, en el sentido planteado por Marx y Engels en el siglo XIX (2002), tales territorialidades fueron eliminadas forzosamente para el monocultivo extensivo de caña, una realidad geográfica palpable a lo largo del valle³², a la que no es ajena la carretera entre Cali y Puerto Tejada.

El trabajo de campo permitió testificar esta realidad y conocer historias atravesadas por la pobreza y la vulnerabilidad socioeconómica. En definitiva, contextos en los que a las familias les cuesta en demasía “llegar a fin de mes”³³. Un ejemplo de este esfuerzo por tratar de subsistir en este escenario es lo que nos comentaba Amalia, una abuela que quedó a cargo de sus nietos después de que su hija fuera asesinada en el marco de disputas entre pandillas: “Así se me partan las uñas y me rompe el lomo así, arrastrándome, a mis niños no lo dejo aguantar hambre,

³¹ Proletariado agrícola hace referencia a “trabajadores de los latifundios que venden su fuerza de trabajo por un salario. Entre éstos se encuentran los que se caracterizan por ir de latifundio en latifundio vendiendo su fuerza de trabajo en los períodos de siembra y de cosecha. Son los trabajadores que están en peores condiciones en el campo, debido a que pasan una gran parte del año sin encontrar trabajo y viven en condiciones muy inestables, sin un lugar fijo donde poder establecerse” (Harnecker 1971, citado en Uribe-Castro 2014: 23). Sin embargo, esto último es matizado por Zape Jordán (2018), dado que los campesinos nortecaucanos de Puerto Tejada tenían una compleja y asimétrica relación con los hacendados. El autor incluso habla de casos de semi-propiedad o propiedad condicionada, dado que en ocasiones los campesinos debían pagarles a los hacendados por hacer uso del suelo. Así describe al campesino portejadeño del siglo XX: “El agricultor portejadeño se dedicaba, en términos generales, a las labores del cultivo de productos vegetales para fines de consumo familiar pero también con intereses comerciales. Se servía, además, de la actividad pecuaria pero en un grado más bien marginal y tendía a ser una labor cuyo producto complementaba la dieta del hogar. Usualmente esta actividad tenía que ver con la cría de animales pequeños como gallinas y cerdos” (2018:26). En todo caso, el mismo autor destaca el quiebre entre la racionalidad del campesino nortecaucano -con una conexión espiritual hacia la tierra y sus ancestros- y el proyecto de la modernización capitalista encarnado en la agroindustria de la caña.

³² Valle geográfico del río Cauca, más allá del departamento homónimo.

³³ Cumplir con sus necesidades económicas, incluyendo la alimentación.

y a los que están alrededor mío, también, si pueden comer, también comen. Y ahí vamos” (comunicación personal, 2024).

Una profesora, integrante del consejo comunitario ya referenciado, también hizo menciones puntuales a los problemas económicos y las dificultades diarias incluso para alimentarse:

Descubrimos unas niñas, de nueve años, que no sabían que en las otras casas comían algo distinto a un vaso de agua de panela y una tostada con nata. Cuando descubrieron que en otras casas comían otra cosa distinta, una proteína, ¿qué hicieron? Se agarraron a llorar, porque ellas, a esa edad y todo el tiempo una aguapanelita y una tostada cuando la había. Hablamos con la mamá: [y dijo] yo las acostumbré así porque yo no tengo los recursos para ver las tres comidas del día (comunicación personal, 2024).

En la misma línea, la profesora comentaba que esta problemática configura un terreno propicio para la deserción:

Y el muchacho llega al colegio, nosotros tenemos niños que llegan sin desayunar, no tienen que almorzar, porque todavía lo de la alimentación escolar no está contratada. Niños que dejan de ir, no tienen el transporte: [dicen] “mi mamá no tenía para el transporte, mi mamá no tenía para la comida” (comunicación personal, 2024).

Las constricciones económicas de las familias en Puerto Tejada deriva, de igual forma, en obstáculos mayúsculos en materia de acceso a la educación superior. En muchos casos, esta debe alcanzarse por fuera del perímetro del municipio ante la escasez de oferta, dado que no son muchas las instituciones educativas, ni siquiera el propio Servicio Nacional de Aprendizaje (SENA), con instalaciones en el territorio. Como consecuencia, deben dirigirse a Cali o Santander de Quilichao para poder estudiar, lo cual implica un gasto económico considerable para la frágil economía de los hogares, a pesar de la bolsa de subsidios que ha sido asignada en los últimos años para transporte³⁴. El pasaje en “pirata³⁵” cuesta 8.000 pesos colombianos

³⁴ Recursos del gobierno municipal.

³⁵ Transporte informal prestado por carros particulares. Es el principal medio de transporte en Puerto Tejada y demás municipios del país en los que no existe transporte público de calidad y accesible. Es una realidad dramática, en la medida en que una persona que deba transportarse diariamente a Cali de lunes a viernes gasta en promedio 280.000 pesos (COP) al mes, una quinta parte del salario mínimo para de 2025. Lo anterior, únicamente para llegar desde Puerto Tejada hasta el sur de Cali, sin tener en cuenta que en muchos casos deben transportarse hacia otros lugares de la ciudad. Muchas familias recurren a comprar motocicletas, pero estas implican igualmente una serie de gastos, aunado al riesgo por las malas condiciones de iluminación y demarcación de la carretera que conecta a los dos municipios. o incluso los riesgos en materia de seguridad por los recurrentes robos.

(COP)³⁶, por trayecto, desde Puerto Tejada hasta el centro comercial Ciudad Jardín, al sur de Cali, o viceversa. El transporte a otros municipios como Santander puede llegar hasta los 15.000 (COP) por trayecto. Tal es el caso de uno de los hijos de Victorino, miembro de una de las juntas vecinales de los barrios del oriente:

Hay muchachos que quieren estudiar, pero los padres son pobres, como uno, y no tienen cómo sacarlo adelante. Seguir una carrera. Ese algo que yo quisiera, que aquí en Puerto Tejada hubiera una universidad, porque aquí muchachos tienen que ir estudiar a Cali o a Palmira. Aquí tengo un hijo que no ha terminado la universidad y tiene que ir todos los días pagando pasajes a Palmira. Eso queda muy duro (comunicación personal, 2024).

Lo mismo experimentó con una de sus hijas, que no pudo continuar sus estudios:

Yo tenía a una hija estudiando en Santander (de Quilichao). Ya lo corté el estudio este año. Estos tres días que estuvo yendo, ya no, porque ya no puedo. Los pasajes muy largos están muy duros. 15 mil pesos diarios que le tengo que dar (comunicación personal, 2024)

De este modo, algunas personas en el municipio señalan el rol de esta cruda realidad en la violencia pandilleril y criminalidad. Así lo cuenta Victorino:

Es que muchos muchachos ahí que, sinceramente, andan en ese conflicto (entre pandillas), no porque quieran, sino que es la necesidad. Porque por aquí había muchos muchachos que habían mandado hoja de vida para las empresas y nada de trabajo. Entonces, ya se reúne con un compañerito: hoy, no cogió, mañana no cogió, pasado mañana ya va entrando al gremio (pandillas) porque no tiene de qué sostenerse tampoco (comunicación personal, 2024).

Alex, un joven integrante de una pandilla de los barrios del oriente expresa la complejidad de este contexto como uno de los factores de riesgo por los que resolvió empezar a robar para generar ingresos: “estaba robando porque no tenía oportunidades, de cómo coger un ingreso para comer. O sea, me toca día a día y hay veces que usted sabe cómo es” (comunicación personal, 2023); aunque esto último no puede ni debe asumirse en tono determinista, ya que son muchos los matices y elementos que influyen en una decisión como la tomada por Alex (Cerón-Steevens & Linares-Gómez 2025).

Balance de la violencia estructural

³⁶ Precio para 2026, en 2025 era de 7.000 COP.

La violencia estructural en Puerto Tejada es en últimas un reflejo del tipo de violencia que Galtung (1969) conceptualizó en su forma más primaria como aquella que se produce por la brecha entre el potencial y la materialización factual: “la violencia está presente cuando los seres humanos son influenciados de tal forma que su realización somática y mental se encuentra por debajo de su potencial” (1969: 168³⁷). De este modo, parafraseando a Galtung, cuando una persona muere de hambre -o no tiene como alimentarse o alimentar a sus familia- en un contexto en el que dicho sufrimiento es evitable, estamos entonces ante una manifestación de violencia. Resulta profundamente violento que los descendientes de una tierra fértil que otrora permitió soberanía alimentaria a quienes la habitaban, a pesar de dinámicas estructurales de racismo, vivan en medio de la pobreza y las dificultades para garantizar su alimentación.

Del mismo modo, es violenta la forma en que múltiples proyectos de vida se ven obstaculizados por dificultades materiales, evidenciado en realidades como la interrupción de trayectorias educativas. En últimas, es una realidad con muy poco desarrollo, en el sentido amplio planteado por Sen (2000), en el que pululan fuentes de privación de la libertad –la agencia completa para determinar un proyecto de vida- en forma de pobreza, escasez de oportunidades e insuficiencias sociales sistemáticas.

Violencia simbólica

Respecto a la violencia simbólica, Feixa & Ferrándiz la entienden en términos de Bourdieu como “las humillaciones internalizadas y las legitimaciones de desigualdad y jerarquía, partiendo del sexismo y racismo hasta las expresiones internas del poder de clases” (2004:162). De esta forma, es una manifestación de violencia que parte del lenguaje y la percepción de quienes dominan sobre las personas dominadas (Bourdieu 2002). Este tipo de violencia se encarna localmente en al menos tres grandes caras: 1. Racismo. 2. Violencia patriarcal. 3. Estigma territorial.

El primero de ellos, racismo, lo entiendo a partir de lo planteado por Laura Rita Segato (2007). Según la autora, *raza es signo*, es decir, un significado cuyo significante está abigarrado en una estructura determinada que produce y reproduce “sus procesos de instalación en detrimento de, y a expensas, de los otros, que este mismo proceso de emergencia justamente segrega secreta y simultáneamente” (2007:142). Siguiendo el argumento de Segato, esto se traduce en que los

³⁷ Traducción libre del inglés.

sujetos reciban una marca por “rasgos indelebles”, entendidos socialmente como orgánicos, que “exhiben su lugar en la escala social y su anclaje en posiciones estructurales” (143).

De esta forma, el racismo se materializa en experiencias puntuales. Una de las lideresas del Consejo Comunitario nos comentó con indignación cómo tiempo atrás había estado buscando con su familia ropa en una tienda reconocida de Cali. Una vez allí, percibió que el personal de seguridad les estaba vigilando de cerca, lo que la inquietó en un primer momento, seguido a que cuando estaban saliendo del lugar les solicitaron revisar sus morrales. Como consecuencia, nos cuenta que sintió rabia e indignación, pues vio como a las personas “blancas” que salieron antes no les hicieron la misma solicitud; aunado a que no era la primera vez que vivía una situación de esta naturaleza en tiendas de Cali. En ese marco expresó lo siguiente:

Dicen que el negro es haragán. A nosotros nos enseñaron a vernos feos porque nos tratan como animales. Y eso se hereda. Yo miro la televisión... cuando sacan un negro en una propaganda, lo sacan mocoso y mal vestido. ¿Por qué no lo sacan bien? Porque todos los negros no andamos ni mocoso ni mal vestidos. Porque es estigmatización (Comunicación personal, 2024).

Tales expresiones dan cuenta de los imaginarios violentos que permean la cotidianidad de las personas racializadas, configurados en un cúmulo de narrativas cambiantes en el tiempo, pero sostenidas sobre la base de que una supuesta inferioridad debido a rasgos fenotípicos dados (Pérez-Carvajal 2017). Frente a esto, vale recordar que Puerto Tejada es uno de tantos enclaves negros segregados en el país que mantienen una relación con un gran núcleo urbano –en este caso Cali– en un proceso simultáneo de exclusión e inclusión socio-racial en términos del establecimiento de una dinámica relacional y espacial de centro-periferia (Wade 2020). Empero, la racialización no es una experiencia monolítica, por lo que debe ser leída en clave interseccional en función de otras categorías como el género. No es casualidad que se escuchen frases en Cali como “necesito una negra para que me ayude en la casa”, pues se asume que una persona con ese perfil, femenino, es la persona para adelantar dichas labores domésticas³⁸;

³⁸ Un ejemplo claro de esta realidad fue la polémica foto que la revista española *Hola* le tomó a las mujeres de una de las familias más adineradas de Cali, en la que aparecían de fondo –casi a manera de escenografía– dos mujeres negras de perfil, quienes trabajaban con la familia en el servicio doméstico, mientras las blancas adineradas le posaban a la Cámara. La historia es analizada por Andrés Pérez-Carvajal (2017).

mientras que las personas negras con fenotipo asociado a lo masculino están más expuestas a la violencia policial³⁹.

A lo anterior se adiciona la violencia patriarcal y de género. Para ello, vale la pena señalar la definición de patriarcado –extrapolable a otras formas de dominación– esbozada por Segato (2003, 2007) en términos de una estructura relacional ordenada jerárquicamente que “distribuye valores entre los personajes del escenario social” (2003:14). La mencionada estructura, con sus respectivos significados, deriva en una serie de prácticas que son *etnografiables* (Segato 2003). Para el caso de estudio, se hace evidente en la adopción de una masculinidad hegemónica que conecta con lo descrita por Adam Baird (2018), a propósito del caso de Medellín, por la proyección performativa de rasgos como fortaleza, gallardía, rudeza, potencia sexual, opulencia, entre otros. Se configura, de esta manera, una narrativa del hombre fuerte y rumbero (Ricardo, comunicación personal, 2025), aunque también cabe la salvedad de que, como también destaca Baird, tal masculinidad no es monolítica ni estática. Debe ser leída en clave contextual y entendiendo que, para el caso de Puerto Tejada, la fuerza de los atributos performados puede variar entre población vinculada o no con la gallada, pues no es el mismo nivel de violencia que se llega a desplegar en uno u otro caso. Fruto de tal dinámica, se maneja un equilibrio para, según qué caso, no aparentar “ser más hombre que otro”, pues “por eso también te dan (agreden)” (Ricardo, comunicación personal, 2025).

En todo caso, se evita a toda costa ser “una loquita”, afeminado, o cualquier adjetivo que menoscabe la masculinidad propia. Vemos entonces una masculinidad que se erige en contra de la feminidad, al menos en lo deontológico, por considerarla inferior. Es común el uso del femenino como insulto, visible en las publicaciones en redes sociales por parte de jóvenes de gallada. En la virtualidad los enemigos utilizan insultos como “loquitas”, “maricas”, “viejas (mujeres)”, “cacorros” y similares (notas de campo, 2025). Incluso se trata de una forma de agravio que utilizan las propias mujeres para hacer referencia a otros hombres que no cumplen con la norma y, subsiguientemente, son “poco-hombres” (notas de campo, 2025).

En la tercera categoría, el etiquetamiento es una marca que recae sobre las personas en forma estigma que profundiza la *desviación* (Becker 2009). En el municipio esto es particularmente

³⁹ A propósito de este tema, resulta muy ilustrativo el informe del *Institute on Race, Equality, and Human Rights* (2022) sobre violencia policial en Cali. En dicho documento mencionan, además, a Jenner García Palomino y Anderson Arboleda, dos jóvenes asesinados a manos de la Policía en Puerto Tejada por incumplir con las medidas sanitarias contra la COVID-19.

evidente hacia quienes residen en los barrios del oriente –sobre lo que hablaré en el apartado de estigma territorial- y particularmente en los jóvenes hombres relacionados en algún nivel con galladas. Sobre estos últimos recaen toda serie de etiquetas puestas por la institucionalidad, fundaciones y otros ciudadanos que los terminan rotulando en términos de sujetos desviados. Dentro de estas etiquetas se encuentran adjetivos como “malandros” o “viciosos”, opuestas a personas “sanas” o “de bien”, las cuales cobran sentido al analizarlas a luz de lo planteado por Becker (2009) en su aproximación a la sociología de la desviación.

Los jóvenes vinculados con las galladas son objeto de estas etiquetas por diversas razones – consumo de sustancias psicoactivas y la realización de actividades delictivas– recibiendo rótulos como los mencionados. En respuesta, empiezan a enfrentar desafíos para tener una vida típica o “normal”, profundizando su desviación. El mejor ejemplo de esto es cuando “los menorcitos” –neófitos en la gallada– empiezan a ser denominados como “calentura”, pues de este modo, son más visibles para las autoridades, y para los rivales de otras pandillas, lo que no solo los deja con mayores probabilidades de recibir ataques intempestivos de galladas enemigas, sino que los va alejando de oportunidades institucionales o empresariales en la legalidad, como es el caso de Alex:

Las ganas de trabajar, yo, por lo menos, cuando fui menor, me dieron un trabajo en el parque industrial y la gente se puso a hablar. Diciendo que yo era calentura, que yo era de todo. Me echaron (despidieron). Me estaban discriminando. Entonces yo, a medida de esa base, me fui encerrando más (Comunicación personal, 2023).

La consecuencia, como también describe el propio Alex, es que la persona termina avanzando en su carrera desviada, acentuando el grado de desviación (Becker 2009). La etiqueta, al mismo tiempo, conduce a que algunos de estos jóvenes sean percibidos como “personas desechables⁴⁰”, sobre quienes la única opción posible de intervención es esperar a que “caigan como moscas” (notas de campo, 2025) –una narrativa que está instaurada en algunas fundaciones que prefieren el trabajo con la niñez en ejercicios de prevención selectiva. De igual manera, esto se hace evidente en que la respuesta comunitaria frente al asesinato de una persona “sana” –no perteneciente a ninguna gallada– es más vehemente en términos de rechazo y dolor

⁴⁰ No es una categoría que hayamos escuchado explícitamente en campo, pero está implícita en lo que le sigue al argumento.

que cuando se trata de un joven de gallada, pues en esos casos se comenta que “murió en la guerra”, “en lo que le gustaba” (notas de campo, 2025)⁴¹.

En respuesta, algunos jóvenes de gallada pueden percibir que no se les trata como personas, tal y como nos lo explicó Amaranta en su momento, a propósito de la vereda Los Bancos. A modo de contexto, está hablando de una ocasión en la que departía con jóvenes de gallada en la zona mencionada, quienes venían apostándole a una vida al margen de la violencia y criminalidad a través de un proyecto productivo agropecuario⁴²:

yo les decía: miren, entró una mula (tractomula), entró otra mula, entró otra mula y no la robaron. Porque ellos están allá ocupados. O sea, de aquí a que salgan de esa cancha, ya la mula va muy lejos. Ya va muy lejos y no la alcanzaban a atrapar. Entonces a los muchachos (de la gallada) les fue gustando porque ellos me decían: a nosotros nadie nos había mirado como personas (Comunicación personal, 2024)⁴³.

Estos estigmas territoriales se manifiestan en dos niveles. Externamente (desde Cali), existe la narrativa de que Puerto Tejada es una zona vetada, tal y como lo evidencia el comentario que nos realizó la persona que nos condujo al territorio⁴⁴. Lo anterior, deriva en que jóvenes como Ricardo decidan poner una dirección de municipios aledaños, como Villarica, a la hora de postularse a vacantes en Cali o en el complejo industrial del municipio, pues las características de las zonas en dónde vienen –como la violencia– pasan a ser percibidas como las de quienes allí habitan (Saraví 2015). Por su parte, internamente se ha creado una narrativa similar que se centra en lo que se conoce como los “barrios del oriente” –Betania, Altos de París, Carlos Alberto Guzmán y Palenque a la que también se suma la vereda Los Bancos⁴⁵. Desde otras vecindades del municipio se le atribuye a aquella zona todos los problemas del territorio⁴⁶. Lo anterior conecta muy bien con lo que Loïc Wacquant (2007) conceptualiza como zonas con un *aura demoniaca*, percibidas como problemáticas, que deben ser evitadas en toda circunstancia

⁴¹ En el apartado de violencia cotidiana volveré a ello, a propósito del velorio de una persona “sana” que acompañamos.

⁴² Recordando lo hablado en la introducción, hace parte de una las tres iniciativas de construcción de paz que abordaré en el capítulo II.

⁴³ Sin embargo, tenemos la impresión de que tal narrativa deshumanizante se produce, sobre todo, hacia jóvenes integrantes de galladas ajenas al del barrio de referencia de quien emite el juicio. Al ser un territorio tan pequeño, es común que los integrantes de la gallada de determinada calle sean un actor reconocido por la comunidad, pues por lo general son familia o amigos, propios o de algún conocido.

⁴⁴ Al cual hice referencia en la introducción.

⁴⁵ Aunque esta no colinda con los barrios del oriente, se ubica al sur en la salida hacia Guachené.

⁴⁶ Conectado también con la noción de que el problema de Puerto Tejada son las pandillas, como si estas no respondieran a un contexto puntual en el que se concatenan múltiples desafíos.

por ser foco de violencia, vicios y disolución social; es decir, lugares que se encuentran “separados y estigmatizados, situados en lo más bajo del sistema estratificado de los lugares que componen el orden espacial de la metrópolis” (232). A propósito de esto, pudimos hablar con representantes de una de las muchas fundaciones que trabajan en el municipio. Durante el espacio que compartimos, nos expresaron que –desde su perspectiva– en el oriente ha habido toda una serie de intervenciones que no son aprovechadas por las personas, aduciendo que se trata de una cultura ajena a la “propia de Puerto Tejada”. Según sostienen, se trata de asentamientos de personas desplazadas del Pacífico, principalmente de Nariño, que no se han acoplado nunca a la “cultura portejadeña”. Hacen referencia también a proyectos como el Centro de Salud del Oriente –un punto de atención básica en Carlos Alberto Guzmán que ha enfrentado múltiples desafíos para su funcionamiento por las condiciones de seguridad y la falta de recursos– y de cómo han sido desaprovechados por la comunidad, a lo que añaden que son personas que “quieren todo regalado” y “están acostumbradas al paternalismo⁴⁷”.

En todo caso, un análisis que no compartimos por su extrema simplificación de las realidades del terreno, más aún al considerar las múltiples vulnerabilidades que allí se experimenta. Así lo comentan desde el Consejo Comunitario:

Uno quizás sabe qué es la Invasión (barrio Carlos Alberto Guzmán), la Invasión que allá es lo malo y todo eso, pero no tienen servicios básicos. Usted va allá y... agua residual por la calle; Servicio de energía, nulo. Eso es de contrabando, todo eso, es robada. Entendiendo, la gente dice: No, si yo vivo así, me acostumbro a vivir así. Entonces, si a la gente se le hace inversión en los barrios, se le acomoda los barrios, yo creo que la gente puede salir de esa situación (Comunicación persona, 2024).

El caso del barrio Carlos Alberto Guzmán es especialmente relevante. 30 años después de su fundación en medio de aquel episodio con el M-19, que mencioné en el apartado de violencia política, todavía sigue siendo llamado por muchas personas como la Invasión, incluso después de adquirir estatus legal. Como nos comentaban desde el Consejo Comunitario, se asume que “de allá es todo lo malo” –el *aura demoniaca* de la que habla Wacquant– por lo que no es fácil conseguir moto-ratón⁴⁸ o algún medio de transporte para entrar al barrio. Desde nuestra experiencia personal, abundan respuestas del tipo “yo por allá no voy”, “es demasiada

⁴⁷ El paternalismo o el asistencialismo se refiere a una crítica común en el territorio a los proyectos sociales, la cual parte de la premisa de que las personas se hacen dependientes de la ayuda externa y no procuran responsabilizarse individualmente por su bienestar.

⁴⁸ Así se les denomina localmente a quienes prestan un servicio de transporte en motocicletas privadas.

calentura”, por lo que la única forma de entrar es con alguien que viva o haya vivido en el barrio. La zona en cuestión genera temor, como nos lo explicaban desde el Consejo: “creo que tiene que ver mucho con lo de las pandillas, porque es que para poder uno entrar tiene que conocer” (comunicación personal, 2024).

Esto deriva en que personas nacidas en otro de los barrios del oriente –como Betania– sientan temor de moverse hacia otros sectores circundantes como Palenque, Altos de París o el propio Carlos Alberto Guzmán. Sin embargo, no es algo exclusivo de Carlos Alberto. Aunque en menor medida, es algo que también se ve en otras zonas de Puerto Tejada como El Triunfo – conocido localmente como El Bajón– El Granada y su vereda vecina Los Bancos. Tal es el caso de Pepe, quien, aunque haya vivido siempre en Puerto Tejada no entra a ninguno de estos barrios, salvo puntuales excepciones. Así lo cuenta:

Yo prácticamente he vivido toda mi vida aquí en el Puerto. Yo nunca había entrado para Los Bancos, porque eso es una calentura, apenas entro al canal y eso tiene que ser por algo muy importante. Yo toda la vida aquí y hay barrios que no conozco. Yo para el Bajón...o al Granada que casi no entro. Yo puedo estar aquí, yo puedo estar parado al lado del bandido y yo no lo conozco. Me roba mi teléfono porque yo no sé quién es bandido (Comunicación personal, 2023).

Con lo anterior no quiero, de ninguna manera, dar a entender que el estigma es infundado. Como lo revela el mapa presentado en la introducción, los barrios del oriente son aquellos con mayor densidad de pandillas y fragmentación por las fronteras entre las mismas. Por su parte, el sector Granada y Los Bancos también es reconocido por las autoridades civiles y policiales como uno de los más delicados en materia de violencia y criminalidad, especialmente robo por la cercanía con una carretera nacional. De hecho, la entrada hacia Los Bancos, en la intersección entre la Ruta Nacional 25 y la Vía Puerto Tejada-Guachené, está reseñada en Google Maps como “Pandillas y hurtos a mano armada”⁴⁹. A lo que hago referencia es al impacto del estigma, a la forma en que marginaliza a las personas que habitan en Puerto Tejada, en general, y a las de determinados barrios en particular. Un discurso violento simbólicamente que marca y descarta a determinados grupos poblacionales. El impacto se evidencia incluso en el hecho de que se dificulte la implementación de políticas públicas en territorio, como nos

⁴⁹https://www.google.com/maps/place/pandillas+y+hurtos+a+mano+armada/@3.2176688,-76.4134526,18.5z/data=!4m6!3m5!1s0x8e3a77e8b05f7a3f:0x98f7b6077637153d!8m2!3d3.2175742!4d-76.4139779!16s%2Fg%2F1116ps7ctv!5m1!1e4?hl=es&entry=tu&g_ep=EgoyMDI1MTAwMS4wIKXMDSOA SAFAQw%3D%3D

comentó Amaranta alrededor de los escollos para facilitar una visita del Viceministerio de Juventudes en el marco del programa Jóvenes en Paz:

Entonces, y les cuento también a raíz de eso, cuando llegaron las personas del Viceministerio de Juventud a socializar el programa Jóvenes en Paz acá. Pues nadie quería llevarlos a nuestro sector (Los Bancos) porque no era desconocido para nadie que era un sector fuerte a nivel de delincuencia (...) luego me reuní con la junta, les comuniqué, ellos dijeron que no se comprometían porque eran chicos bastante fuertes. Pero yo sí me metí (comunicación personal, 2024).

Como destaca Saraví (2015), violencia, crimen, y riesgo son características atribuidas a los vecindarios pobres y a los jóvenes que los habitan. Se convierten en áreas prohibidas para las clases sociales más privilegiadas. Los estigmas devienen en dificultades para conseguir trabajo y abuso policial. Asimismo, crean barreras para el acceso a ciertas zonas de la ciudad y promueven exclusión, cierre y aislamiento socioespacial.

Balance de la Violencia Simbólica

En Puerto Tejada, la violencia simbólica actúa como una condición narrativa habilitante de exclusiones materiales y otros tipos de violencias. El racismo traduce fenotipos en sospecha, vigilancia y desigualdad; la violencia patriarcal impone una gramática de honra que empuja a jóvenes a demostrar dureza, elevando la exposición a agresiones, y a despreciar “lo femenino”; el etiquetamiento deviene en marginalización y el estigma territorial cristaliza mapas del miedo que restringen circulación, inversión y presencia institucional. Estas capas, lejos de ser secuenciales, conforman un sistema de violencia que operan simultáneamente y que, por consiguiente, deben leerse en clave interseccional. Es desde la interacción compleja de tales categorías, que adquieren sentido localmente (Viveros-Vigoya 2016), como se configura parte de la experiencia vital de quienes residen en el municipio.

En otras palabras, desde una aproximación fenomenológica, es clave entender la forma en que se teje la relación entre racismo, patriarcado, etiquetamiento y estigma para el caso puntual, más allá de las nociones generales aquí esbozadas y que sin duda deberán ser profundizadas en futuras empresas investigativas. Un marco relevante podría ser el propuesto por Segato (2009)⁵⁰, en el que plantea la interacción de dos ejes: el estatus –la entrega o expropiación, es

⁵⁰ La autora lo plantea para entender la violencia patriarcal, más allá de la violencia simbólica; sin embargo, señala que también puede ser aplicados a otros sistemas de dominación como el racismo.

decir, la relación entre dominador y dominado— y el contrato —la relación entre pares dominadores. Con ello, podríamos ver cómo se construye esa experiencia a partir del cruce de diferentes categorías, pero se trata de un esfuerzo que sobrepasa el enfoque general de esta tesis.

Violencia cotidiana

La violencia cotidiana es aquella configurada por el conjunto de prácticas y expresiones relacionales del día a día. Un tipo de violencia que cobija, además, “la experiencia individual vivida que normaliza las pequeñas brutalidades y terror en el ámbito de la comunidad y crea un sentido común o *ethos* de la violencia” (Feixa & Ferrándiz 2004: 163)⁵¹. La cara más palpable de la violencia cotidiana en el municipio es la que protagonizan las pandillas (Cerón & Linares 2025; Bosch et al. 2017).

Violencia pandilleril y sus conexiones con el tejido social

Dentro de la matriz de significados que operan en las pandillas de Puerto Tejada podemos identificar diferentes elementos⁵². La estética *gangsta* y la narrativa de “ser el más malo” han ocupado un lugar importante en la construcción de identidades juveniles en el territorio, como anticipé en el apartado de violencia simbólica. De acuerdo con Arlene Tickner (2008), la cultura hip-hop, surgida en los guetos de Estados Unidos ha tenido un impacto global al ofrecer a las juventudes racializadas una herramienta para expresar sus experiencias de violencia. En el contexto de Puerto Tejada, se encuentra profundamente arraigada en la población masculina —vinculados o no con pandillas— el uso de ropas anchas y/o gorras de equipos de la NBA, especialmente de Michael Jordan. También es común escuchar en los barrios canciones o referencias a la música de Dr. DRE, 2Pac, Biggie, entre otros referentes del hip-hop norteamericano de los 90. Así, y siguiendo los planteamientos de Tickner, el hip-hop es acogido con los matices contextuales, al ser una herramienta de expresión de las juventudes racializadas y marginadas.

⁵¹ Una adaptación de Scheper-Hughes (1997).

⁵² No es el propósito de esta tesis explayarse en el universo simbólico de las pandillas en Puerto Tejada, por lo que haré referencia únicamente a ciertos elementos que considero centrales.

Otro rasgo simbólico importante de este universo social es la noción de ser percibido como *el más malo*. En el caso de los jóvenes vinculados a pandillas, recuperando brevemente lo expresado previamente, se encuentra muy marcada la noción de ser respetado, destacar en el barrio por su accionar en la pandilla, por convertirse en el “malandro de moda” (Ricardo comunicación personal, 2025); especialmente en aquellos de menor edad – “los menorcitos”– que se inician en el mundo de las galladas. Una palabra que se utiliza con frecuencia en el territorio es que determinado “bandido” hizo o puso “a temblar al Puerto”. Con ello se refieren a jóvenes integrantes de pandillas que trascienden las fronteras de su barrio o calle para ser reconocidos en todo el territorio por su fiereza y destreza con las armas. Algunos de estos referentes, que aparecen referenciados en varias conversaciones, son los conocidos Anduy y Cabal, ambos en los barrios del nororiente. Es especialmente diciente el caso de Anduy, cuya captura fue documentada por una nota de Noticias Caracol –un medio de comunicación de alcance nacional– en la que muestran cómo su aprehensión congregó en las calles a una multitud que quería verlo, pues se decía que había realizado un “pacto con el diablo” para evadir a las autoridades⁵³. Una década después, todavía se recuerda a este joven que, de acuerdo con la nota de Caracol, estaba siendo investigado por más de 40 homicidios.

Pepe, un joven de 18 años que no pertenece a ninguna pandilla, pero es amigo de varios de sus integrantes, lo resume así:

Pues ellos acá dicen que por su territorio, su pedazo, pero ese pedazo no es de nadie, de todos lados entra gente. Pelean por la adaptación, digamos, que digan que este es el mejor, el más malo (Pepe, comunicación personal, 2023).

En palabras de integrantes de uno de los Consejos Comunitarios del municipio:

El malandro, el jefe de pandillas, para ellas es un ídolo claro, tiene el poder. ¿Qué poder? El que ellas ven que a ellas les gusta, que les cuide en la zona, que viste muy bien, muchas otras cosas que los muchachos ven en ellos, como nosotros lo vimos en nuestra juventud, pero teníamos nosotros otros ídolos y otras personas a seguir (Consejo Comunitario, comunicación personal, 2024).

⁵³ La nota está disponible en YouTube: <https://www.youtube.com/watch?v=WOEOyzJIYFI>

Se materializa así el tipo de masculinidad hegemónica a la que hice referencia anteriormente, la cual consiste en proyectar una imagen de rudeza y gallardía⁵⁴. Para los jóvenes pertenecientes a galladas, esto último se relaciona con la adopción de un estilo de vida temerario, en el que se arriesga constantemente la vida, por ejemplo, cruzando las fronteras invisibles entre pandillas mientras se transmite en vivo por redes sociales para retar a los enemigos⁵⁵. Empero, el “pararse duro” y la subjetividad de “el más malo” no es algo exclusivo de los jóvenes inmersos en las galladas. Es un comportamiento que se replica, con matices, por los jóvenes –principalmente, aunque no exclusivamente hombres– ajenos a la pandilla. Lo anterior hace parte de “saber vivir en Puerto Tejada”, cómo nos lo explicaba Ricardo. En sus palabras: “Pues no meterse con nadie así y huirle a los problemas. O sea, no hacerse el más débil porque si no, pierde, y no hacerse el más fuerte porque también” (comunicación personal, 2024). Localmente también se le denomina como “hacer que lo traten serio”, mostrar capacidad de defenderse ante agravios, faltas de respeto o chismes. Así nos lo explicaba Zoé, una joven de 20 años que no hace parte de ninguna pandilla, y Pablo, un comerciante de 58 que vive en uno de los barrios del nororiente.

Así usted vive acá, yo llevo 20 años, yo conozco a los peladitos desde pequeño, pero también uno no se confía, ni tampoco ser huevón para estarse dejando de robar de ellos (Pablo, comunicación personal, 2024)

Pues uno llega y dice que la traten seria y aletea (discute con bravura) a la gente y groserea (insulta), y yo puedo ir para cualquier barrio. Entonces, uno no se la puede dejar montar, digamos así, de alguien porque todo el tiempo esa persona, o sea, si te la dijo la primera y vos te quedas callado, esa persona se te va a subir encima (Zoé, comunicación personal, 2023).

En ese sentido, la violencia de las pandillas no se produce en el abstracto ni separada de su tejido social de referencia, este último como el cúmulo de intercambios, vínculos y símbolos por medio del cual se construye un “nosotros” (Perea 2016; Red Quynza 2025). Conecta con la idea de Carlos Mario Perea (2005) de que “la pandilla no es otro, es un extremo de nosotros”

⁵⁴ Aunque esto último, cómo bien destaca también Baird, tiene también una lógica instrumental y está atravesado por múltiples matices, de modo que en un mismo individuo pueden operar distintas masculinidades. Un ejemplo claro de lo anterior lo evidenciamos en uno de los llamados barrios del oriente, en el que un grupo de jóvenes de una gallada cuidaba enternecedoramente a un compañero que perdió -al menos temporalmente- la capacidad para caminar en medio del conflicto.

⁵⁵ Aunque no es algo exclusivo, sí es ampliamente reconocido localmente como un comportamiento de “los menorcitos”.

(301). La violencia asociada a las pandillas ha permeado profundamente a la sociedad porteña, provocando que –a pesar de que no existen estimaciones estadísticas oficiales– todas las personas con quienes hemos conversado (jóvenes en pandillas, residentes, comerciantes, liderazgos comunitarios y políticos, etc.) han perdido algún amigo, familiar, vecino o conocido en medio de la confrontación entre galladas.

Tenemos acá una situación y es la naturalización del dolor podemos decir que un 80% de las personas han perdido seres queridos, que el que no perdió el papá, perdió la mamá, perdió el hermano, perdió el hijo, así por ese estilo. Esa naturalización del dolor afecta demasiado (oficial de Policía, comunicación personal, 2023).

En su defecto, tienen algún vínculo de amistad o parentesco con alguien que es o ha sido miembro de alguna pandilla. En palabras de Lionel:

En estos momentos ya no hay cambio, porque ya hay muchos muertos tanto como de acá, tanto como de allá y eso está parejo, eso matan dos de acá y matan dos de allá o hay tres bajas de acá y sucesivamente. O sea, que los que van creciendo, que tiene su hermano, que tiene su papá y se lo matan, pues va creciendo también con esa mentalidad. Por ejemplo, a mí me han matado ya un poco (bastantes) de socios (amigos) y primos también (comunicación personal, 2023).

Estas palabras de Lionel nos permiten ver con claridad el rol de la venganza en la violencia cotidiana protagonizada por las galladas. Se trata de uno de los principales combustibles para los enfrentamientos, al punto de ser uno de los dos temas más mencionados en los grupos focales cuando se les preguntaba a los miembros de gallada por los principales desafíos a la hora de salir de ese mundo⁵⁶. Cada asesinato deja detrás familiares y amigos que buscan retribución, en un ciclo que parece no acabar. Así lo expresaba Alex a propósito del caso de John, un joven integrante de pandilla que iba a ser el primer entrevistado de esta investigación, pero fue asesinado horas antes:

con la muerte de este pelado que mataron, ahora hay dos o tres más. Dos o tres amiguitos de él, que eran sanos, que lo querían bastante, del dolor, se van a declarar (unir a una pandilla), espere

⁵⁶ El otro es la seguridad personal una vez se deja al grupo, pues este termina siendo un mecanismo de protección.

y verá. Eso siempre pasa así, matan a uno y salen dos o tres más. De aquí, de allá, eso salen (comunicación personal, 2023).

En la misma línea, una de las respuestas más impactantes que recibimos durante la investigación fue cuando un joven de gallada nos comentó que el principal obstáculo para salir del grupo sería perdonar a quienes mataron a su hermana menor (comunicación personal, 2025). En ese sentido, Puerto Tejada es una sociedad atravesada por el dolor, como nos comentaba el ya referenciado oficial de la Policía:

Les voy a hacer el ejemplo con un iceberg. La violencia directa es la punta del iceberg, ¿quiénes están en la violencia directa? Los jóvenes que están en la pandilla ¿Quiénes no aparecen? La violencia indirecta, que sería la población, la población en general, ¿qué pasa con esta población? Esta población...cuando hablamos de la naturalización del dolor, ellos no toman un arma para cometer un delito, pero su posición, por su dolor, porque aquella madre que le mataron a su hijo los jóvenes de allá, quiere que los jóvenes de aquí ... ella de una u otra forma trata de dividir esa relación de los jóvenes de su entorno con los jóvenes que le asesinaron a su hijo. Y ella quiere que los jóvenes de aquí tomen acciones violentas contra los jóvenes del otro entorno. Y uno lo evidencia, uno se da cuenta, uno lo ve en el territorio (comunicación personal, 2023).

Así se produce lo que Camila denomina la instrumentalización de los jóvenes, en un sentido amplio. Esta dinámica, a su criterio, se materializa en que son las propias familias las que, de manera directa o indirecta, pueden utilizar al joven en cuestión como vehículo para concretar la *vendetta*, en una secuencia inacabable de la ley del talión donde un muerto se paga con otro muerto. Así lo señala:

Cuando digo instrumentalización no me refiero solo a armas, me estoy refiriendo a las palabras, a eso que hay ahí que alimenta a la misma inobservancia, al problema. Todo eso hace parte de la instrumentalización. Tanto armas, como los padres que los animan así: mira, este es el que mató a mi hijo, dale (comunicación personal, 2023).

Esto lo pudimos observar de manera directa en un video que compartieron a través del grupo de WhatsApp de la Mesa de Articulación por la Paz y Convivencia de Puerto Tejada, del cual hacemos parte. El video mostraba a una madre hablando al ataúd de su hijo. En el fragmento grabado, la mujer dijo lo siguiente:

Que quede claro, quien le pegó el primer tiro (disparo) a mi hijo puede estar tranquilo. Este murió fue en la guerra. El muchacho disparó porque aquí estamos en la guerra. Espero que ellos, con el lucimiento (habilidad) que tuvieron para dispararle, así en algún momento esperen el lucimiento mío porque aquí es de parte y parte.

La mujer hace una referencia clara a la venganza delante de sus nietos pequeños, para después ser aplaudida y vitoreada por los vecinos que acompañan la velación.

Consecuentemente, los enfrentamientos entre grupos responden en gran medida a tal dinámica de retaliación violenta, lo cual deriva en que “haya algunas muertes más calientes que otras”, como nos explicaba un líder social, a propósito del asesinato de uno de los jóvenes de pandilla con quien veníamos trabajando en el territorio (notas de campo, 2025). La expresión se refería a que su muerte, como efectivamente terminó ocurriendo, iba a detonar un *continuum* de enfrentamientos. Pocos minutos después del suceso, los amigos y compañeros de pandilla le comentaron al ya mencionado líder que ellos “no podían quedarse con esa”, pues la víctima era percibida como un referente positivo al estar iniciando una vida al margen de la gallada. Al final le recomendaron retirarse del lugar, pues estaban prestos para empezar los enfrentamientos en busca de su “desquite”. Al día siguiente nos mostraron una publicación en Facebook en la que integrantes de la pandilla que cometió el homicidio se ufanaban de que, como en un partido de fútbol, “iban 2-1”, pero no en goles, sino en número de muertes de un lado y otro en lo corrido del 2025 (notas de campo, 2025).

Sin embargo, la pandilla no es únicamente un vehículo para la venganza, sino también para la protección. En las historias recopiladas en campo captamos rápidamente que la gallada y la violencia paradójicamente fungen como forma de protegerse frente a la amenaza de terceros, generalmente miembros de pandilla, que restringen la movilidad a lo largo de las fronteras invisibles que demarcan el territorio entre grupos. Esto se explica, según nos comentaba el Oficial, porque desde alrededor de los 10 años los niños-hombres empiezan a ser percibidos como potenciales amenazas al presumirse la capacidad física de disparar un arma. Dicha restricción a la movilidad, asociada mayoritariamente por tener algún vínculo con jóvenes de otras galladas, desemboca en amenazas y/o persecuciones. En muchos casos, esta dinámica conduce a que la persona en riesgo termine “declarándose” (uniéndose) a una pandilla enemiga a que realizó el amedrantamiento en un primer momento. Tal es el caso de Rico y Alex.

Yo vivo en la calle desde los 14 o 15 años. Yo estudiaba en el colegio. Entonces llegaban unos manes de (la pandilla) los Dandys y me salían (buscaban). Me mantenían así, correteando (persiguiendo). Entonces yo con un socio (amigo), que se tiró (se unió a una gallada), se tiró el pedazo. Nos salimos de la escuela y empezamos a tirarle plomo a esos manes (dispararles). A tener enemigos y todo (Alex, expandillero, comunicación personal, 2023).

Yo quiero entrar en ese medio (la pandilla) porque a mí me han amenazado, me han sacado armas, me han hablado muy feo y entonces se pone uno... se aburre de esa vida. Protección, ante todo protección. Que me pasen mi arma. (Rico, pandillero, comunicación personal 2024).

Esta dinámica de venganza y protección también está atravesada por una profunda banalización de la muerte. Un comportamiento común de los jóvenes integrantes de pandillas es el uso de redes sociales, por ejemplo, transmisiones en vivo por *Tik Tok*, no únicamente para desafiar a los enemigos mientras se cruza la frontera entre grupos, sino también para celebrar la muerte de estos últimos. Cuando hay un asesinato de un joven de gallada, los enemigos, incluso de grupos diferentes a los que materializaron el hecho, empiezan a publicar contenido burlesco y celebrativo. Ello lo pudimos comprobar de primera mano con el homicidio del joven con el que veníamos trabajando en el diseño de una estrategia de prevención de la violencia, como señalé anteriormente. Nuestros contactos en territorio nos compartieron publicaciones en las que señalaban que esa noche iba a ver celebración, o un comentario señalando que “se comieron esa arepa⁵⁷”, pues tal era el sobrenombre del “finado”⁵⁸ (notas de campo, 2025). Análogamente, evidenciamos otras prácticas similares con John, ya que, en las celebraciones de fin de año, inmediatamente anterior a su asesinato, miembros de una pandilla enemiga quemaron un año viejo con su cara⁵⁹ (Isabel, comunicación personal, 2025).

En múltiples ocasiones, nuestros contactos en territorio nos mostraron videos y demás publicaciones en redes sociales en las que un joven de gallada comentaba cosas como la siguiente: “me pedían a gritos (refiriéndose a que los enemigos deseaban fuertemente que cruzara a su territorio), pero me les tiro (traspasa la frontera) y no salen” (notas de campo, 2025). Para algunas lideresas sociales como Dana, jóvenes como este buscan la muerte a diario

⁵⁷ Cambié el sobrenombre para proteger su identidad.

⁵⁸ Una palabra utilizada tanto en el municipio como en otros lugares de Colombia para hacer referencia a una persona fallecida.

⁵⁹ En Colombia, “quemar un año viejo” se refiere a la práctica de incendiar un muñeco de pólvora, típicamente la noche del 31 de diciembre, para simbolizar lo que se quiere dejar ir antes del inicio del año nuevo.

hasta que la encuentran (notas de campo 2025). También es común escuchar a otros liderazgos comunitarios señalar que los jóvenes “no saben por qué se matan”. No obstante, cuando le preguntábamos directamente a los jóvenes, en los grupos focales o en las entrevistas, señalaban razones muy concretas, las ya esbozadas previamente. Esta dinámica puede relacionarse con lo que describió Bourgois (2010) en su estudio sobre El Barrio, a propósito del surgimiento de una cultura –conjunto contradictorio de creencias, formas de interacción, símbolos e ideologías– que llega a ofrecer una alternativa de dignidad personal, incluso conllevando a la autodestrucción. Se configura un escenario de lo que Dennis Rodgers (2006) llamó como “vivir a la sombra de la muerte” (*living in the shadow of death*). Con ello se refiere a la actitud pandilleril como una forma de escapar al sinsentido y la crudeza del contexto, sacrificando la vida física –la existencia misma– por la vida simbólica (Rodgers 2006, referenciando a Hage 2003).

En un segundo nivel de violencia cotidiana está la delincuencia, recordando lo planteado por Feixa & Ferrándiz (2004). En esta materia, es importante recordar que Puerto Tejada se enmarca en el Área Metropolitana del Suroccidente (AMSO) con Cali y Jamundí. Una relación formalizada a finales del 2024, pero existente desde hace siglos. Por ello, los datos que voy a exponer a continuación provienen del informe titulado *Análisis de Seguridad del Área Metropolitana del Suroccidente AMSO*, elaborado por el Observatorio de Seguridad de Santiago de Cali (2025) con datos de SIEDCO⁶⁰ y las proyecciones demográficas del DANE. En dicho documento, se muestra que durante el 2024 Puerto Tejada dejó un cuadro de violencia interpersonal marcado por varios rasgos centrales: una tasa de homicidios muy alta, amenazas, violencia sexual y violencia intrafamiliar. El municipio registró 43 homicidios, equivalentes a 96 por cada 100.000 habitantes, con un leve descenso frente a 2023, pero manteniéndose como la tasa más alta de todo el AMSO. Las amenazas tienen una tasa de más de 1.000, también la más alta del área metropolitana y siendo 1.8 veces más alta que la de Cali. En delitos sexuales, de igual manera, cuenta con la tasa más alta en la comparativa (67) y aunque en materia de violencia intrafamiliar no posee la mayor incidencia, tienen una alarmante ratio de 248 por cada 100.000 habitantes

⁶⁰ Sistema de Información Estadístico, Delincuencial, Contravencional y Operativo de la Policía Nacional de Colombia.

En delitos patrimoniales, de acuerdo con el mismo informe, Puerto Tejada se ubica por debajo de Cali, pero no deja de mostrar señales de deterioro en lo cotidiano para ciertas categorías: el hurto a personas subió de 537,3 a 665,0 por 100.000 (de 237 a 297 casos), y el hurto de motocicletas de 330,3 a 358,0 por 100.000. Puerto Tejada se diferencia de los dos otros municipios de AMSO por la baja incidencia en patrimoniales (en términos comparativos) en conjunto con altos niveles de letalidad y conflictividad. Dicho de otro modo, su perfil de riesgo se inclina menos hacia el hurto y más hacia violencias directas de tipo letal ⁶¹.

Gráfico 4
Número de casos por tipo de delito y tasas por 100.000 habitantes.
Puerto Tejada.
Enero 01 – diciembre 31 (2023-2024)

DELITOS	2023		2024	
	CASOS	TASA X 100000 HABITANTES	CASOS	TASA X 100000 HABITANTES
AMENAZAS	596	1350,0	464	1040,0
DELITOS SEXUALES	17	38,5	30	67,0
EXTORSIÓN	6	13,5	10	22,0
HOMICIDIOS	49	111,0	43	96,0
HURTO A AUTOMOTORES	9	20,2	21	47,0
HURTO A COMERCIO	17	38,5	19	42,0
HURTO A MOTOCICLETAS	146	330,3	160	358,0
HURTO A PERSONAS	237	537,3	297	665,0
HURTO A RESIDENCIAS	18	40,7	9	20,0
LESIONES PERSONALES	166	376,1	144	322,0
SECUESTRO	0	0,0	3	6,7
VIOLENCIA INTRAFAMILIAR	157	355,7	111	248,8

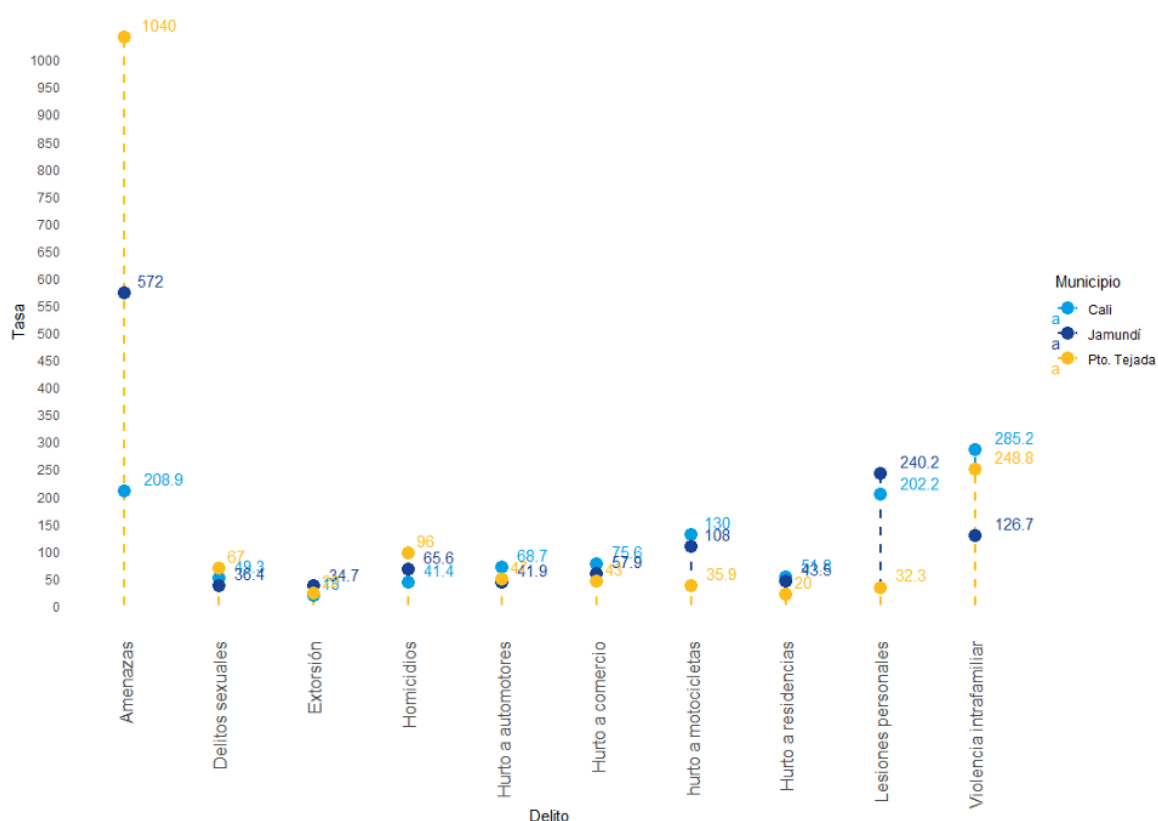
Fuente: elaborado por el Observatorio de Seguridad de Cali. Datos tomados del portal de estadística delictiva de la Policía Nacional. Tasas calculadas utilizando las proyecciones de población del DANE a partir del Censo Nacional de 2018.

Fuente: Observatorio de Seguridad de Santiago de Cali 2025; 21

⁶¹ Frente a Bogotá con su área metropolitana y el Valle de Aburrá, el AMSO se distingue por una combinación que el informe subraya con fuerza: presenta la tasa más alta de homicidios entre las áreas comparadas (44,1 por 100.000). Lidera también en hurto a vehículos (66,4 por 100.000) y en amenazas (250 por 100.000), al tiempo que muestra niveles relativamente más bajos en delitos sexuales y, en la comparación intermetropolitana, en violencia intrafamiliar. Esta singularidad sugiere que, a diferencia de Bogotá o del Valle de Aburrá, la AMSO concentra un problema de letalidad e intimidación (amenazas).

Gráfico 5

Tasas de delitos por cada 100.000 habitantes para los municipios que conforman el Área Metropolitana del Sur Occidente en 2024



Fuente: Observatorio de Seguridad de Santiago de Cali 2025; 13

En todo caso, es importante saber que las estimaciones señaladas son indicativas, pues debe tenerse en consideración que parten de las denuncias que llegan al conocimiento de la Policía Nacional. Por consecuencia, siempre existe un margen importante para el subregistro. La cifra oculta, de acuerdo con la más reciente estimación del DANE por medio de la Encuesta de Convivencia y Seguridad Ciudadana (ECSC) del 2021, se ubica en el 71.2% para el total nacional. En el caso de Cali en particular, referencia geográfica más cercana a Puerto Tejada, únicamente el 31.6% de los hechos victimizantes se denunciaban, de forma que 2 de cada 3 sucesos no llegaron al conocimiento de las autoridades competentes⁶². En el caso de Puerto

⁶² Los resultados de este ejercicio estadístico están en la página web del DANE. <https://www.dane.gov.co/index.php/estadisticas-por-tema/seguridad-y-defensa/encuesta-de-convivencia-y-seguridad-ciudadana-ecsc>

Tejada, es presumible que dicha cifra sea incluso mayor, dada la mala relación entre la comunidad y la Policía y la intimidación que produce el hecho de que sea un municipio pequeño y compacto, en el que la corta distancia entre quien comete el delito y quien lo sufre sirve como disuasorio para interponer una denuncia. Las palabras de Ricardo respecto a la Policía representan bien algo que vimos a lo largo del trabajo de campo, la desconfianza hacia dicha institución⁶³:

Aquí el policía sabe quién es el bandido. Aquí el policía sabe quiénes son los malandros, quiénes son los delincuentes. Muchos de esos policías se hacen de la vista gorda y no actúan sobre ellos, sino que actúan sobre el ciudadano de bien (comunicación personal, 2024).

Con lo anterior en mente, independientemente de la estimación estadística puntual y la comparación entre municipios, los relatos en terreno dan cuenta de una importante injerencia de la criminalidad y la relación de múltiples delitos con el tejido social. En el caso de la violencia intrafamiliar, por ejemplo, a lo largo de los grupos focales y entrevistas surgieron crudas historias de patrones de crianza marcados por la violencia física y psicológica. Así lo cuenta Amaranta, una lideresa comunitaria del sector de Los Bancos:

yo pienso, pues en lo que he visto en el tiempo que llevo viviendo allá, es que el problema de la violencia con nuestros jóvenes y con nuestros niños va mucho más allá de los jóvenes (jóvenes de gallada). Es un problema familiar, son problemas que vienen, violencia tras violencia, es como algo generacional. Allá sí hay muchas mamás que son maltratadoras, aunque quieren sus hijos, repiten lo que le hicieron a ella en su mundo (comunicación personal, 2024).

Esas formas de relacionamiento derivan en que varias personas, como el oficial de Policía referenciado en múltiples ocasiones y la misma Amaranta, conciban a determinadas familias como “fábricas del crimen”, dado que en algunas de estas ha habido hasta tres generaciones – abuelo, hijos y nietos– en el mundo de las galladas. Adicionalmente, utilizan la etiqueta por historias como la que nos comentaba Amaranta, en la que vio y confrontó a una madre que invitaba a su hijo a robar mulas (camiones de carga):

⁶³ Aunque ello también debe ser matizado por el hecho de que algunos policías en específico son reconocidos en los barrios por su compromiso y servicio a la comunidad, sobre todo quienes están en la división de Policía comunitaria. Empero, se trata de nombres puntuales, pero el accionar de la institución como colectivo está bajo un manto de duda. De hecho, en una reunión con la Alcaldía nos confirmaron que pidieron la baja de X efectivos por mal comportamiento en el primer semestre del 2025.

había una mamita que ella misma mandaba al joven a hacer daño, venía una mula y ella gritaba, lo llamaba con un desespero. Entonces yo hablé con la señora. Le dije: venga, ¿por qué hace eso? ¿Usted no quiere a su hijo? Y me trató mal ese día. Esa mujer, como a los ocho días, llegó sola a mi casa. Fue y me preguntó que yo por qué me había interesado en eso. Entonces yo le dije: porque no es normal lo que usted está haciendo con su hijo. Y empezó esa mujer a llorar como loca: usted me dejó pensando, yo no es que no quiera a mi hijo, pero cuando yo estaba pequeña nadie se preocupó por mí. Todo el daño que yo recibí, cuando dije que me lo hacían, antes me dieron duro (comunicación personal, 2024).

Las amenazas y los robos también tienen una materialización puntual en los barrios. Tal es el caso de Isabel, una portejadeña que vive al nororiente del territorio. En el 2018 atravesó una atemorizante situación en la que fue amenazada de muerte por un joven de gallada, quien la acusó de diseminar un chisme (rumor) sobre el embarazo de su hermana. Así lo cuenta Ricardo, uno de los hijos de Isabel:

Pues el último problema que tuvimos fue con uno de esa gallada porque se la estaban montando (intimidando con frecuencia) a mi mamá. Entonces ese día sacó un arma y entonces nos fuimos encima de él. También nosotros queríamos armarnos (comunicación personal, 2024).

Como ella, Luis –en medio de su trabajo como líder comunitario– fue amenazado por un joven de gallada al que le exigió que tratara con más respeto a un adulto mayor. También figura la historia de los ya mencionados Rico y Alex, quienes se retiraron del sistema educativo por las amenazas.

Los robos, por su parte, también son motivo de preocupación, como nos señaló María:

Aquí a veces lo conocen a uno mismo y le quitan las cosas. Usted hace el esfuerzo de comprar cualquier cosa, porque uno a veces lucha para comprar cosas, y viene otro y se lo arrebató (comunicación personal, 2024).

La preocupación por los robos de teléfonos celulares y motocicletas son de los tópicos que generan mayor inconformidad en los espacios institucionales que hemos apoyado. Además, es

una problemática que afecta particularmente a los tenderos⁶⁴ en los barrios, quienes tienen problemas para mantener una red de proveedores. En palabras de Pablo:

Entonces me dejó las cajas (el proveedor). Yo le pagué. Como doscientos (mil) y pico (COP). Cuando iba saliendo aquí para allá, y en la esquina lo cogieron. Lo encañonaron como dos: pasa la plata, no te hagas matar por eso. Entonces por eso se han mermado este barrio los vendedores (comunicación personal, 2024).

Aunque también opera un código implícito en el barrio, pues en la gallada procuran proteger su zona y no robar a las personas que allí habitan, a quienes además conocen “de toda la vida”. Así nos lo expresó Alex, quien se quedó haciendo guardia mientras sus amigos de gallada estaban en el entierro del finado John, en Jamundí⁶⁵:

Y los demás socios se fueron para allá (el entierro). Yo me quedé porque yo no puedo dejar el barrio solo porque si esos manes (la gallada enemiga) se tiran (cruzan la frontera) yo también los cojo. Ellos se fueron. No podemos dejar el barrio sólo porque empiezan a robar a los vecinos, a robar las tiendas. Eso es lo que no permitimos, que roben a la gente de acá, menos a las tiendas porque ellos les tiran (comunicación personal, 2023).

Empero, como nos señalaba Pablo, este código no siempre es cumplido por todos los jóvenes de gallada, frente a lo que es imperativo recordar que se trata de colectivos horizontales en los que no hay una cadena de mando ni jerarquías específicas; sumado a los cambios generacionales y las divergencias en códigos de conducta entre “los menorritos” y “los veteranos” (Alex, comunicación personal, 2025). En palabras de Pablo: “Hay muchos que cuidan el barrio, otros que sí roban en el mismo barrio” (comunicación personal, 2023).

En medio de la dinámica descrita, también es importante incorporar un lente de género para ver interseccionalmente las violencias cotidianas. A propósito de esto, en redes sociales se hizo viral un atroz video en el que jóvenes de una gallada agredían a una mujer por aparentemente transitar las fronteras invisibles. En el video⁶⁶, que fue transmitido en vivo por Facebook, se ve

⁶⁴ Personas que poseen y atienden pequeñas tiendas de barrio.

⁶⁵ Municipio vecino de Puerto Tejada que también hace parte del AMSO. Los entierros y demás rituales funerarios los suelen realizar en ese u otros municipios cercanos cuando se trata de “muertos calientes”, es decir, asesinados en medio de disputas entre pandillas. Lo anterior, con miras a evitar enfrentamientos o sabotajes por parte de otras galladas.

⁶⁶ Decidí no compartir el link por respecto a la víctima.

cómo tres jóvenes retienen a la mujer contra su voluntad sentada en el suelo, en plena vía pública. Mientras uno graba, el otro la sostiene y rasga su vestido con las manos, otro le da “planchazos” con un machete⁶⁷ y procede a cortar el vestido para dejarla desnuda. Entre tanto, hacen menciones de grabar para “mostrarle al primo” de la víctima⁶⁸ y de que es necesario hacer que la mujer aprenda a respetar las jerarquías. Se evidencia una dinámica análoga a la que ocurre en escenarios de conflictos bélicos, sumado al ineludible vínculo con la violencia simbólica y el modelo de Segato (2007), donde se ejerce control físico del cuerpo de las mujeres (Kelly 2000)⁶⁹. En términos generales, la Defensoría del Pueblo (2022) reportó que durante el 2020 y el 2021 monitoreó 12 casos, 6 anuales, relacionados con agresiones contra mujeres o población LGBTIQ+; incluyendo violencia intrafamiliar, amenazas, tentativa de feminicidio, así como violencia física, psicológica y sexual. Entre 2020 y agosto del 2023 la Secretaría de Salud intervino en 716 casos de violencia intrafamiliar y de género en el municipio (Sarria 2023). Por su parte, la Corporación de Mujeres Ecofeministas (2025) reportó 4 feminicidios solo en el 2024⁷⁰.

De otro lado, también se escucha en terreno la existencia de mujeres que se mueven en un *continuum* entre víctimas y victimarias de la violencia cotidiana –similar al sentido planteado por Tickner et al. 2020 y Cerón-Steevens, Camacho-Muñoz & Linares-Gómez 2023– al colaborar con jóvenes de ciertas galladas para propiciar el asesinato de enemigos, incluso por dinero. Así lo contó Alex, a propósito de dos amigos suyos:

A Pato ya lo mataron, lo mataron en el Hormiguero, ¿cierto? La guerra es así. A ese man lo campanió (aventó) una hembra que le dieron dizque dos millones (COP). En el de John también está involucrada una vieja. A esa le dan muerte seca. Apenas se sepa quién es, le dan muerte seca (comunicación personal, 2023).

Sin embargo, no participan explícitamente de las galladas. Para el caso de Puerto Tejada, estas son fundamentalmente integradas por hombres que responden a la masculinidad ya explicada.

⁶⁷ Se refiere al acto de hacer un golpe seco con la parte lisa de un machete.

⁶⁸ Entrando en un terreno meramente especulativo, puede pensarse que el primo en cuestión es integrante de una pandilla enemiga a la de los victimarios. El lamentable episodio en cuestión fue cubierto por el periódico El Tiempo en Romoleroux (2025).

⁶⁹ Aunque es un tema sobre el que tenemos que recabar mayor evidencia.

⁷⁰ Quien lea podrá percatarse de que dedico mucho menos espacio a este tipo particular de violencia. Esto último no radica en que sea un factor de menor importancia, todo lo contrario. Sin embargo, es lo que nos sugiere la evidencia en campo y a todas luces merece y debe ser profundizado en futuras investigaciones.

En todo caso, Alex menciona otros tipos de colaboración como lo que en otros lugares –por ejemplo, Bucaramanga, Colombia– coloquialmente se llama “la limpieza”. Hace referencia a que las mujeres les cargan las armas a los hombres, por únicamente poder ser requisadas por policías del mismo género –que son considerablemente menos– y generalmente no son percibidas como sujetos capaces de accionarlas (Cerón-Steevens, Camacho-Muñoz & Linares-Gómez 2023).

En términos de Alex:

Las peladitas de esos manes sí están saliendo finas porque le están llevando los fierros, todo. Esos manes se mueven y esas peladitas llevan los fierros. Entonces eso es una ventaja que tienen ellos también, que no andan desarmados. Ellos no los tienen, pero esas peladitas (mujeres) están por ahí y le pasan el guayo (arma de fuego). A penas correr y pedírselo y ya. Así hacen ahora (comunicación personal, 2023).

Eso sí, la violencia de género no proviene exclusivamente de las pandillas. En el marco del encuentro con el ya mencionado colectivo feminista de la región, nos comentaron la necesidad de atender los dolores de las mujeres del norte del Cauca, expuestas a una serie de violencias como el maltrato físico y psicológico de sus parejas. Incluso conocimos un caso extremo de violencia vicaria, contado por Isabel de la siguiente forma: “Este tipo que mató a la hembra, que dizque lo humillaba mucho. Mató a la hija...la violó y la mató. Que él siempre se llevaba eso. Con una hija de la que lo trataba mal” (comunicación personal, 2023).

El impacto cotidiano de la violencia

Nuestras observaciones en terreno revelan la profunda imbricación de la violencia en las relaciones cotidianas del municipio. Un primer indicio es la circulación en WhatsApp y otras redes sociales de fotografías de personas recién asesinadas. Resulta habitual que las personas compartan y comente dichas imágenes (dónde ocurrió, por qué, quién fue la víctima, quién el perpetrador y en qué circunstancia). En varias ocasiones debimos solicitar a nuestros contactos más cercanos que no nos enviaran ni mostraran esas imágenes, pues nos resultaban profundamente perturbadoras. En la misma lógica, percibimos cómo los jóvenes que no pertenecen a pandillas hacen de la muerte, de la posibilidad de morir, un tema de conversación, incluso con humor. Hacen chistes sobre la posibilidad de matar o ser asesinados, inclusive al describir situaciones límite de peligro. Así le sucedió a Freddy al relatarnos entre risas cuando le apuntaron con una escopeta en la calle:

El otro día que me metí por donde Pedros (pandilla). Primo, casi no te cuento la historia. Voy a donde este man, mi amigo, por una fan mía, y me he sabido meter por donde los Pedros, huevón. Derechito, salí allá donde los Pedros. Mi amigo nomás me decía: ¿vos qué hiciste, huevón? Dos de los Pedros, uno con revolver otro con una escopeta. El de la escopeta nos cogió así, desde la puerta porque no salieron. Imagínate el miedo que tenía. Ese man nos apuntó así, pero yo seguí normal, yo no aceleré la moto. Yo casi me meo, huevón. El del revolver le quitó el chapuzón, ese coso negro (2023).

También percibimos formas violentas de relacionamiento entre la niñez. Algunos infantes de ocho años de una escuela de fútbol se insultaban y en más de una ocasión se encaraban entre ellos, al borde de llegar a los golpes. En otra ocasión vimos a un niño y un adolescente peleando en la calle: el más grande le aplicaba una llave al brazo del otro, quien respondió gritando: “Cuando crezca te voy a matar, malparido hijueputa” (notas de campo 2023).

Acompañamos igualmente a la alcaldesa y a su equipo en una visita al barrio Carlos Alberto Guzmán por un asesinato que generó duelo e indignación. Esa madrugada, antes del amanecer, un “joven sano” –ajeno a las pandillas– fue asesinado por miembros una pandilla de otro sector. Pudimos palpar de primera mano cómo la muerte, el asesinato de un vecino de la cuadra, congregó a una comunidad consternada en el velorio. La escena estaba configurada por música festiva a todo volumen, personas visiblemente alicoradas y risas; pero la rabia e impotencia eran palpables mientras exigían respuestas a las autoridades, pues la víctima era el único hijo vivo de la familia, mientras que su padre había sido asesinado el año anterior. Con lo anterior, es posible matizar generalizaciones apresuradas alrededor de la mencionada “normalización de la violencia”. Sin lugar a duda, esta se produce por niveles. Efectivamente hay formas violentas de relacionamiento que efectivamente se consideran normales –sobre todo para la resolución de conflicto– pero eventos como un homicidio entristecen a una comunidad que de ninguna manera lo justifica o normaliza, a pesar de que aprenden a vivir bajo la visita constante de la muerte⁷¹.

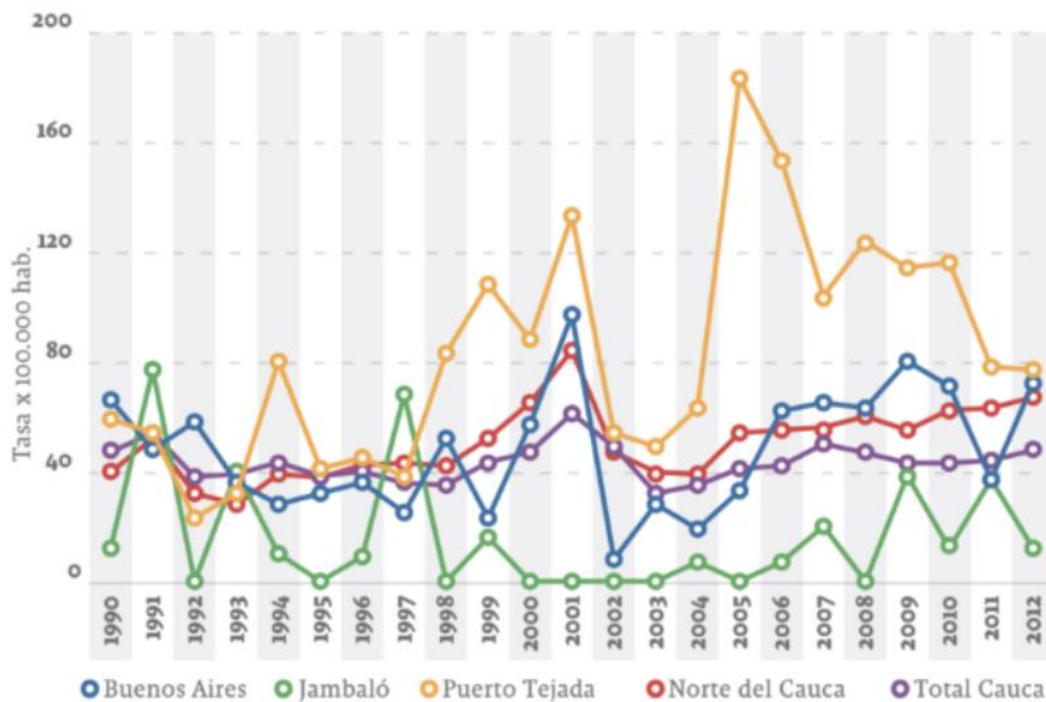
⁷¹ Evidentemente sobre la normalización o no de un hecho violento influyen elementos como el perfil de la víctima. En el caso de los homicidios hacia jóvenes de galladas sí es posible evidenciar cierto nivel de normalización, sobre todo en frases como “murió en la guerra”. En todo caso, se trata de un matiz interesante que es importante tener en consideración.

La escena se completaba con jóvenes de la gallada “haciendo guardia” en la esquina opuesta a la patrulla policial, vigilantes, para impedir que los agresores regresaran. La comunidad, creyendo que éramos funcionarios de la alcaldía, nos pidió gestionar otro vehículo policial al otro extremo de la cuadra para poder “velar al joven en paz” (notas de campo 2025). Al final, algunos vecinos nos dijeron: “Puerto Tejada es un lugar hermoso para vivir, pero la inseguridad nos está matando”, y uno expresó su anhelo por políticas de “limpieza social”, al estilo paramilitar (notas de campo, 2025). Con ello, se desnuda un profundo temor incrustado en la comunidad. No solo por sufrir alguna agresión por parte de las galladas, en primera persona o vía algún ser amado, sino por quedar en medio del fuego cruzado o en calidad de víctima por alguna “bala perdida” en medio de la dinámica de confrontación armada (notas de campo, 2025).

Ahora bien, la violencia no es constante en tiempo ni espacio. Existen ciclos que definen períodos de tensa calma y otros en que “el Puerto está caliente”. Desde el último trimestre de 2024 la situación se agudizó: solo en diciembre de 2024 hubo 9 homicidios y los datos del 2025 reflejan un escalamiento de los homicidios, consolidándolo como uno de los años más violentos en la historia del municipio: 77 homicidios frente a los 44 de todo el 2024, lo que significa un aumento del 75% y una tasa de 170,9 por cada 100.000 habitantes.⁷² Con ello, al compararlo con los cálculos de Guzmán Barney & Rodríguez Pizarro (2014), estaríamos ante la tasa anual más alta desde 1990.

⁷² Cálculos propios con datos de SIEDCO. Recordemos la gráfica de homicidios presentada en la introducción.

Gráfico 6
Comparativa en la tasa de homicidio



Fuente: Policía Nacional, departamento del Cauca, cálculos nuestros.

Tomado de: Guzmán Barney & Rodríguez Pizarro (2014, P. 160).

Esta ola llevó a las autoridades a adoptar medidas excepcionales, como el toque de queda para menores de 18 años (febrero 2025). Hay momentos en los que la vida continúa y transcurre con relativa calma. Es corriente ver niños jugando y vecinos conversando en las aceras, pero hay días de mayor tensión en que “todo queda desolado a las seis de la tarde”, como señaló Jorge, pandillero, en un grupo focal (2024).

Entre las consecuencias más evidentes de esta violencia cotidiana se halla la ruptura del tejido social, fracturado por el símbolo de la muerte impuesta por el delito (Perea 2008)⁷³. En Puerto Tejada, dicha fractura se materializa sobre todo en miedo y pérdida de confianza, como expresó María: “En este mundo no hay amigos, solo Dios. Dicen que el que te da la mano es el mismo que te jode” (2024). Ello se relaciona de nuevo con la idea de que en Puerto Tejada

⁷³ Rodgers (2006) observó algo similar en Managua tras el auge del microtráfico.

hay que saber vivir, lo que para Ricardo significa: “no meterse con nadie” y mantenerse al margen de la dinámica de las casas ajenas (2023).

El temor afecta tanto a la población civil –por riesgo de muerte, herida o ser señalada de “sapo”– como a los propios pandilleros. Así, el miedo también frena la colaboración en situaciones extremas, como cuando alguien cae herido:

Tuve que llevarlo al hospital y todo, porque las pandillas de aquí no lo dejaban salir, ni las de allá. Lo llevé yo porque nadie quería ayudarlo por lo mismo. Hay gente que tiene miedo porque cuando ayudas a alguien, ya estás pecando. Por eso mataron a Rita: por recoger a un pelado (joven) y llevarlo al hospital (María, 2023).

En ese orden de ideas, se presenta una paradoja inquietante en los vínculos comunitarios dentro del municipio. Por un lado, es un territorio con un fuerte ambiente festivo y jovial en el que la vecindad tiene un fuerte sentido de comunidad y colaboración –como se evidencia en el episodio del velorio– así como de disfrute colectivo en la fiesta y la juega. Al mismo tiempo opera una desconfianza generalizada hacia “el otro”, junto con el miedo a quedar en medio del fuego cruzado en el espacio público. En últimas, un temor constante por devenir víctima de la violencia cotidiana.

Una de las caras más brutales de esta desolación es el desplazamiento forzado y las casas abandonadas. La primera de ellas se puede producir incluso a nivel intramunicipal, como María que tuvo que salir de su casa, en Carlos Alberto Guzmán después de que jóvenes de gallada mataran a su papá y la amenazaran por “sapa”, para trasladarse a otro de los barrios del oriente y nunca volver a su casa de infancia:

A mi casa, donde yo me crie, yo no pude ir por allá, desde que a mi papito y a mi amigo...yo no volví más para allá, yo ya me quedé viviendo por acá. Por acá ando o salía para allá, para el centro (comunicación personal, 2024).

Como consecuencia, algunas casas quedan abandonadas, pues quienes las habitaban huyeron intempestivamente para no volver más. A pesar de que no existen estadísticas oficiales, en barrios como Carlos Alberto Guzmán no son pocas las casas abandonadas, según nos comentaban funcionarios de la Secretaría de Educación (notas de campo, 2025).

Hay desplazamiento. El desplazamiento aquí en Puerto Tejada, hay desplazamiento urbano y hay desplazamiento que se sale, intermunicipal y hasta desplazamiento para otros países. La gente le ha tocado salir de aquí. Desplazamiento para otros países. A la gente le ha tocado salir de aquí buscando cómo resguardar a sus hijos (Consejo Comunitario, comunicación personal, 2024).

Balance de la violencia cotidiana

Los ritmos de la violencia del día a día giran alrededor de la confrontación entre pandillas, aquella minoría que controla el espacio público (Bourgois 2010). Sin embargo, estos grupos no son un cúmulo de jóvenes desviados con una vida ajena a la dinámica comunitaria. Por el contrario, responden a un tejido social fracturado en el que se normaliza el “aleteo” como forma de subsistencia y en el que están incrustados altos niveles de violencia interpersonal, incluso al interior de las familias. Además, un tejido que está atravesado por dolores, símbolos y realidades que derivan en interminables cadenas de retaliación y necesidad de protección por medio de la violencia física.

En dicho entorno, la pandilla es un universo social en el que operan múltiples símbolos y creencias que buscan proyectar una imagen de gallardía extrema, de ser “el más malo”, el “mejor gatillero”. Como resultado, son comunes los comportamientos temerarios con los que se desafía constantemente a la pandilla enemiga y se perciben las muertes de lado y lado como el marcador de un partido de fútbol. En últimas, las personas –hombres y mujeres, aunque de manera diferenciada e interseccional– aprenden a moverse al compás de la violencia, a leer cuando es posible estar en la acera departiendo o, por el contrario, es necesario “guardarse” porque el barrio está “muy caliente”; aunque siempre conscientes de que se está a la sombra de la muerte en todo momento, lo que la convierte en un tema de conversación recurrente. Es un tejido comunitario tensionado por la desconfianza, las amenazas y altos índices de criminalidad, pero en el que persiste un fuerte sentido de vecindad.

Violencias imbricadas

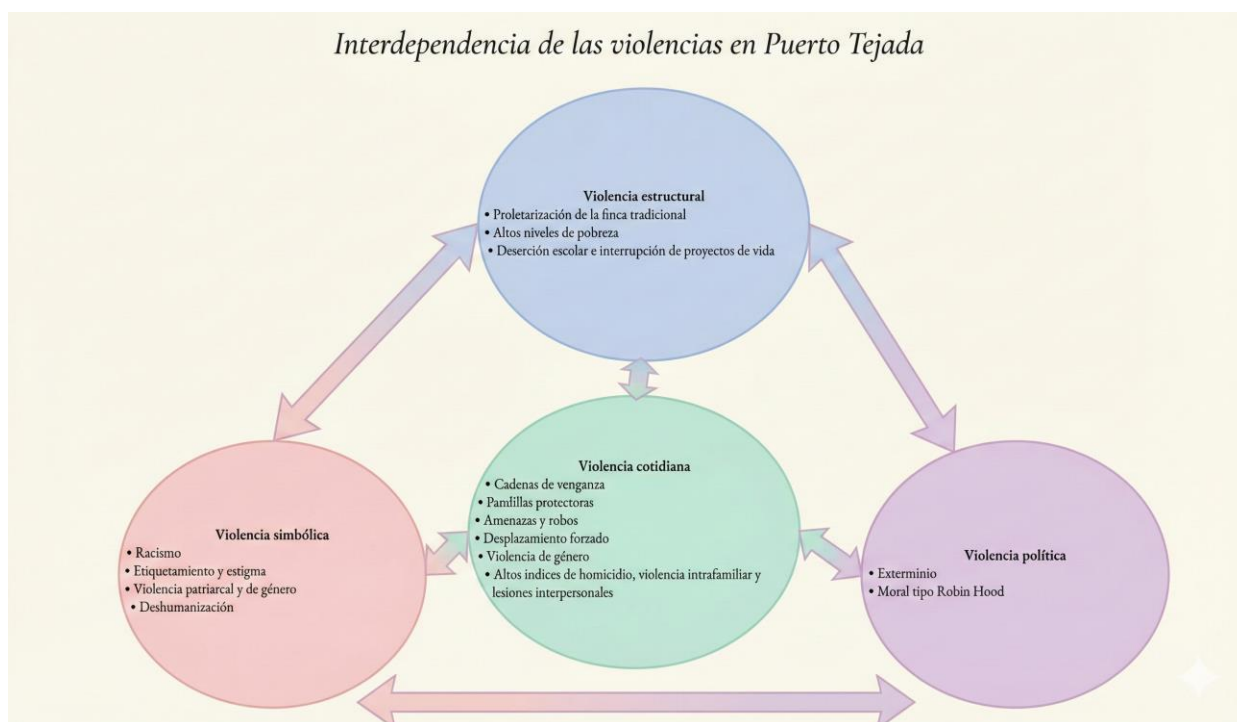
La palabra violencia es un significado abierto que se utiliza en muchos contextos, por lo que analíticamente se desagrega en modalidades para tratar de asir su complejidad (Feixa & Ferrándiz 2004; Bourgois & Scheper-Hughes 2003; Bourgois 2001). Por tal, las cuatro categorías planteadas por Bourgois (2001), las aquí trabajadas, no son compartimentos aislados. Son capas que interactúan y se retroalimentan mutuamente. Si se quiere, dan forma a un *continuum* en el que las pequeñas violencias, la multiplicidad de *pequeñas guerras y genocidios*⁷⁴, conectan con desigualdades de clase, raza y género (Bourgois & Scheper-Hughes 2003). Trayendo a colación la apuesta conceptual de Bourgois & Scheper-Hughes (2003), no es posible hacer una distinción tajante entre violencias en tiempos de paz y de guerra. Por el contrario, las violencias en tiempo de guerra terminan siendo las mismas de los tiempos de paz, pero en mayor escala.

El comprender las violencias desde este esquema amplio es especialmente relevante para superar el sesgo rural del conflicto armado y sus actores convencionales en Colombia (Perea 2022; Red Quynza 2025). Como argumentamos en Cerón Steevens & Linares Gómez (2026), las violencias en el municipio, particularmente la cotidiana, tienen una suerte de autonomía relativa frente a la dinámica de la guerra, a pesar de la larga historia de violencia política. La violencia política, como el prisma principal a la hora de abordar la violencia y el conflicto en Colombia, funge territorialmente como un catalizador de otras violencias —como se evidencia para el caso de estudio con el fenómeno paramilitar y los GAPF. Como respuesta, la única forma de conseguir la tan anhelada *paz estable y duradera* pasa por subsanar las múltiples formas de violencia imbricadas en la convivencia urbana (Perea 2022; Red Quynza 2025).

Dicho lo anterior, propongo el siguiente esquema interpretativo alrededor de las cuatro violencias:

⁷⁴ Bourgois & Scheper-Hughes reconocen el riesgo moral de extender a otros contextos el uso de la palabra genocidio; sin embargo, reconocen un riesgo mayor en la falta de sensibilidad respecto a prácticas proto-genocidas cotidianas.

Gráfico 7



Fuente: elaboración propia

El diagrama sintetiza una sistema relacional e interdependiente de violencias que se retroalimentan en múltiples direcciones. La violencia cotidiana está en el centro por ser la que se encarna en el día a día, con su respectivo matiz diferencial, sumado a que es la más reconocida por la ciudadanía (Cerón-Steevens & Linares-Gómez 2025). Sin embargo, las pandillas, como cara más visible de la violencia cotidiana en el municipio, responden a un contexto puntual forjado a partir de la interacción de múltiples violencias.

La violencia simbólica, particularmente el racismo, propicia la violencia estructural y viceversa. En ese sentido, la violencia estructural y simbólica propician patrones persistentes y destructivos de violencia cotidiana que termina legitimando la desigualdad (Bourgois 2001). Emerge un patrón de retroalimentación que en términos de Bourgois:

alimenta entre los excluidos un rabioso sentido de inferioridad que resulta en actos autodestructivos o de violencia comunitaria que termina propiciando un ciclo de humillación y culpa desmovilizadora. De esta dinámica surge una cultura callejera opositora en los barrios

marginales, especialmente entre los jóvenes, que llena el vacío dejado por el desempleo, el subempleo y la desinversión social (2001: 19⁷⁵)

En respuesta, la violencia cotidiana –especialmente los homicidios y los enfrentamientos armados recurrentes- refuerzan el estigma y la violencia simbólica, lo que repercute en la violencia estructural en términos de reducción de la actividad económica y de la oferta institucional. La culpa pasa a ser cargada por los oprimidos, a quienes se responsabiliza por las condiciones de su entorno (Bourgois 2001), en un ciclo que reproduce la violencia estructural, simbólica y cotidiana.

Adicionalmente, el caso portejadeño nos permite observar cómo la violencia política puede responder a reclamos por violencia estructural (M-19) o ante desbordes de la violencia cotidiana (Bloque Calima)⁷⁶. Paralelamente, facilita dilucidar cómo la violencia política –lejos de finalizar con las manifestación estructural, simbólica y cotidiana- sirvió para normalizar el horror y expandir el sufrimiento en el municipio⁷⁷, especialmente con los paramilitares y el subsecuente aumento de la violencia cotidiana.

Empero, considero clave recordar que la interpretación del modelo que planteó es abierta y sujeta a lecturas interseccionales y diferenciadas, especialmente bajo categorías como el género. Finalmente, es perentorio leer las violencias y su interacción más en clave probabilística que determinista. La estructura cambiante, amorfa e intrincada que surge a partir de la amalgama de violencias no determinan de ninguna manera el accionar de las personas; a pesar de que sí constituye un punto de partida desafiante⁷⁸.

⁷⁵ Traducción libre.

⁷⁶ En el caso de las disidencias, es un tema de intenso debate que, a mi juicio personal, se conecta con la búsqueda de rentas ilegales.

⁷⁷ Similar a los comentarios de Bourgois (2001) sobre el FMLN en El Salvador.

⁷⁸ Un buen ejemplo de lo anterior son aquellos jóvenes del municipio –seguramente la mayoría silenciosa y menos notoria en el espacio público- que en circunstancias relativamente comparables decide mantenerse al margen de las galladas; lo cual no implica que no puedan protagonizar otras facetas de violencia cotidiana. Esa agencia de resistencia la abordamos en Cerón-Steevens & Linares-Gómez (2025) y también lo hacen Sinisterra-Ossa, Valencia & Villegas (2020).

Capítulo II. La práctica y los significados de la paz

Después de cada guerra
alguien tiene que limpiar.
No se van a ordenar solas las cosas,
digo yo.
Alguien debe echar los escombros
a la cuneta
para que puedan pasar
los carros llenos de cadáveres.
Alguien debe meterse
entre el barro, las cenizas,
los muelles de los sofás,
las astillas de cristal
y los trapos sangrientos.
Alguien tiene que arrastrar una viga
para apuntalar un muro,
alguien poner un cristal en la ventana
y la puerta en sus goznes.
Eso de fotogénico tiene poco,
y requiere años.
Todas las cámaras se han ido ya
a otra guerra.

Wisława Szymborska

Habiendo diagnosticado las condiciones y significados de las violencias, en este apartado haré referencia a las visiones alrededor de la construcción de paz, operacionalizada a partir de los esfuerzos institucionales y comunitarios ideados para su respuesta. Tal y como señalé en la introducción, tomaré como referencia tres iniciativas puntuales –*Co-Creando Futuros* (CCF), Proyecto productivo Los Bancos (PPLB) y Jóvenes en Paz. Me interesa particularmente detenerme en los supuestos narrativos que articularon las propuestas, su visión de las violencias, sus desafíos y las tensiones que han atravesado para su materialización. En su conjunto, permiten reconstruir las visiones alrededor de la paz en cabeza de diferentes actores con injerencia comunitaria como el gobierno nacional, la institucionalidad local, algunos de los jóvenes que están o han estado en galladas, la academia e instancias de articulación comunitaria; lo anterior, recordando que de ninguna manera se trata de una evaluación exhaustiva e individualizada de los proyectos planteados, cuya selección se basa en fines ilustrativos del panorama actual del municipio (2024-2025).

Co-Creando Futuros

Respecto al proyecto Co-Creando Futuros (CCF), considero necesario volver a subrayar que se trata de una iniciativa de la que he participado en su fase de diseño, consecución de recursos e implementación parcial, al enmarcarse en el esfuerzo doctoral de la directora de esta tesis. Como su nombre lo indica, es una apuesta cuyo interés central pasa por la co-creación con jóvenes de gallada, miembros de la comunidad, liderazgos comunitarios, organizaciones sociales, sector privado y el gobierno local. En esa línea, la propuesta incorpora las herramientas metodológicas del *Design Thinking*, la cual busca promover la creatividad y la innovación a través de soluciones decantadas por medio de la iteración progresiva, con miras a incorporar la perspectiva de los usuarios en las decisiones finales de diseño (Falivene, Artusi & Arrejoría 2015). Se trata de un intento nuestro como equipo investigativo –mi directora y yo– por materializar proyectos sociales en conjunto con organizaciones locales. Con ello, buscamos desentrañar los significados de la paz para empezar a tejer acciones paralelamente a la práctica académica.

En materia diagnóstica, el punto de partida del proyecto fue una intuición que desafiaba la lectura dominante en el municipio según la cual “el problema son las pandillas”. Cuando iniciamos el trabajo de campo, era común escuchar que la violencia en Puerto Tejada se resumía a “la guerra entre galladas” y que la solución pasaba por “sacar” a los jóvenes de esos grupos o, en el extremo, por una combinación de cárcel, “mano dura” y “limpieza social”. En buena

parte de las conversaciones cotidianas las pandillas aparecían como una anomalía moral, un foco de desviación por ser corregido o eliminado. CCF se inscribe precisamente en un intento por cambiar esa mirada, sin negar de la violencia pandilleril, pero rehusándose a encapsular toda explicación bajo la figura del “malandro”. Naturalmente, comparte el diagnóstico de violencias que expliqué en el capítulo anterior. Asumimos, volviendo a la posición de Perea (2007), que la pandilla no es un fenómeno aislado. Es una expresión específica de una matriz de violencias estructurales, simbólicas y cotidianas, en un contexto de violencia política: precariedad económica persistente, racismo, estigmatización territorial, duelos no tramitados, masculinidades atravesadas por el mandato de la violencia, etc.

La visión del problema se nutre, de igual forma, de las sesiones de capacitación en formulación de proyectos impartidas por la directoria de esta tesis dentro del territorio. Los problemas mencionados en tal escenario fueron los siguientes, además de la confrontación entre pandillas: mala convivencia en el seno del hogar, escasas oportunidades para el desarrollo personal, violencia hacia las mujeres y la población LGTBIQ+, transiciones educativas cortadas, consumo problemático de psicoactivos y la contaminación del entorno. Por consiguiente, las visiones alrededor de la paz en el territorio son amplias y van más allá de frenar la violencia entre galladas. En ocasiones, nos lo expresaban en realidades puntuales como “recuperar el río⁷⁹”, “recuperar la finca tradicional⁸⁰” o que “los niños puedan volver a jugar en la calle tranquilos”. Empero, y como veremos más adelante, estas visiones enfrentan tensiones y desafíos importantes, tanto desde su concepción como en su materialización.

La intervención, por tanto, no podía reducirse a “arreglar” a unos cuantos jóvenes, sino que exigía leer las pandillas como un síntoma intenso de un entramado más amplio. Este giro analítico se tradujo en una decisión metodológica y política: no preguntarnos únicamente qué hacer con las pandillas, sino qué condiciones familiares, barriales, institucionales y económicas hacen posible —e incluso razonable— que un joven decida “declararse⁸¹” o fantasee con convertirse en “el más malo”, y qué recursos existen ya en la comunidad para imaginar otros caminos. Además, el trabajo no se limitó a la dimensión comunitaria: también incluyó un componente de articulación con el gobierno local y con la Mesa de Articulación de Proyectos

⁷⁹ Se refieren a volver a tener la posibilidad de bañarse en el río, algo que se desaconseja en la actualidad por los altos niveles de contaminación.

⁸⁰ Conectado con la soberanía alimentaria, como mencioné en el apartado de violencia estructural.

⁸¹ Unirse a una gallada.

Sociales de Puerto Tejada, así como con empresas y fundaciones interesadas en iniciativas de responsabilidad social en el municipio.

La apuesta se resume entonces al uso del *Design Thinking* y la etnografía como marco flexible para co-idear y co-formular soluciones con los propios jóvenes y con otros actores de injerencia comunitaria. No se trataba de aplicar de forma acrítica recetas importadas de otras zonas, sino de adaptar un conjunto de herramientas –mapas de actores, árboles de problemas, ejercicios de priorización, lluvia de ideas– a un contexto atravesado por fronteras invisibles, balaceras frecuentes y una economía del “rebusque” donde el tiempo y la energía de las personas están en permanente tensión por la urgencia de sobrevivir. En ese sentido, la co-creación fue mucho más que una técnica de facilitación: fue una posición política para disputar el monopolio adulto e institucional sobre la definición de problemas y soluciones, y de afirmar que los jóvenes de las galladas, sus familias y vecinos tienen derecho a decir qué se hace en su nombre en el territorio.

Sin embargo, en la práctica la iniciativa se ha enfrentado a múltiples y diversos escollos. En primer lugar, la dificultad para atravesar la marca de la muerte impuesta por el delito (Perea 2016), manifestada en la ya referenciada fractura en el tejido social. En general, las personas en Puerto Tejada son amables y cálidas, por lo que no resulta particularmente desafiante iniciar una conversación. Empero, a la hora de abordar temas álgidos, como la violencia entre pandillas, el escenario puede tornarse incómodo en medio de evasivas y respuestas generales⁸². Esto puede relacionarse con la vigilancia que ejercen los jóvenes de gallada sobre su territorio, como quedó evidenciado en el episodio en el que se me tildó de “infiltrado”⁸³, y el temor de las personas por recibir el rótulo de “sapo”. En el caso de los jóvenes de gallada, estos son el grupo más reacio a tener conversaciones profundas, particularmente “los menorcitos”, sobre todo por el temor de estar revelando información potencialmente sensible o comprometedora judicialmente; mientras que “los veteranos” están más abiertos a contar sus experiencias e historias de vida –presumiblemente porque la mayoría de ellos tiene algún interés en recibir apoyos para cambiar su estilo de vida–. De este modo, y aunque es relativamente sencillo encontrar a los jóvenes de gallada –como uno de ellos nos señaló, siempre están allí, en la esquina– las primeras conversaciones suelen ser estériles o repletas de lugares comunes sin

⁸² Incluso a pesar de nuestra contextualización inicial y manifestación de no estar interesados en conocer actos delictivos puntuales, ni mucho menos nombres propios o detalles. En todo caso, no se trató de la regla general, más bien de episodios puntuales.

⁸³ Descrito en la introducción.

mayor detalle. Se trata de un proceso paulatino de construcción de confianza, mediado por liderazgos comunitarios que facilitan la interlocución, y el paso del tiempo hasta que evidencian las intenciones del proyecto y se acostumbran a nuestra presencia en el territorio.

Una vez se supera este primer desafío, se hace necesario lidiar con las huellas de una larga historia de intervenciones asistencialistas, iniciativas de carácter paliativo o inmedatista –bajo el lente de la “caridad”– sin garantizar, desde un enfoque de derechos, mejorías concretas o el acceso continuo a bienes y servicios esenciales (Barreiros Oliveira & Costa Gomes 2025). Buena parte de los jóvenes participantes estaban acostumbrados a proyectos que “bajaban” ayudas puntuales –mercados, kits, capital semilla para animales de crianza– con escasas condiciones de continuidad y seguimiento⁸⁴. En ese contexto, no sorprendía que muchos jóvenes asumieran que cualquier invitación a talleres o reuniones desembocaría en la entrega inmediata de algún bien tangible o monetario. Al final de varias sesiones, algunos cerraban el ejercicio extendiendo la mano y diciendo, con total franqueza: “deme lo que quiera, que yo lo recibo”. Una respuesta consecuente con intervenciones breves, intermitentes y poco claras; sumado a las apremiantes necesidades de solventar las necesidades materiales propias y del núcleo familiar. En la misma línea, en los primeros talleres de co-creación pudimos evidenciar las dificultades de los jóvenes por identificar sus habilidades y gustos, bien sea por vergüenza o porque les es difícil concebirse en una actividad diferente al diario vivir de la gallada. Sin lugar a duda, esta última realidad está ligada a la dinámica de estigmatización y desviación descrita previamente, en la que algunos de ellos solo se identifican como “pandilleros”, con las habilidades propias que se relacionan con ese rol. Con algunos, solo a partir de la interacción pudimos percatarnos, y hacerles saber, que tenían habilidades con los números, de liderazgo o para la gestión financiera.

Esta constatación nos obligó a tomar posición. Por un lado, resultaba éticamente inaceptable e irresponsable alimentar expectativas que nos eran imposible de cumplir: el proyecto no disponía de un fondo de recursos o insumos para otorgar, ni podía prometer empleos inmediatos. A la fecha en la que se escriben estas páginas, acabando el 2025, sigue en la fase de búsqueda de recursos y los conseguidos hasta el momento se han destinado a profundizar la

⁸⁴ Algunos liderazgos comunitarios critican este tipo de iniciativas que se centran en el “hacer” y no en el “ser”. Se refieren a que entregan una serie de bienes o servicios, principalmente materiales, sin abordar elementos subjetivos que fortalezcan la agencia de las personas. Claramente la crítica no se encamina a una perspectiva dicotómica entre una y otra, sino en la ausencia de la segunda. Es un buen ejemplo de lo que Barreiros Oliveira & Costa Gomes (2025) critican para el caso de Brasil, en los programas –públicos o privados– que no propenden al desarrollo social y al incremento de capacidades individuales.

etapa de co-creación, así como a diseñar pequeños pilotos de intervención junto con las fundaciones PROPAL y SIDOC. No obstante, el emitir una negativa seca corría el riesgo de ser leída como un apatía o indiferencia. A lo que se suma una práctica que localmente se denomina “el manoseo”, tal es, organizaciones o instituciones que en palabras de la ciudadanía: “vienen, preguntan y no dejan nada” (notas de campo, 2025). Optamos por una vía intermedia: explicar con transparencia y sinceridad el alcance del proyecto, reiterando en cada encuentro que el énfasis estaba puesto en el diagnóstico, la co-formulación de iniciativas y la construcción de alianzas para conseguir recursos a futuro.

Esta decisión tuvo costos y efectos. Algunos jóvenes se desengancharon cuando comprendieron que no obtendrían nada tangible inmediatamente. Otros mantuvieron una relación instrumental con el proyecto, esperando que en algún momento apareciera un beneficio más tangible, llegando a reclamarnos descortésmente⁸⁵. Sin embargo, también se consolidó un núcleo de participantes –integrantes y exintegrantes de al menos cuatro pandillas en los barrios Carlos Alberto Guzmán, Altos de París, Betania y La Esperanza– dispuestos a dedicar tiempo y energía a un proceso de co-diseño centrado en esferas productivas y formativas, aun sabiendo que los resultados no se verían en el corto plazo. Sobre este núcleo se construyeron las propuestas que luego se llevarían a la Mesa de Articulación de Proyectos Sociales, fundaciones y empresas del complejo industrial.

El tercer desafío fue sobrellevar la dinámica misma de la violencia cotidiana y los enfrentamientos entre galladas. El contexto de violencia y, por ende, la presencia circundante de la muerte conllevó a posponer encuentros, aplazar el ingreso a los barrios, realizar cambios abruptos de agenda y, en ocasiones, la cancelación de eventos programados. Los dos casos más impactantes están relacionados con el asesinato de jóvenes con quienes veníamos trabajando y tejiendo una relación de confianza. El primero de ellos, estaba participando en sesiones de formación con la fundación PROPAL y nos expresó su interés por participar en la co-creación, al finalizar un taller introductorio. En el siguiente viaje de campo, un par de meses después, al tratar de contactarle vía WhatsApp nos comentaron que había sido asesinado días antes. Como consecuencia, se nos aconsejó no empezar los talleres en la zona durante ese viaje de campo, pues por el poco tiempo transcurrido desde el asesinato, las cosas en el barrio estaban “calientes” y hacía demasiado insegura cualquier actividad. El segundo, se trata del ya

⁸⁵ Alguno de ellos nos dijo que “no habíamos salido con nada”, dando a entender que éramos un actor más en la dinámica de manoseo previamente descrita.

referenciado –en el apartado de violencia cotidiana– asesinato de un joven con pretensiones de estar al margen de la violencia y delincuencia de la gallada. En este caso, ya habíamos adelantado tres sesiones de co-creación y estábamos prestos a iniciar un piloto de intervención. Su muerte no solo produjo un impacto emocional profundo en nosotros en tanto investigadores, sino que reconfiguró el mapa de riesgos y de posibilidades en el territorio. Nos recordó, con brutal claridad, que la paz en Puerto Tejada no es una abstracción sino una cuestión de vida o muerte. En el caso de sus compañeros de gallada, además, les despertó una duda que luego nos allegaron por medio de un líder comunitario: “¿para qué cambiamos, si nos matan?” (notas de campo, 2025).

El cuarto desafío gira alrededor de la consecución de recursos. Primero, porque pudimos observar la forma en que la precariedad material condiciona las posibilidades de salida de la violencia. Muchos jóvenes expresaron su deseo de “montar algo”: un taller de ebanistería, una cría de cerdos o pollos, un negocio de reciclaje, una microempresa de alimentos. La narrativa del emprendimiento circulaba con fuerza, alimentada en buena medida por discursos institucionales. Sin embargo, esta aspiración convivía con un dato que aparecía una y otra vez en los relatos: la forma más rápida y eficaz de conseguir dinero seguía siendo el hurto. La lógica del “rebusque” se movía, así, en un continuo que iba desde actividades lícitas muy mal remuneradas hasta prácticas abiertamente delictivas.

En este contexto, los proyectos productivos legales tienen que competir no solo en términos de rentabilidad económica, sino también en términos de dignidad, reconocimiento y velocidad del retorno. Si el emprendimiento tarda meses en generar ingresos y, en ese lapso, el joven no tiene cómo resolver necesidades básicas, la tentación de regresar a la economía ilegal es enorme. La experiencia de CCF mostró las limitaciones de pensar los emprendimientos juveniles como soluciones mágicas a la violencia. Sin acompañamiento técnico, psicosocial⁸⁶ y financiero sostenido; sin acceso a mercados más allá del propio barrio y sin una política pública que respalde estos esfuerzos con compras públicas, asesoría jurídica y simplificación de trámites, el riesgo de fracaso es alto. Cada fracaso, a su vez, alimenta la sensación de que “por la buena no se puede”, reforzando la narrativa de la ilegalidad como vía más realista para “salir adelante”.

⁸⁶ De por sí, la implementación de una ruta psicosocial es un desafío es sí mismo, pues no es algo valorado positivamente en la población joven del municipio, especialmente quienes pertenecen a galladas. Así nos lo contaban desde Fundación PROPAL, con sus más de 10 años de experiencia en territorio (notas de campo, 2026).

De este modo, cobra total sentido el comentario de Juan alrededor de que “no es posible hablar de paz cuando hay hambre” (notas de campo, 2025). A lo anterior, se suman las dificultades de iniciativas como CAF para conseguir recursos que permitan el diseño, implementación, seguimiento y evaluación de actividades. En nuestro caso puntual, hemos optado por recursos de cooperación internacional, dado el complejo escenario nacional en materia presupuestaria y, en algunos casos, atravesado por propuestas de corrupción. A propósito de esto último, al final de un escenario de articulación alguien se acercó a comentarnos la posibilidad de “gestionar” recursos con entidades públicas vía el pago de “peajes” (coimas) que permitieran la revisión del proyecto, lo que incluía un pago equivalente al 3% del presupuesto, en caso de que fuese aprobado⁸⁸. La persona, a quien por demás no juzgamos, lo comentaba con total naturalidad, asegurando que se trataba de la forma “normal” en la que se aprueban proyectos, lo que da cuenta de la manera en que desde los territorios se puede leer el relacionamiento con el gobierno nacional.

Finalmente, el último desafío se relaciona con la heterogeneidad del universo social que configuran la población joven en el municipio, particularmente la vinculada con las galladas. No es lo mismo prevenir el ingreso de un joven de 15 o 16 años que acompañar el tránsito de un expandillero de 30 que quiere consolidar un emprendimiento para sostener a su familia. Tampoco es igual trabajar con alguien que nunca ha disparado un arma que con quien ha participado en múltiples homicidios y carga con culpas y duelos difíciles de nombrar. Este hallazgo nos llevó a insistir en la necesidad de rutas diferenciadas de prevención y acompañamiento, desde la interseccionalidad: una dirigida a jóvenes en riesgo, otra a quienes ya están vinculados, pero buscan reducir su participación en hechos violentos, otra a exintegrantes con responsabilidades penales y otra, todavía más específica, para expandilleros con discapacidades físicas o psicológicas graves. La paz, en este sentido, no puede pensarse como un paquete universal, sino como un conjunto de trayectorias posibles que deben ser reconocidas y trabajadas con temporalidades y herramientas distintas.

Con esto en mente, en el marco de Co-creando Futuros es posible identificar diversos significados de paz enmarcables dentro de las tipologías construidas por Wolfgang Dietrich

⁸⁸ De ninguna manera esto se traduce a que todos los proyectos financiados con recursos públicos tengan que sortear por este proceso. Sin embargo, nos resultó sumamente desilusionante, dado que se trata de una de las grandes entidades del Estado, especializada en la implementación de proyectos.

(2012): energética, moral, moderna, postmoderna y transracional⁸⁹. Respecto a los primeros, encontramos elementos de paz energética ligados a reconstruir la relación armónica con la tierra, aplacada por la desterritorialización generada por el auge de la agroindustria de la caña. En la misma línea, opera un anhelo por recuperar la armonía comunitaria, la tranquilidad de poder departir en los espacios públicos al margen de cualquier preocupación derivada de la confrontación armada. Un concepto cuya imagen recurrente es que las infancias “puedan volver a jugar en calle”, como en otros tiempos. Paralelamente, existen pretensiones de paz moral, con justicia social, atadas a la subsanación de las violencias estructurales del territorio, siendo particularmente fuerte la idea de la imposibilidad propia de tratar de construir “paz con hambre”, en medio de las fuertes vulnerabilidades socioeconómicas previamente señaladas, o de enfrentar las narrativas estigmatizantes sobre los barrios de oriente y a quienes allí residen. Las concepciones de paz vinculables a lo postmoderna giran, a su vez, en torno a dos grandes núcleos que dialogan mutuamente: el antirracismo y el feminismo: la necesidad de, por un lado, hacer memoria de las luchas de las comunidades afro nortecaucanas mientras se combate la abrasiva dinámica de racismo que expuse previamente y, del otro, de combatir narrativas patriarcales que promueven un tipo de masculinidad hegemónica inherentemente violenta que relega a mujeres –así como a las identidades de género y orientaciones sexuales no hegemónicas– a un segundo plano⁹⁰. Sin embargo, estas últimas, las reivindicaciones feministas, son categorías emergentes –es decir, aceptadas en menor proporción– por lo que se encuentran constantemente en medio de tensiones y disputas políticas.

Tensiones de la paz co-construida

Las resistencias que generan reivindicaciones como la feminista me permiten ilustrar algunas de las tensiones internas que surgen en la búsqueda de la paz, bajo la conceptualización que tomo de Courtheyn. A pesar de los consensos en materia de recuperar la armonía comunitaria, fortalecer la relación con la tierra y en mejorar las condiciones de vida en el territorio, el rol de las mujeres es un tópico que genera disensos y opiniones contrapuestas. Desde algunos lugares de enunciación –como la ya referenciada asociación feminista o el Consejo Comunitario– se defiende un abordaje interseccional a la paz que incluya desfeminizar el cuidado: “que empecemos a cuidar entre todas y todos” (comunicación personal, 2024); la construcción de nuevas masculinidades no hegemónicas, modificar las pautas de crianza, erradicar las

⁸⁹ Recordando, como señala el propio Dietrich, que las categorías no son necesariamente excluyentes entre sí.

⁹⁰ Esto a partir de lo señalado en diferentes espacios de conversación, especialmente con el ya mencionado Consejo Comunitario y la asociación feminista del norte del Cauca.

violencias basadas en género y eliminar las etiquetas sobre las mujeres afrodescendientes respecto a que todas trabajan como empleadas del servicio doméstico. Desde otras perspectivas, algunas narrativas culpabilizan a las mujeres de las confrontaciones violentas en el municipio. Bajo este marco, se señaló en diferentes espacios de conversación, incluso en la ya mencionada Mesa de Articulación, que la violencia entre pandillas es producto de malas madres –con escasas referencias a padres o figuras paternas– que gastan su tiempo jugando bingo⁹¹, tomando viche⁹², en vez de estar al cuidado de sus hijos. Así nos lo refirió una lideresa comunitaria: “Yo lo veo y mira que yo donde he ido juegan poquita plata (en el bingo), pero para mí es un vicio por el que dejan descuidados los niños. Descuidan su hogar, descuidan sus obligaciones porque como eso es un vicio” (comunicación personal, 2024).

De esta forma, se producen tensiones entre miradas críticas en torno a los roles de género y aquellas expectativas desproporcionada sobre madres, esposas, tías y abuelas⁹³. En otras palabras, entre significados de paz que disputan los roles de género y aquellos que buscan reforzarlos, entre visiones postmodernas y otras de tipo energético; estando esta última atada a nociones esencialistas sobre el género.

En materia de implementación, en el municipio nos han sugerido, en más de una ocasión, actuar con cautela a la hora de articular diferentes actores al diseño e implementación de intervenciones sociales. Ricardo lo plantea en términos de que “cada quien va por lo suyo” (comunicación personal, 2024), haciendo referencia a que numerosas fundaciones, organizaciones, instituciones públicas y personas velan más por su interés económico particular que por beneficiar a la población. Se trata, en últimas, de una evidencia más de las profundas rupturas en el tejido social y su correspondiente impacto en la desconfianza a nivel comunitario.

Pudimos evidenciar de primera mano cómo opera esta desconfianza y su impacto negativo a la hora de adelantar proyectos de intervención social. El primero, a propósito de una aplicación conjunta a una subvención internacional que planeábamos realizar con dos fundaciones locales. A pesar de los acuerdos que habíamos trazado en un primer momento para avanzar en la consolidación del documento, con los días empezó a retrasarse el envío de los avances parciales, al punto de que no pudimos culminar el ejercicio. Al indagar por las razones,

⁹¹ Juego de azar en el que deben llenarse un cartón a partir de los números que son sorteados a lo largo del juego.

⁹² Bebida alcohólica tradicional del Pacífico colombiano, hecha a base de caña de azúcar.

⁹³ Dicha carga se transforma entonces en un tema moral, pues si los jóvenes entran en dinámicas violentas, el problema se ubica en la madre que no cuida, no corrige o no actúa.

recibimos dos versiones encontradas. Desde una organización, nos dijeron que la otra no quiso compartirles los insumos y la información necesaria para poder avanzar en su compromiso. Por su parte, la segunda, nos comentó que una de las personas de la primera organización tenía mala reputación en la gestión de recursos, por lo que hicieron múltiples preguntas sobre su visión del proyecto que, al no ser respondidas, prefirieron abstenerse. En otra ocasión, estábamos dialogando con un liderazgo comunitario, quien participó en la capacitación sobre formulación de proyectos impartidos por la directora de esta tesis. En medio de la conversación acerca del estado del proyecto que había planteado en dicho escenario, nos comentó de una situación desagradable que experimentó al enterarse de que uno de sus socios en el proyecto estaba hablando a sus espaldas con otro, para retirarla e implementar la idea en otro contexto (notas de campo, 2025).

La segunda tensión es producto del estigma y el etiquetamiento que describí en el apartado de violencia simbólica. Son las fricciones que surgen alrededor de la manera en que se percibe a los jóvenes de gallada en general y, en ocasiones, a las personas que habitan en los barrios de oriente. Como había anticipado, en múltiples fundaciones –al menos tres de las que conocimos en territorio– se encarnaba esta narrativa según la cual no es posible “hacer algo” (intervenir para modificar su compleja realidad) con los jóvenes de gallada. En casos más extremos, incluso en fundaciones, opera la narrativa de que el único curso posible de acción es esperar a que “caigan como moscas” (notas de campo, 2025). Además de su reduccionismo a la hora de entender los complejos y enrevesados caminos de la violencia en el municipio –pues los jóvenes de gallada no son piezas alejadas del tejido social y comunitario: su accionar impacta directamente sobre el resto de la comunidad– implica descartar de entrada a un grupo poblacional, lo que deviene en posturas disonantes alrededor de cómo se construye paz en el territorio.

La tercera tensión surge alrededor de los clamores de ciertos sectores de la comunidad por lo que podríamos denominar “la paz paramilitar”. El deseo que aparece cada cierto tiempo, puntualmente después de hechos agobiantes –como el asesinato de una persona “sana”⁹⁴– de que “vuelvan los paramilitares” (notas de campo, 2025). Un anhelo *in extremis*, y desesperado, de la visión punitivista y la cara más atroz del descarte humano producto del etiquetamiento y de la violencia simbólica. En palabras de Carlos Mario Perea: “es el poder del estigma, capaz de escribir verdaderas páginas de crueldad” (2015: 14); un tipo de “justicia” injusta y

⁹⁴ Recordemos aquí el episodio del velorio, del que hablé en el capítulo anterior.

degradante que socava cualquier principio de vida y dignidad. En últimas, un tipo macabro de paz moderna, aquella garantizada por la fuerza con base en reglas claras (Dietrich 2012).

Todo lo anterior se inscribe en un campo de disputas más amplio sobre el significado de la paz y sobre la manera adecuada de relacionarse con las pandillas. Mientras que algunas personas defienden una lógica de “mano dura” y señalan que los programas que trabajan con jóvenes en conflicto “premian delincuentes”, otros actores —entre los que nos incluimos— apostamos por enfoques que reconocen la agencia de estos jóvenes y buscan incluirlos en procesos de justicia restaurativa, formación y participación. El proyecto *Co-creando Futuros* se inclinó claramente hacia esta segunda perspectiva, sin por ello negar la necesidad de sanción frente a casos puntuales. Defendemos la idea de que la reintegración requiere un equilibrio entre responsabilidad y oportunidad: no se trata de eximir de culpa, sino de ofrecer caminos para reconstruir proyectos de vida sin recurrir a la violencia, partiendo de una intención real y genuina de cambio.

Dicho lo anterior, las diferentes tensiones en el marco de una apuesta de co-creación reflejan el crisol variopinto que es “la comunidad”, lo local, retratada en muchos escenarios como una categoría homogeneizada e inherentemente virtuosa (Mac Ginty 2015; Dzuverovic 2021). La participación en la Mesa de Articulación de Proyectos Sociales y las conversaciones con diferentes organizaciones de base y liderazgos barriales revelaron un campo con emergentes tensiones, rivalidades y fracturas. No pocas veces, agendas particulares se formulaban bajo el lenguaje del interés general, y la disputa por recursos escasos —subsidios, proyectos, contratos— generaba recelos entre grupos que, en teoría, compartían objetivos similares. Se trata de algo asumible, si se quiere evidente —a pesar de ser constantemente pasado por alto— dado el alto número de actores con presencia, operación e injerencia en el territorio. La Alcaldía municipal identificó 32 organizaciones con algún interés de participar en los proyectos de intervención social en el territorio, entre universidades, fundaciones, sector religioso, sector privado y entidades públicas.

Como respuesta a lo anterior, son claras las dificultades para lograr ordenar los intereses y capacidades de un espectro tan amplio de organizaciones. A lo largo de 2024 y 2025 pudimos acompañar ocho sesiones de la mencionada Mesa de Articulación. En este escenario hubo discusiones fructíferas y profundas —que sirvieron de insumo fundamental para esta investigación— acompañadas de buenas voluntades e ideas. Sin embargo, el proceso se desgastó por la escasez de recursos y en los últimos meses devino más bien en un canal de comunicación

de la Alcaldía dando cuenta de sus acciones o propósitos. Las grandes expectativas que guiaron los primeros meses se estrellaron con una realidad compleja, por lo que algunos actores que allí participaron señalan que fue “pura palabrería⁹⁵”, y otros perciben el espacio con perspicacia y la confianza parece haberse minado. Una ruptura en la confianza, de forma similar, ocurrió también con la iniciativa de ASOJUNTAS⁹⁶ llamada *Puerto en Paz*, que pretendía integrar las voluntades individuales de particulares con interés en mitigar las violencias del municipio, especialmente la protagonizada por las pandillas.

Lo anterior no quiere decir que estas plataformas hayan sido totalmente inocuas, pues algunas organizaciones han liderado ofertas para la juventud y a partir de estas reuniones fue posible tejer un mapa de actores claves en la municipalidad. Empero, da cuenta de los escollos propios al intentar articular el accionar de múltiples actores en contextos atravesados por circunstancias como las descritas previamente. Esta constatación no significa negar el papel crucial de las organizaciones comunitarias en la contención y transformación de la violencia. Más bien, nos obliga a pensar la construcción de paz como un proceso conflictivo, en el que también hay que disputar sentidos y prácticas dentro de la comunidad (Courtheyn 2022).

Proyecto Productivo Los Bancos: la paz desde la gallada y su entorno

Lo anterior nos conduce a las dificultades y tensiones propias de una iniciativa productiva autogestionada por jóvenes de gallada en la vereda Los Bancos, llamado Proyecto Productivo Los Bancos, a partir de ahora denominada PPLB. Recordemos que esta nació a comienzos del 2024, cuando un grupo de 25 jóvenes de gallada decidió empezar a trabajar en un lote abandonado para iniciar un proyecto de piscicultura. La conocimos en febrero del 2024, pocas semanas después de su inicio, gracias a una invitación de la alcaldesa –quien también acababa de iniciar sus cuatro años de mandato– por la que hemos seguido de cerca su evolución.

Iniciado el proyecto, la fundación Nace una Nueva Esperanza (FUNES) –propietaria legal del lote– y la Alcaldía Municipal les apoyaron, gestionando capacitaciones con el Servicio Nacional de Educación (SENA). Adicionalmente, consiguieron la donación de mercados, por parte empresas del complejo industrial, para las ollas comunitarias⁹⁷ que se realizaban en el lote para alimentar a los 25 jóvenes y parte de sus familias. Lo anterior, en la medida en que estaban empleándose a tiempo completo en una iniciativa altamente demandante en términos

⁹⁵ Solo palabras y conversaciones, sin ningún resultado o acción puntual.

⁹⁶ Asociación de Juntas de Acción Local del municipio.

⁹⁷ Ejercicio en el que la comunidad se une para preparar y compartir los alimentos.

físicos, lo que dificultaba en demasía buscar sustento por otras vías. Así lo registré en su momento en mis notas de campo:

Todos están trabajando la tierra: arando, sembrando, cortando la maleza. Todo en medio de un calor templado, infernal para mi perspectiva externa, en medio de una cantidad malsana de mosquitos. En ese entretanto llegaron los mercados para la olla comunitaria (2024).

En la misma línea, se establecieron algunos acuerdos con la seccional local de la Fiscalía General de la Nación –ente acusador de Colombia– con ánimo de alcanzar beneficios legales para quienes tenían orden de captura o pendientes con el sistema judicial. Algunos de los jóvenes que se acogieron pudieron beneficiarse de programas de justicia restaurativa, trabajando en el lote, o medidas de casa por cárcel con permiso para laborar en el proyecto. Una medida más que necesaria, pues el día de nuestra primera visita, que coincidió con la entrega de mercados, varios de los jóvenes se rehusaron a la toma de fotos solicitada por los donantes, temiendo que permitiera su identificación por parte de las autoridades.

Dicho lo anterior, la visión de la paz de esta iniciativa articula diferentes puntos. Desde los liderazgos comunitarios, destacan la necesidad de “volver a reconocer a los muchachos” (comunicación personal, 2024): de reconocerles como personas capaces de aportar al fortalecimiento del tejido comunitario, no solo como “malandros”. Implica una visión de justicia restaurativa en la que “compensen a la comunidad por el daño que han hecho”, pero a su vez que la comunidad “haga las paces” con ellos (comunicación personal, 2024). Bajo esa perspectiva, Amaranta ha liderado con los jóvenes sesiones de limpieza en la escuela local o de embellecimiento de espacios públicos. Con ello ha promovido espacios de conversación y reflexión con los jóvenes del proyecto, para concientizarles del daño que le hacen a la comunidad con su accionar violento y delictivo, pero también su capacidad de agencia para el trabajo comunitario:

Yo les decía: es que ustedes deben devolverle a la comunidad, aunque sea de esta manera, todo el daño que nos han hecho. Me contestaba: Onosotros no le hemos hecho daño a usted. Yo insistía porque cuando están en su desorden yo tengo que encerrarme en mi casa cuando quiero estar de pronto sentada en el andén. Me decían que los ponía a pensar porque no lo habían visto así (comunicación personal, 2024).

De esta forma, para estos liderazgos comunitarios, particularmente FUNES, se relaciona fuertemente con una noción de paz moral bajo ideales de justicia restaurativa por medio del trabajo comunitario, pero a su vez dialogando con significados de paz armónica relacionada – al igual que con CCF– con la convivencia armónica para restablecer la tranquilidad en la comunidad.

Además, desde la visión de los jóvenes, la paz por medio del proyecto se traduce en buscar nuevas alternativas de subsistencia para mejorar sus condiciones de vida. Implica conseguir nuevas fuentes de ingreso que les permitan tener una vida digna, con sus necesidades materiales satisfechas, pero al mismo tiempo con la “tranquilidad” propia de no tener cuentas pendientes con el sistema judicial (Dre, comunicación personal, 2024); una forma de paz transracional en el sentido planteado por Dietrich (2012), en tanto se trata de la búsqueda de vidas dignas en medio de la armonía relacional con el entorno comunitario y natural, al mismo tiempo que convive con ideas de desarrollo y progreso. Por ello, han buscado diversas alternativas, además de los peces, como la cría de cerdos, pollos, siembra de hortalizas, entre otras ideas de negocio. Permanece en ellos una conexión con la idea de la finca tradicional de sus ancestros, de la que hablábamos en el capítulo anterior, pero con tintes transracionales al convivir con la idea de ser emprendedores del agro, conectando con nociones modernas de desarrollo económico. En algunos, además, ronda la idea de ofrecer a sus hijos un futuro diferente a las realidades que han vivido en primera persona, empezando por la posibilidad de jugar en las calles con tranquilidad.

La Alcaldía, un actor clave para el proyecto, hace énfasis en el componente restaurativo y el desarrollo del proyecto como estrategia de prevención selectiva e indicada. Según nos comentaban desde el equipo de la Alcaldía, por medio de brindarles otras oportunidades a los jóvenes (notas de campo, 2024). La principal pretensión entonces es replicar el modelo del PPBL en otras zonas del municipio y que “los jóvenes de Los Bancos sean un ejemplo para todo Puerto Tejada” (comunicación personal, 2024). Por esto último, hay una fuerte apuesta comunicativa y del manejo de redes sociales para dar a conocer el proyecto dentro del municipio y sus potenciales beneficios. Bajo este enfoque, la Alcaldía tiene un abordaje anclado en la paz moderna, aquella atravesada primariamente por el cese de las hostilidades, la que se gestiona desde la institucionalidad liberal de cara al “desarrollo” y el crecimiento económico, aunque sin abandonar elementos comunitarios de convivencia armónica y búsqueda de justicia social.

Sin embargo, el proyecto ha enfrentado múltiples escollos que han amenazado su sostenibilidad en el tiempo. En primer lugar, las dificultades para generar ingresos o medios de subsistencia a los 25 jóvenes fundadores. Como nos comentaba una persona desde el SENA, a cargo de la capacitación en piscicultura, la cría de peces es una actividad productiva cuyos resultados son de mediano plazo (notas de campo, 2024). Para afrontar esta realidad, desde la Alcaldía y FUNES apoyaron con la siembra de plátano, pero los réditos de la comercialización no son suficientes para solventar las necesidades materiales. De esta forma, las donaciones gestionadas se mantuvieron durante las primeras semanas de funcionamiento, pero de ninguna manera fueron una solución sostenible en el mediano plazo. Como consecuencia, este fue el primer gran factor de deserción, pues fomentaba que varios de los participantes empezaran a buscar otras alternativas de ingreso, incluyendo el hurto, en algunas ocasiones.

En segundo lugar, conectado con lo anterior, encontramos la falta de recursos frente a las expectativas iniciales. A pesar de las buenas intenciones inaugurales, ni la administración municipal ni FUNES cuentan con los recursos necesarios para invertir sostenidamente en el proyecto o garantizarles una renta mínima a los jóvenes involucrados; sumado a que la mayoría superaban los 28 años, por lo que no podían beneficiarse de transferencias como las ofrecidas en Jóvenes en Paz⁹⁸. Se ha tratado fundamentalmente de aportes gestionados con el ecosistema local de empresas privadas e instituciones del Estado que, aunque importantes, son insuficientes e insostenibles. Para diciembre de 2025, FUNES estaba esperando respuesta a un proyecto de avicultura presentado ante el Ministerio de Agricultura; además, firmaron un convenio de dos meses por 39 millones de pesos (11.000 USD) para fortalecer los sistemas productivos agrícolas de 25 familias (Convenio de Asociación SGC 002, 2025). Lo anterior, con el propósito de impulsar la iniciativa a lo largo del 2026. En todo caso, las expectativas iniciales se enfrentaron a la cruda realidad: las inaplazables necesidades de subsistencia –en un contexto de alta vulnerabilidad– y la imposibilidad de conseguir resultados en el cortísimo plazo: la carga que impone la violencia estructural.

El tercer desafío es la sombra recurrente de la violencia cotidiana. Al respecto, un primer factor se relaciona especialmente con una coyuntura señalada por algunos liderazgos comunitarios desde las primeras reuniones a las que asistimos: la importancia de empezar a sensibilizar a otros jóvenes de la vereda que se encontraban presos, próximos a salir en libertad, para que no torpedearan el proceso al permanecer en la dinámica delictiva y violenta a su regreso. Como

⁹⁸ Programa en el que profundizaré más adelante.

habían anticipado, algunos de estos últimos generaron tensiones en la vereda, dado que volvieron con tales intenciones. Con ello, empezó a elevarse la percepción de inseguridad y los reportes de robo en la zona, dificultando aún más la consecución de recursos y/o apoyos, así como el coste político para la administración local de respaldar el proyecto.

Respecto a esto último, uno de los jóvenes del proyecto contestaba lo siguiente: “la gente anda obstinada porque le están echando el bulto de todo acá” (notas de campo, 2024). Con ello, denunciaba el cansancio que sentía por el hecho de que les endilgaban la culpa de cualquier hecho violento y/o delictivo en la zona, o en el contiguo sector Granada, sin distinguir entre quienes estaban en el proyecto y quienes desertaron o nunca se vincularon. En todo caso, Amaranta nos comentó que algunos integrantes del proyecto, alrededor de 7, tuvieron episodios puntuales en los que salieron a robar sobre la vía, especialmente por la falta de dinero: “no están fuera del proyecto, sino que hay momentos en que se desesperan cuando se ven sin dinero y quisieran salir a hacer daño” (comunicación personal, 2024). Una muestra de la zona gris entre ser “pandillero” y “expandillero”, en medio de las complejidades del contexto. Finalmente, está la persistencia de los enemigos del pasado, incluso cuando se le está apostando a proyectos como este. Como nos comentaba Dre, es necesario “andar con cuidado porque los enemigos no perdonan” y en cualquier momento de descuido pueden arremeter (comunicación personal, 2024). Por ello, las fronteras invisibles no se diluyen, aun para los jóvenes más comprometidos con la iniciativa.

Tensiones de la paz local

Para el caso de esta iniciativa es posible identificar dos grandes tipos de fricciones: las propias de la dinámica interna del grupo de jóvenes, incluyendo sus principales socios –la Alcaldía y FUNES– y las que se producen con actores externos. Las tensiones internas se resumen en las fracturas entre el grupo de jóvenes, particularmente con la primera venta de peces. Según nos explicaban algunos de ellos, en las primeras semanas hubo deserción por las dificultades asociadas a la falta de ingreso; no obstante, con la primera venta volvieron a reclamar su porcentaje de ganancia. Algo que molestó a quienes permanecieron, por el estrecho margen de ganancia y la decisión tomada de reinvertir lo generado. Como consecuencia, se presentaron amenazas entre los jóvenes y hacia el equipo de FUNES, alrededor de la forma en que debían distribuirse los recursos. Dentro del grupo empezaron a circular rumores respecto a que la Alcaldía estaba financiando a los líderes del proyecto o que el equipo de FUNES se estaba quedando con las ganancias. En un par de ocasiones, uno de los líderes del proyecto tuvo fuertes

desencuentros con algunos compañeros, incluso amenazándose mutuamente con el uso de armas, como nos comentaba una de las lideresas que las ha acompañado de cerca (notas de campo, 2025). Uno de ellos prefirió irse de la vereda para radicarse en otro lugar de Puerto Tejada, temiendo por su seguridad y con pocas ganas de retomar la confrontación violenta.

En una visita que realizamos al lote a mediados del 2024, acompañando una reunión de la Alcaldía para responder a la desazón de algunos integrantes del grupo, pudimos evidenciar estas tensiones de primera mano. A lo largo del encuentro, varios de los jóvenes manifestaron su malestar respecto a lo que denominaban “promesas incumplidas” por parte del gobierno local. Se referían, sobre todo, a la dificultad de suplir sus necesidades materiales, en primera persona y para su familia, ante los escasos ingresos generados por el proyecto y las interrupciones en las donaciones para las ollas comunitarias. Por su parte, el equipo de la Alcaldía, junto con los liderazgos comunitarios acompañantes del proceso, insistían en la necesidad de que mantuvieran la unidad y el espíritu de cuerpo. Asimismo, hicieron hincapié en la importancia de que permanecieran “juiciosos” (al margen de la actividad violenta y/o delictiva), en tanto tales situaciones dificultaban aún más la consecución de apoyos.

A propósito de esto último, un punto de tensión dentro de la vereda ha sido la relación entre los integrantes del proyecto y algunos “los menorcitos” de la zona. Los jóvenes del proyecto, en su mayoría veteranos –curtidos en la dinámica de la pandilla y las *guerras de pavimento* (Perea 2007)– han tenido fuertes cruces con los recién iniciados en las galladas y su afán por vivir las realidades de la calle⁹⁹. Amaranta nos comentaba cómo estos veteranos han buscado controlar su accionar, incluso estando la violencia aún como alternativa:

Y allí vamos, ahorita tenemos como inconvenientes con algunos de los jóvenes que ellos llaman menores porque yo pienso que ellos no han recibido un disparo, no los han metido a la cárcel, no sé qué pasa con ellos, como que tienen una adrenalina altísima. Ellos les dicen "aquí no. Ustedes verán para dónde van a hacer daño, pero aquí no." Entonces el que era el más bravo, entre comillas, les dice: "yo hace tiempo no cojo un arma, pero ustedes hacen un daño acá y les voleo (les disparo)." (comunicación personal, 2024).

Las tensiones externas se articulan alrededor de la percepción negativa que algunas personas tienen de la iniciativa, conectado con el tercer desafío, la incidencia de la violencia cotidiana.

⁹⁹ Para una mejor comprensión de la distinción entre “menorcitos” y veteranos, recomiendo leer la ponencia que presentamos con la profesora Cerón Steevens en el IV Jornadas de la Red de Estudios sobre Juventud y Sociedad (Cerón-Steevens & Linares-Gómez 2025).

En sus inicios, la iniciativa logró mejorar la percepción de seguridad por parte de algunos liderazgos comunitarios de la vereda, como Amaranta:

Entonces, ahora los niños pueden salir a la calle tranquilos porque gracias a Dios, desde noviembre, para acá hemos sentido una tranquilidad enorme en nuestra comunidad, ya la gente puede pasar por ahí con tranquilidad, que no se les está haciendo daño (comunicación personal, 2024).

A concepto de esta lideresa, porque los 25 jóvenes estaban ocupados y no tenían tiempo de salir a hostigar a los jóvenes del sector contiguo o de robar a los camiones que pasaban por la vía.

No obstante, por los desafíos y las tensiones previamente señaladas, los enfrentamientos y los robos escalaron a lo largo del 2025. En diciembre de dicho año estuvimos acompañando una reunión entre la Alcaldía y representantes de las empresas del complejo industrial de Puerto Tejada y Guachené. En ese espacio, el empresariado manifestaba su desesperación ante la creciente crisis de seguridad experimentada por su personal a la hora de desplazarse a las plantas de producción o transportar sus productos. Dentro de las zonas clave, según resaltaban, estaba el cruce por la vereda Los Bancos, en la ya señalada vía que conduce hacia Guachené.

Justamente por esta dinámica, que también tiene eco entre algunos habitantes del municipio, ha empezado a encuadrarse la PPLB como una “alcahuetería” con los jóvenes (permisividad excesiva), como supuesto factor explicativo detrás de esta realidad. Vemos, al igual que con la anterior iniciativa (CCF), las tensiones por la existencia de posturas punitivistas que insisten en el uso de la fuerza y la represión como la única herramienta para mitigar la violencia cotidiana. En casos extremos, conectados con lo que he denominado la paz paramilitar, algunos liderazgos que han apoyado el proceso de cerca han recibido llamadas amenazantes por promover la dicha “alcahuetería”, exigiéndoles retirarse del proyecto¹⁰⁰.

Para finales de 2025 la iniciativa productiva tenía a 5 jóvenes activos, aunque solo 1 de ellos se dedicaba tiempo completo al trabajo en el lote. 4 más trabajaban ocasionalmente en la iniciativa y “se puede contar con ellos”, según nos explicaba Amaranta, y otros 4 adicionales lograron salir del país vía asilo político. Siguen trabajando en la piscicultura, a lo que añadieron

¹⁰⁰ En el caso de esta última, fue justamente después de un homicidio que se presentó en la vereda. Días después, la persona recibió una llamada en la que le dijeron que “eso era lo que ella apoyaba”, como si fuera cómplice del homicidio por su apoyo a la PPLB.

siembra de plátano y la cría de un par de cerdos. El proyecto sigue sin ser completamente sostenible económicamente y deben compaginarlo con otras tareas como la requisa de caña para venderle a los ingenios azucareros, por lo que en la zona la delincuencia se mantiene como la opción más rápida y eficiente para suplir las necesidades materiales, así como para la consecución de reconocimiento y prestigio. En todo caso, es llamativo que los 5 que resisten son “veteranos” de la vida pandilleril con voluntad férrea de cambio; mientras que “los menorcitos” -neófitos iniciados en las pandillas- junto con los recién salidos de la cárcel, son quienes más avivan las actividades delictivas. Por su parte, la Alcaldía local ha propendido a replicar esta lógica de intervención con otras pandillas del municipio, en medio de las restricciones presupuestales y varios desafíos de los aquí expuestos que son, en términos generales, extrapolables a otros barrios. Con ese propósito en mente, han procedido principalmente a la entrega de pollos y a la facilitación de “lechonas”¹⁰¹, a manera de capital semilla.

Jóvenes en Paz: la paz desde arriba

El programa Jóvenes en Paz, estipulado en el Plan Nacional de Desarrollo 2022–2026 (Ley 2294 de 2023, art. 348) y reglamentado por el Decreto 1649 de 2023, fue coordinado por el Ministerio de la Igualdad y contemplaba los siguientes objetivos:

Implementar una ruta de atención integral para jóvenes entre 14 y 28 años, que les permita romper ciclos de violencia presentados en comunidades vulneradas, reducir el riesgo y la vinculación a las dinámicas criminales y promover su vinculación educativa, laboral y social (Ministerio de Igualdad y Equidad 2025: 36).

La ruta integral tendrá como propósito contribuir en la eliminación de las desigualdades económicas, territoriales, políticas y sociales, impulsar el goce del derecho a la igualdad, el cumplimiento de los principios de no discriminación y no regresividad, y la construcción de paz en los territorios, incorporando y adoptando el enfoque territorial, de seguridad humana y justicia social, de derechos, diferencial, étnico racial, campesino, de género e interseccional (Decreto 1649 de 2023: artículo 1).

Para ello, el programa estaba compuesto por seis componentes, según el manual operativo (Ministerio de Igualdad y Equidad 2023). El primero, el educativo, tendiente al desarrollo de un Plan Educativo Individual (PEI) a partir de los intereses y necesidades particulares.

¹⁰¹ Una preparación del cerdo con arroz y condimentos. Es un plato típico del país.

Segundo, corresponsabilidad, enfocado en el desarrollo de actividades comunitarias y el fortalecimiento de su agencia como transformadores de su realidad local. Tercero, la dimensión económico-productiva por medio del emprendimiento, asociatividad y empleabilidad. Cuarto, atención en salud con énfasis en salud mental. Quinto, las transferencias monetarias condicionadas para quienes cumplan con su plan de formación educativa y los compromisos en materia de corresponsabilidad, por un valor de \$ 1.000.000 COP (75% de un salario mínimo legal para 2024). Sexto, el acompañamiento socio-jurídico para quienes lo requieran. En cuanto a requisitos de ingreso, no podían participar jóvenes con orden de captura vigente ni mayores a 28 años. El programa incluye a mujeres y contempla población rural. Además, exige no estar ni haber estado en otros programas del Estado, a fin de focalizar recursos.

A nivel de significados, la paz desde este programa implicaba principalmente concepciones de paz moral ligada a la justicia social para la prevención de la violencia y la construcción de proyectos de vida, cimentadas en nociones de libertad como la planteada por Amartya Sen (2000)¹⁰²; la cual a su vez es rastreable –en menor medida– a una tímida noción de paz armónica, por medio de la reconstrucción del tejido social, y aproximaciones postmodernas vinculadas a la incorporación de interseccionalidades. Análogamente, mantiene elementos de paz moderna, ligados al componente de emprendimiento, empleabilidad y asociatividad, bajo la gran sombrilla del desarrollo económico.

Sobre la implementación, el Gobierno anunció pilotos y priorizaciones desde diciembre de 2023. Puerto Tejada fue uno de los seis municipios priorizados para la primera fase de implementación, que inició en abril del 2024. En esta etapa inicial, se proyectó beneficiar a más de 6.000 jóvenes en los municipios seleccionados, que incluyeron, además de Puerto Tejada, a Guachené (Cauca), Buenaventura (Valle del Cauca), Quibdó (Chocó), Medellín (Antioquia) y Bogotá D.C (Vicepresidencia de la República de Colombia 2023). Con lo anterior en mente, la creación del programa Jóvenes en Paz responde a un diagnóstico claro sobre la situación de violencia y vulnerabilidad que afecta a la juventud en diversas regiones de Colombia. Los considerandos del Decreto 1649 de 2023 hacen referencia a que se trata de una iniciativa fundamentada en un enfoque de derechos, no desde el asistencialismo¹⁰³, basada en la dignidad individual y el otorgamiento de las herramientas necesarias para labrar un proyecto de vida, participar en la comunidad, asumir los deberes cívicos y aportar a la

¹⁰² La libertad para labrarse un proyecto de vida propio, ligada al denominado desarrollo humano.

¹⁰³ Recordemos esta distinción, abordada en el apartado de CCF.

reconstrucción del tejido social. En palabras de la vicepresidenta de la República, Francia Márquez Mina:

El propósito fundamental es evitar que, por falta de oportunidades reales de educación de calidad y empleo digno, la juventud caiga en las redes de actores armados ilegales y termine cometiendo o participando en delitos como el homicidio, el secuestro, el tráfico de drogas o armas, o que termine en redes de tráfico de personas. Lo que buscamos es salvarlos de la criminalidad (Vicepresidencia de la República de Colombia 2023).

De esta forma, los criterios de priorización, fijados por el DNP, se basaron en los grados de violencia y vulnerabilidad socioeconómica, tanto a nivel territorial como individual. Para los territorios, las variables consideradas fueron la tasa de homicidios, la incidencia del crimen organizado, el percentil de población en riesgo por la violencia y la vulnerabilidad socioeconómica. Para las personas beneficiarias, se realizó un indicador ponderado, a partir del Registro Social de Hogares, teniendo en cuenta 5 dimensiones: productiva, educativa, demográfica, vinculación a dinámicas de violencia o explotación sexual, ubicación; sumado a las dimensiones excluyentes de identificación como cumplir con la edad, no tener orden de captura vigente y tener documento de identidad. En ese sentido, se focalizaron personas jóvenes registradas en pobreza extrema o moderada en el SISBÉN, sin empleo formal, sin educación superior y/o que no hubieran asistido a una institución escolar en el último año, víctimas del conflicto armado, personas con discapacidad, población pospenada, entre otros criterios¹⁰⁴ (DNP 2023).

Empero, su materialización en terreno enfrentó diversas vicisitudes. Desde antes de iniciar, el programa estuvo atravesado por la polémica de las transferencias monetarias condicionadas, algo que generó suspicacia en la población que auguraba un uso indebido del recurso para la guerra entre pandillas. En palabras de un líder comunitario, Jóvenes en Paz mandaba un mensaje equivocado al dar a entender que “el joven le está haciendo un favor a la comunidad por no delinquir” (comunicación personal, 2024).

En este contexto, el Ministerio de la Igualdad habilitó 480 cupos para el municipio, aunque el programa empezó con 422 jóvenes de los 846 que realizaron preinscripción: 40% hombres,

¹⁰⁴ Para una revisión completa, recomiendo revisar el documento del DNP (2023).

46% mujeres y 12% sin identificar¹⁰⁵. A propósito de este perfil demográfico, uno de los profesionales del proyecto nos comentaba que no correspondía al de la violencia en el territorio, protagonizada por jóvenes hombres jóvenes (comunicación personal, 2024)¹⁰⁶. Con este total, que fue el máximo de beneficiarios alcanzados, empezó una fuerte deserción hasta culminar los 12 meses –aquellos en los que se iba a brindar la renta mensual– con poco más de 100 (comunicación personal, 2025). El periodo de cierre formal, que incluía el cierre de las rutas de atención, solo se contó con 81 personas (Coordinación Territorial 2025). Tal nivel de deserción, en torno al 75%, responde a los múltiples desafíos de la iniciativa que serán expuestos a continuación.

Uno de los más significativos fue las divergencias entre los tiempos de la administración pública nacional y las impostergables necesidades del municipio. La más notable, el retraso en los pagos mensuales para la población beneficiaria, incluso para quienes cumplían los requisitos, lo que empezó a friccionar la relación entre los operadores en terreno –liderazgos comunitarios reconocidos por los jóvenes– y los jóvenes; derivando en amenazas e intimidaciones, aduciendo que los operadores se estaban robando el dinero, a pesar de que ellos también presentaban retrasos en el pago de sus contratos por prestación de servicios (comunicación personal, 2024). En esta línea, vemos cómo la violencia cotidiana, al igual que en las otras dos iniciativas de construcción de paz, se erige en tanto antagonista y escollo mayúsculo. Por lo anterior, a nivel local se buscó que cada sesión del proyecto –que incluía clases las diarias en los puntos de atención en los barrios– estuviera acompañada por la Policía para evitar agresiones o intimidaciones de parte de jóvenes de gallada hacia otros que estuvieran asistiendo a las sesiones de trabajo, por algún vínculo o ser en primera persona integrante de una pandilla rival. No obstante, la escasa capacidad en materia de pie de fuerza no permitió dicho acompañamiento de manera constante¹⁰⁷. En consecuencia, el personal encargado de guiar las sesiones nos comentaba de situaciones límite en las que jóvenes de pandillas arribaban al espacio para intimidar a algún participante del programa, algo recurrente en al menos 4 puntos de atención. Una profesora tuvo que intervenir, poniendo su propia vida en riesgo, cuando un joven de pandilla sacó un revólver, amenazando con matar a uno de sus

¹⁰⁵ Dashboard disponible en <https://storymaps.arcgis.com/stories/c76794f412784ecdb61182f0d7d8ac1d>. La categoría Sin Identificar da cuenta de los problemas del proyecto por consolidar la información, como veremos más adelante.

¹⁰⁶ Lo cual no necesariamente implica que el programa no haya funcionado, dada la dimensión comunitaria de la violencia. Es una pregunta interesante que deberá ser resuelta en futuras investigaciones.

¹⁰⁷ En una reunión, desde la Alcaldía local nos confirmaron que a 2025 Puerto Tejada cuenta únicamente con 135 policías, de los cuales alrededor de 15 o 20 pueden disponerse para labores de patrullaje, pero por razones de seguridad deben desplazarse en grupos de 4.

estudiantes. Al final, decidió trasladar el punto de atención a otra locación, buscando mitigar el riesgo. Se trata de la dificultad que representa un contexto atravesado por la sombra constante de la muerte, donde desmarcarse de la violencia puede representar un riesgo para la existencia. En palabras de un joven de gallada adscrito al programa: “estamos dispuestos a cambiar, pero no a dejarnos matar” (comunicación personal, 2024).

Otro desafío fue el seguimiento al recurso asignado en las transferencias condicionadas. Como habían mencionado algunos liderazgos, en ciertos casos se habría usado dicho recurso para comprar armamento y/o munición, una opinión que se ha extendido a lo largo del municipio. Se relaciona con lo presuntamente acontecido en el marco del programa Jóvenes a lo Bien, de la Policía Nacional, cuya crítica principal entre los liderazgos comunitarios es que se utilizó el recurso para la guerra de galladas, en tanto se concentró en el “hacer” y no en el “ser”¹⁰⁸. No obstante, no es algo de lo que tengamos evidencia contundente, aunque algunas personas lo relacionan con el vertiginoso incremento del homicidio durante el 2025¹⁰⁹. Lo cierto es que durante las observaciones en los barrios y las conversaciones con jóvenes de gallada conocimos casos como el del ya mencionado Rico, inscrito en el programa, pero manteniendo su vida como integrante de la gallada, incluso reconocido dentro de su comunidad como uno de los que “da más lora” (está envuelto en múltiples episodios de violencia); por lo que no es del todo descartable que en efecto hubiera utilizado al menos una parte de los recursos para la guerra entre pandillas.

Lo anterior, contrasta con el caso de otros jóvenes como Pan Coco¹¹⁰, un joven ex miembro de gallada que invirtió sus transferencias condicionadas en un proyecto personal para la cría de cerdos en una cochera. Durante las visitas que hicimos a su iniciativa, a lo largo del 2025, pudimos evidenciar el crecimiento de su proyecto, pasando de un pequeño espacio a ocupar casi la mitad de la cochera, sumado a mejoras de infraestructura como la instalación de techos y sistemas de drenaje¹¹¹.

¹⁰⁸ Es un comentario usual hacia el programa Jóvenes a lo Bien, recordado en el territorio como el programa de los cerdos, por haber entregado estos animales a la población beneficiaria.

¹⁰⁹ En todo caso, tal supuesto uso de las transferencias condicionadas para financiar la guerra entre pandillas debe matizarse a la luz del alto incumplimiento en los pagos.

¹¹⁰ Utilizo el nombre real porque es de su interés dar a conocer su proyecto de cría de cerdos. Es muy activo en redes sociales y está en la búsqueda activa de seguidores <https://www.tiktok.com/@pancocoeldeloscercos>

¹¹¹ Corresponderá a investigaciones de corte cuantitativo estimar la cantidad de casos de éxito y de mal uso de los recursos.

La dificultad para estimar proporcionalmente cómo se utilizaron los recursos, ejemplificada en los casos de Rico y Pan Coco, da cuenta de lo señalado por Benavides Cosme (2024) sobre las dificultades del programa –para el caso de Puerto Tejada y Buenaventura– por recolectar datos que permitan la toma de decisiones, en medio de municipios que de por sí no cuentan con sistemas de información. Esto lo pudimos observar, análogamente, en las reuniones de la mesa de articulación, donde no había claridad en torno a las cifras oficiales del proyecto en temas como perfil demográfico, uso de los recursos, entre otras variables¹¹². Parte de esta realidad se explica, según el Informe de Empalme y Balance General, por la falta de lineamientos en materia de gestión documental a lo largo del proyecto, aunque dentro del documento señalan algunos avances: la incorporación de 109 personas jóvenes a trayectorias formativas y la vinculación de 79 más en actividades de corresponsabilidad.

Tensiones en la paz desde arriba

La primera tensión surgida alrededor de esta iniciativa se relaciona con la ya descrita polémica desatada alrededor de las transferencias condicionadas. Desde sus inicios, el programa despertó reticencia en algunos liderazgos comunitarios y habitantes del municipio, bajo la premisa de que era un “premio” a los delincuentes y que se les estaba “pagando por no matar”¹¹³. De esta forma, al margen de la legítima preocupación en materia de implementación y seguimiento al recurso económico brindado, las narrativas punitivistas se erigen como factor tensionante del programa a nivel local. Voces señalando que se trata de una “vagabundería” (permisividad excesiva) con los jóvenes dan cuenta de esta pretensión por apostarle exclusivamente a la represión. Lo anterior, dificultó la apropiación comunitaria de un proyecto que desde el inicio se le auguraban malos resultados, lo que dificultó el apoyo de liderazgos clave en los barrios para una mejor implementación, seguimiento y evaluación concomitante. A pesar de que los profesionales a cargo de operar el programa en Puerto Tejada eran liderazgos reconocidos por la comunidad y, sobre todo, por los jóvenes, hubo otros que se mantuvieron al margen. Como argumentó Benavides Cosme (2024), la participación de dicho tipo de liderazgos era crucial

¹¹² Como queda claro a lo largo de estas páginas, existe una rica y valiosa información cualitativa al hablar con la población beneficiaria y el equipo de profesionales. No obstante, no existen cifras que den cuenta del perfil demográfico, la deserción, el uso de los recursos, entre otros, para hacer el seguimiento concomitante a la implementación. A lo largo del 2026 está pensado realizar tales cálculos, pero a manera de evaluación *ex post*. Como nos señalaba la propia Dana, es una lástima que Puerto Tejada haya sido parte del primer grupo piloto del proyecto, a manera de experimento, dado que las lecciones aprendidas se verán reflejadas en otros municipios.

¹¹³ Alimentado por unas desafortunadas palabras del presidente Petro (Redacción Política El Espectador 2023)

para la implementación de componentes como la corresponsabilidad, pensado a manera de actividades de impacto comunitario para reconstruir el tejido social.

Una segunda tensión gravitó en torno a las diferencias entre los enlaces locales del proyecto y lo ideado externamente desde el gobierno nacional. Para comenzar, estuvo la negativa inicial de abrir más de cuatro puntos de atención –a pesar de ser un municipio altamente fragmentado por las barreras invisibles y la alta densidad de pandillas– o la imposición de requisitos administrativos como abrir una cuenta bancaria para depositar el dinero, en un territorio con alta informalidad y limitaciones para la movilidad. Estas tensiones, de trasladar unos lineamientos pensados desde la capital a un contexto puntual, también se vieron en los ya mencionados retrasos al pago de las transferencias. Como reportó la Silla Vacía en marzo del 2025, parte del problema estaba en el uso de la plataforma Kobo, con la que desde el Ministerio de Igualdad reportaban las asistencias al Departamento de Prosperidad Social (DPS), entidad encargada de consignar el dinero. El reportaje incluyó el malestar de algunos de los profesionales de acompañamiento del proyecto, quienes se quejaban de lo difícil que era operar la plataforma para diligenciar la información que posteriormente era enviada al DPS para desembolsar el dinero. Análogamente, la información documental revisada por Benavides Cosme (2024), específicamente los informes de gestión del Ministerio de Igualdad, dan cuenta de las dificultades para recoger, sistematizar y analizar la información de campo; algo que también señala el Informe de Empalme y Balance General. Como respuesta, ante las fallas críticas en el sistema de información, las transferencias pensadas para mitigar la violencia estructural no tuvieron la continuidad esperada, con las respectivas fricciones que mencioné anteriormente.

Al mismo tiempo, a nivel administrativo, profesoras como Dana dan cuenta de los problemas de articulación entre las múltiples entidades del gobierno central encargadas de materializar los múltiples componentes del programa. De acuerdo con la reconstrucción de Benavides Cosme (2024), fueron 16 las instituciones en cabeza de los diferentes componentes pensados para la implementación.

Gráfico 8

Entidades encargadas de la implementación de Jóvenes en Paz



Tomado de: Benavides Cosme (2024:45)

Como nos explicaba la misma Dana, en su momento tuvieron profundas diferencias por la poca claridad y la falta de respuesta oportuna por parte de los ministerios. De esta forma, ella, con el resto del equipo docente, se vieron en la obligación de gestionar localmente la oferta para el grupo de jóvenes que tenían a su cargo. El trabajo que desde el principio debía ser interinstitucional y articulado terminó recayendo en el equipo de formadores, quienes en algunos casos enfrentaron dificultades para sistematizar y evaluar los resultados de la política pública. Incluso, en ocasiones, el equipo de profesionales tuvo que destinar recursos personales para poder concretar algunas de actividades planteadas, algo que nos comentó la propia Dana y aparece en los resultados de Benavides Cosme (2024). Todo lo anterior, bajo el marco de un contexto de desconfianza general hacia el Estado y sus instituciones por ser “pajudos” (prometer cosas que luego no cumplen) y corruptos.

A diciembre del 2025, el proyecto se encontraba en proceso de reactivación para retomar sus últimos 6 meses de operación, dedicados al seguimiento de lo implementado a lo largo de los primeros 12 meses de trabajo, periodo de las transferencias condicionadas. En este último tercio de 6 meses, la pretensión era acompañar a los jóvenes bajo un esquema de asociatividad de economías populares tendiente al emprendimiento.

Sin lugar a duda, uno de los grandes aciertos del programa consiste en reconocer algo que nos habían señalado en territorio: “no hay paz cuando hay hambre”, al margen de los obstáculos y tropiezos en materia de implementación; a su vez, fue clave que el equipo operativo en terreno se conformó por liderazgos con trabajo previo en los barrios. Asimismo, algunas profesoras como Dana argumentan que se alcanzaron avances importantes, a pesar de “la mala prensa del proyecto” (comunicación personal, 2025). Resalta el caso de 5 de sus estudiantes que lograron

graduarse de programas técnicos en carpintería, enfermería o regencia de farmacia, con el respectivo impacto potencial en sus trayectorias de vida (comunicación personal, 2025). Algo que en su momento despertó inquietud desde la dirección del programa, pues sus estudiantes iniciaron su proceso formativo por fuera del cronograma establecido en la ruta de atención. De igual forma, señala que el mayor logro del proyecto fue la relación que se tejió entre los participantes del programa, incluyéndole: una red de amistad que espera perdure como factor protector en medio de la dureza del contexto (comunicación personal, 2025).

Dicho lo anterior, lo que planteo en este apartado dialoga con los hallazgos de Benavides Cosme (2024). Profundiza situadamente –gracias al trabajo en terreno coincidente con el tiempo previo, concomitante y posterior al programa– las causas y efectos de algunos elementos identificados por el autor, como la necesidad de mejorar los sistemas de información y de gestión de las transferencias, así como el desbordamiento del equipo de profesionales en territorio; también la falta de avances en componentes como el de corresponsabilidad, a cargo del Ministerio del Interior, por la escasa articulación interinstitucional.

Un balance

Las iniciativas revisadas a lo largo de este capítulo me permiten ilustrar una de las premisas de esta investigación: que la paz es un proceso performativo que se construye situadamente a partir de múltiples imaginarios y significados que operan a nivel relacional (Courtheyn 2022). Esta dinámica relacional de la paz desafía entonces la conceptualización liberal, en tanto condición alcanzable; por el contrario, es un “proceso espacial y un discurso político que se manifiesta en diversas formas a lo largo del tiempo, el espacio y la cultura” (Courtheyn: 742¹¹⁴). Me refiero, siguiendo a Courtheyn (2019), a la paz que es tejida por sujetos políticos con una serie de prácticas, lugares y valores en relación con el espacio.

En el caso puntual de Puerto Tejada, encontramos sujetos políticos que complejizan la noción abstracta de comunidad. Al interior de esta última existen aparentes puntos de convergencia – como la necesidad de superar las adversas condiciones de vulnerabilidad– pero también conviven visiones friccionadas alrededor de la paz, principalmente en la forma con la cual debe responderse a la violencia y la criminalidad de las galladas o el rol de las mujeres en la génesis y contención de la conflictividad violenta. Tal es, entre un enfoque garantista y lo que aquí he llamado la paz paramilitar, así como entre abordajes críticos y esencialista frente al género. En

¹¹⁴ Traducción libre.

la mitad, naturalmente, existen múltiples matices y puntos medios. Resulta entonces necesaria la aproximación planteada por Roger Mac Ginty (2015) por entender “lo local” como sistema en red de comunidades laxas –personas, agencias y actividades– con prácticas y creencias cambiantes que no necesariamente son consistentes entre sí.

En la misma línea, las tres iniciativas tienen convergencias y divergencias alrededor de la forma en que entienden y propenden a la construcción de paz. Por un lado, territorialmente confluyen diferentes tipos de paz que incorporan factores energéticos, morales, modernos y postmodernos. Un entramado en el que conviven, en términos generales y sujeto a matices, el arraigo por la tierra y el deseo por un relacionamiento armónico con la naturaleza y entre las personas; la búsqueda por la dignidad, en contra de las fuertes condiciones estructurales adversas del municipio y en aras a la justicia social; también ciertos visos de paz moderna atada al crecimiento económico, al emprendimiento y al llamado desarrollo, a lo que pueden agregarse reflexiones postmodernas desde visiones críticas a los roles de género y la construcción de masculinidades. Por ello, vemos la emergencia de una paz transracional en la que conviven varios de estos elementos, como mencioné previamente. Es por lo anterior que dentro de este caso de estudio vemos la ausencia de la paz transrelacional de la que habla Courtheyn (2018), en la medida en que no se hace explícita una *dignidad ecológica* que supere los marcos analíticos de la modernidad: hombre/mujer, hombre/naturaleza, blanco/negro, etc. En todo caso, cada iniciativa –incluso los diferentes grupos que las configuran– responde a significados puntuales de paz que tienen matices entre sí respecto a la ponderación o la preponderancia que asignan a distintos elementos discursivos, como hemos visto a lo largo de este apartado¹¹⁵. Es en el marco de estas zonas grises donde vemos que se articula la paz paramilitar y las tensiones alrededor de los arreglos género.

Pasando a los abordajes, lo que serían las prácticas de la paz, proyectos como PPLB y CCF parte de un enfoque *bottom-up*, el cual se caracteriza por un enfoque ascendente en el que se involucra a los actores locales para la consecución de soluciones (Mejía Jiménez 2012). Desde este modo, se desmarca de la aproximación jerárquica (*top-down*) de esfuerzos como el de Jóvenes en Paz. Este tipo se caracteriza por diferencias claras entre la etapa de toma de decisión,

¹¹⁵A manera de ejemplo, la gramática institucional, sobre todo del nivel central, pone un mayor énfasis en el individuo para la construcción de proyectos de vida y a través de la intervención de diferentes frentes. PPLB tiene un mayor énfasis en la dinámica comunitaria y colectiva de los jóvenes que integran o integraron la pandilla. De igual manera, tanto CCF como PPLB incorporan una serie de consideraciones en materia de la armonía con la naturaleza, que no aparecen en Jóvenes en Paz. Será trabajo de futuras investigaciones seguir encontrando matices.

formulación e implementación; de modo que las decisiones en materia de implementación recaen en entes políticos del nivel central (Mejía Jiménez 2012).

De este modo, y como hemos visto, cada enfoque presenta a su vez ventajas y desventajas. Por un lado, los desafíos de la co-creación se relacionan con las dificultades por coordinar la agenda y los intereses de múltiples actores con injerencia comunitaria, pues, a pesar de que los objetivos en principio puedan parecer idénticos, la toma de decisiones y la repartición de recursos generan divisiones y fricciones. A su vez, iniciativas comunitarias como PPLB deben enfrentar las necesidades del contexto sin la financiación y el apoyo que pueden brindar las instituciones del Estado. Mientras que los proyectos pensados verticalmente desde el Estado central enfrentan los problemas propios de ser pensados por fuera del contexto al que será aplicado. Por ello, vemos las dificultades en materia administrativa para la ejecución, coordinación y la toma de decisiones. Justamente la co-creación tiene la capacidad de desarrollar soluciones contextualizadas que sean apropiadas y expandidas por la comunidad misma –su principal ventaja– pero para el caso puntual de estudio es carente del músculo financiero del Estado para plantear iniciativas integrales que busquen la garantía de derechos. En consecuencia, es evidente la necesidad de nuevas perspectivas en las que se dé un mejor diálogo entre el conocimiento contextual y las capacidades del gobierno central, especialmente financieras. A su vez, es claro cómo las narrativas exclusivamente punitivistas torpedean la apropiación y concretización de la paz a nivel comunitario. En esa línea, evidenciamos que las tres iniciativas de paz enfrentan desafíos y tensiones que les son transversales, los cuales están especialmente relacionados con las violencias que caractericé anteriormente. Sobre esta relación profundizaré en el último apartado de esta tesis.

Conclusiones

La luna es una explosión que funde todo el clamor,
el derecho de vivir en paz

Víctor Jara

Sobre paces y violencias. Hacia una paz imperfecta híbrida

Como he mostrado a lo largo de este trabajo, la paz no se experimenta como un punto de llegada ni como la simple ausencia de confrontación armada, por lo que va más allá de la dinámica de la guerra y sus bien sabidos actores tradicionales. En cambio, emerge como un conjunto de prácticas, expectativas y significados situados –paces, en plural– con una economía política y unos objetivos específicos (Courtheyn 2018); los cuales buscan abrir camino en un entorno con múltiples violencias imbricadas. En este sentido, las iniciativas analizadas no operan en un vacío: se despliegan en medio de ritmos cotidianos de amenaza, de restricciones materiales persistentes, de estigmas que encasillan a sujetos y territorios, y de memorias políticas que han normalizado repertorios de exterminio.

En esta reflexión final propongo, entre otras cosas, explicitar la relación entre violencias y paces: no porque las violencias aplaquen por completo cualquier iniciativa de construcción de paz, sino porque producen efectos acumulativos que erosionan su sostenibilidad, disputan sus significados y, con frecuencia, vuelven frágiles los logros alcanzados. De modo que las violencias dan forma a los significados de la paz, pero al mismo tiempo torpedean sus prácticas. Tomando como hilo conductor el esquema de Bourgois (2001) y Feixa & Ferrándiz (2004), desarrollo cómo cada esfera funge como obstáculo. En conjunto, las violencias torpedean las paces por acumulación e interdependencia: la violencia cotidiana interrumpe y atemoriza; la estructural implica necesidades materiales inaplazables; la simbólica deslegitima e inferioriza; la política normaliza el exterminio. Al operar juntas vuelven costosa la continuidad y empujan a que los proyectos se adapten, se contraigan o se desvíen de sus objetivos. Sin embargo, el torpedeo no implica determinismo. Las iniciativas analizadas muestran que, aun bajo condiciones adversas, es posible producir espacios de reconocimiento, cuidado y agencia; pero también evidencian que la paz no puede sostenerse solo como pedagogía o como intervenciones desarticuladas. Si la paz pretende ser algo más que una pausa en la violencia cotidiana requiere disputar simultáneamente condiciones materiales, condiciones simbólicas y combatir los significados políticos que legitiman el exterminio. En

su conjunto, las tres iniciativas muestran que, contrario a lo que podría pensarse, en el territorio sí se han adelantado acciones de construcción de paz, incluso desde el nivel estatal. Intervenciones puntuales con resultados parciales, con escasos mecanismos de seguimiento y, en algunos casos, con rastros de acción con daño. En general, pareciese que no ha sido un asunto de voluntad, al menos no en el último tiempo, sino los escollos propios de las violencias imbricadas.

Violencia cotidiana: la sombra de la muerte

La violencia cotidiana —en particular los homicidios, las amenazas, el control territorial y la intimidación— es la categoría más recurrentemente experimentada dentro de Puerto Tejada. Su efecto principal sobre las paces es la producción de temor e incertidumbre. Las iniciativas de paz requieren continuidad, confianza y presencia sostenida; sin embargo, la violencia del día a día impone interrupciones, aplazamientos y reacomodos. En el trabajo de campo fue recurrente observar el impacto de las amenazas, las fronteras invisibles y los homicidios. En el caso de los jóvenes de gallada, implicaba cuestionarse respecto a la valía de apostarle a otro estilo de vida. Para liderazgos comunitarios, implica tomar decisiones en torno a si se aceptan los riesgos propios de las apuestas comunitarias y de apostarle a la transformación del territorio.

En términos concretos, la violencia cotidiana amenaza la sostenibilidad de los proyectos por al menos tres razones. Primero, eleva los costos emocionales y logísticos de participar: asistir a un taller, desplazarse a una reunión o sostener una rutina comunitaria se convierte en una decisión atravesada por el miedo. Segundo, activa un clima de escepticismo que se expresa en preguntas como “¿para qué cambiamos?”, una forma de resignación práctica ante la idea de que la violencia siempre regresa cuando los enemigos no perdonan, y de que el esfuerzo personal puede ser fútil frente a un entorno que no ofrece garantías. Tercero, puede producir amenazas directas a quienes implementan o acompañan procesos.

Violencia estructural: “la paz con hambre”

Con la violencia estructural, su efecto sobre las paces locales puede sintetizarse en una expresión escuchada recurrentemente en campo: la imposibilidad de una “paz con hambre”. Es decir, apuestas que no logran ofrecer alternativas para solventar las necesidades materiales y las profundas vulnerabilidades socioeconómicas del territorio, bien sea porque no lo reconocen como necesario o porque —como en el caso puntual de las aquí abordadas— enfrentan múltiples escollos para hacerlo.

La falta de recursos torpedea los proyectos de paz de dos maneras. Por un lado, limita su escala y continuidad: equipos sin financiación estable, procesos formativos intermitentes, componentes productivos sin capital semilla suficiente –como en el caso de PPLB y CCF– y rutas de atención que dependen de la coordinación efectiva entre entidades con ritmos administrativos dispares. Por otro lado, y más decisivo, coloca a los jóvenes frente a un cálculo pragmático: cuando el ingreso legal es lento e incierto, la delincuencia aparece como la opción más eficiente. Esto no alude solo a dinero; incluye estatus, capacidad de consumo y posibilidad de “responder” en el hogar. En esa comparación, las ofertas de paz compiten en desventaja si no logran ofrecer retornos creíbles en tiempos razonables.

Así, incluso cuando una iniciativa logra producir vínculos, aprendizajes o sentido de pertenencia, la precariedad puede volverla vulnerable a retrocesos. La paz, en estos términos, compite contra mercados ilegales que ofrecen ingresos inmediatos. La tensión no debe leerse como falta de voluntad individual, sino como un dilema estructural: se espera que los jóvenes sostengan una trayectoria “pacífica” sin que el territorio ofrezca soportes materiales suficientes.

Violencia simbólica: estigma y etiquetamiento

La violencia simbólica opera mediante categorías, jerarquías y narrativas que ordenan lo social: quién merece confianza, quién es peligroso, quién es “recuperable” y quién es “desechable”: ejemplificable en una ocasión en la que –frente a los hostigamientos ya mencionados en el marco de Jóvenes en Paz– un policía contestó al equipo psicosocial: “les doy 5 minutos para que se maten” (notas de campo, 2025). En Puerto Tejada, este nivel se expresa en el estigma y el etiquetamiento sobre barrios, jóvenes y veredas, así como en discursos racistas que naturalizan la marginalidad. En la práctica, el estigma funciona como barrera de acceso: dificulta conseguir empleo, sostener procesos formativos y tejer alianzas institucionales. También erosiona el reconocimiento de los propios participantes, al imponerles una identidad fija (delincuente, pandillero, problemático) que obstaculiza narrativas de transformación. Además, la violencia simbólica facilita la aceptación social de respuestas punitivas, incluyendo discursos de mano dura y formas de exterminio social (Perea 2016). Cuando ciertos sujetos son construidos como indeseables, la violencia contra ellos se vuelve tolerable, deseable. En este marco, muchas iniciativas quedan atrapadas entre dos riesgos: ser vistas como alcahuetería (porque “apoyan a los malos”) o ser forzadas a demostrar resultados rápidos para legitimar su existencia.

Violencia política: el exterminio

Ligado con la violencia simbólica, la principal dificultad para la construcción de paz, desde violencia política, es el legado paramilitar que legitimó prácticas de exterminio y la normalización de soluciones violentas frente al conflicto. El registro del control social paramilitar y del exterminio sistemático de población percibida como indeseable muestra cómo, en determinados momentos, la violencia se instituyó como proyecto político. Sus huellas no desaparecen con facilidad: permanecen como memoria, como advertencia, como posibilidad latente y como deseo último cuando la violencia cotidiana parece desbordarse. De esta forma, se erige como el extremo más turbio de los discursos punitivistas, a pesar de la evidencia presentada previamente a propósito de la espiral homicida acaecido después de la retirada del Bloque Calima.

Así, la forma en que las violencias torpedean los esfuerzos por construcción de paz los resumo como aparece en la gráfica:

Gráfico 9



Fuente: elaboración propia

En ese sentido, en un contexto como este, con múltiples violencias que a su vez influyen, y limitan, la búsqueda de la paz, cobra especial relevancia la paz imperfecta de Muñoz (2001). De acuerdo con este concepto, esta pasa de algo utópico e inalcanzable a una realidad procesual e inacabada, en medio del conflicto inherente a las sociedades humanas; de modo que no se trata de algo teleológico, sino construido en la cotidianidad en los que conviven aciertos y errores. Implica, al mismo tiempo, siguiendo al autor, superar el dualismo entre lo pacífico y lo violento para reconocer las múltiples zonas grises, como los jóvenes de gallada que se mantienen en la porosa frontera entre ser “pandillero” y “expandillero”. En la misma línea, Berents (2018) señala la diluida diferenciación entre la guerra y la paz para contextos como el colombiano, lo que implica que la paz cotidiana se teja en medio de la violencia.

Como parte de dicha imperfección, de cara a imaginar futuros alternativos, pasa por reconocer la necesidad de abordajes híbridos¹¹⁶ como el planteado por Mac Ginty (2010). La paz híbrida,

¹¹⁶ El autor lo plantea en un primer momento desde las intervenciones internacionales, pero lo considero extrapolable a otros contextos en los que se puede producir una interacción como la señalada.

de acuerdo con el autor, es la que surge a partir de la interacción de factores exógenos, de orden liberal, y locales. Para el caso de Puerto Tejada, a diferencia de lo que identifica Berents (2018) en Cazucá, vemos una institucionalidad municipal, que junto a organizaciones comunitarias, está comprometida con la construcción de paz desde la prevención y reconstrucción del tejido social. Análogamente, el periodo de estudio coincide con un Gobierno nacional que tuvo como bandera un programa de intervención centrado en los mismos objetivos. Vemos, entonces, la necesidad de abordajes que permitan un diálogo fluido entre el profundo conocimiento contextual local y las capacidades –financieras y administrativas– del Gobierno Central o desde la cooperación internacional: en términos de Mac Ginty (2010), una paz que surge de la amalgama entre la paz desde abajo y la paz desde arriba:

los poderes de cumplimiento de los agentes, redes y estructuras de la paz liberal; los poderes de incentivo de los agentes, redes y estructuras de la paz liberal; la capacidad de los actores locales para resistir, ignorar o adaptarse a las intervenciones de paz liberal; y la capacidad de los actores, redes y estructuras locales para presentar y mantener formas alternativas de pacificación (Mac Ginty 2010: 392).

Sin embargo, esta visión de articulación idealmente armoniosa no debe leerse de manera ingenua o simplista, asumiendo un proceso lineal de entendimiento, dado que en la mitad también está la disputa por los significados de lo que se entiende por paz. Empero, en el horizonte de posibilidades concretas, al menos en el mediano plazo, tal pareciera ser la opción más eficiente para solventar las violencias del contexto y los desafíos que imponen sobre cualquier iniciativa que propenda a tejer la paz. En últimas, la dinámica contextual pareciese condicionar la construcción de paz a esta coordinación para ofrecer respuestas a las apremiantes realidades del municipio, sin cerrar la puerta a una reflexión profunda que derive en la conceptualización de nuevas intervenciones que disputen al mismo tiempo condiciones estructurales, simbólicas y políticas.

Bibliografía

- Alarcón Fernández, Dionisio, Hernando González Meléndez, y Glenda Jaraba Pérez. 2019. «Quitarse El Paraguas Para Sentir La Lluvia: Una lección Para La Academia Desde La Alta Montaña». *Economía & Región* 11 (2):331-38. <https://revistas.utb.edu.co/economiayregion/article/view/173>.
- Alcaldía Municipal de Puerto Tejada. 2025. *Convenio de Asociación SGC 002, 2025K*.
- Baird, Adam. 2018. "Becoming the 'Baddest': Masculine Trajectories of Gang Violence in Medellín." *Estudios Socio-Jurídicos* 20, no. 2: 9–48. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/sociojuridicos/a.6817>.
- Becker, Howard S. 2009. *Outsiders: Hacia una sociología de la desviación*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Beaud, Stéphane. 2018. "El uso de la entrevista en las ciencias sociales. En defensa de la 'entrevista etnográfica'." *Revista Colombiana de Antropología* 54, no. 1: 175–218. <https://doi.org/10.22380/2539472X.388>
- Bejarano Celaya, Margarita. 2014. "El feminicidio es sólo la punta del iceberg." *Región y Sociedad* 26, no. especial 4: 14–44. Accessed March 16, 2026. https://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1870-39252014000600002.
- Benavidez Cosme, Richard Alexis. 2024. "Sistematización de la experiencia del programa 'Jóvenes en Paz' en Buenaventura y Puerto Tejada." Master's thesis, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá.
- Benites García, Luisa, Leidys Mosquera Murillo, and Lucero Quiñones. 2023. *Fenómenos multicausales relacionados con la delincuencia juvenil en los barrios Altos de Paris y Carlos Alberto Guzmán del municipio de Puerto Tejada – Cauca en el 2023*. Santiago de Cali: Institución Universitaria Antonio José Camacho.
- Berents, Helen. 2015a. "An Embodied Everyday Peace in the Midst of Violence." *Peacebuilding* 3, no. 2: 1–14. <https://doi.org/10.1080/21647259.2015.1052632>.
- Berents, Helen. 2015b. "Children, Violence, and Social Exclusion: Negotiation of Everyday Insecurity in a Colombian Barrio." *Critical Studies on Security* 3, no. 1: 90–104. <https://doi.org/10.1080/21624887.2015.1014703>.
- Berents, Helen. 2018. "Embodied, Everyday Peace Amidst Violence." In *Young People and Everyday Peace: Exclusion, Insecurity and Peacebuilding in Colombia*, 63–104. New York: Routledge. <https://doi.org/10.4324/9781315150215-2>.
- Bonvillani, Andrea. 2022. "Juvenicidio: Un concepto parido por el dolor. Reflexiones desde una revisión bibliográfica." *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud* 20, no. 3: 417–442. <https://doi.org/10.11600/rlcsnj.20.3.5548>.
- Bosch, Astrid, Gildardo Vanegas Muñoz, Jesús Darío González, and José Nicolás López. 2017. *Pandillas juveniles en Colombia: Aproximaciones conceptuales, expresiones*

- urbanas y posibilidades de intervención*. Bogotá, Colombia: Ministerio de Justicia y del Derecho, Dirección de Política Criminal y Penitenciaria.
- Bourdieu, Pierre. 2002. *Masculine Domination*. Translated by Richard Nice. Stanford, CA: Stanford University Press.
- Bourgois, Philippe. 2001. "The Power of Violence in War and Peace: Post-Cold War Lessons from El Salvador." *Ethnography* 2, no. 1: 5–34.
<https://doi.org/10.1177/14661380122230803>.
- Bourgois, Philippe. 2003. "Introduction." In *In Search of Respect: Selling Crack in El Barrio*, 2nd ed., 1–18. Cambridge: Cambridge University Press.
<https://doi.org/10.1017/CBO9780511808562.002>
- Bräuchler, Birgit, and Philipp Naucke. 2017. "Peacebuilding and Conceptualisations of the Local." *Social Anthropology/Anthropologie Sociale* 25, no. 4: 422–436.
<https://doi.org/10.1111/1469-8676.12454>.
- Calderón, Percy. 2009. "Teoría de conflictos de Johan Galtung." *Revista de Paz y Conflictos*, no. 2: 60–81.
https://www.researchgate.net/publication/44813340_Teoria_de_Conflictos_de_Johan_Galtung.
- Campo, Carlos. 1984. "Conminan a invasores a abandonar dos ingenios." *El Tiempo* (Bogotá), September 6, 1984.
https://books.google.com.co/books?id=K50cAAAAIIBAJ&pg=PA2&article_id=4164,1585031.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). 2013. *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). 2021. *Índice de distribución de violencia del conflicto armado en Colombia 1985–2020*. Bogotá: Imprenta Nacional.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2016. *La justicia que demanda memoria: Las víctimas del Bloque Calima en el suroccidente colombiano*. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica. 2018. *Bloque Calima de las AUC: Depredación paramilitar y narcotráfico en el suroccidente colombiano*. Informe no. 2. Bogotá: CNMH.
- Cerón-Steevens, Karen Nathalia and Cristian Javier Linares-Gómez. 2026. "Everyday gang violence and precariousness after the peace agreement: The case of Puerto Tejada, Cauca (Colombia)." *Conflict and Society: Advances in Research* 11, no. 1
- Cerón Steevens, Karen Nathalia, and Cristian Javier Linares Gómez. 2025. "Transiciones juveniles y violencia urbana: Desafíos desde Puerto Tejada, Cauca (Colombia)." In *Libro de actas de las IV Jornadas de la Red de Estudios sobre Juventud y Sociedad (REJS 3.0): "Inteligencias juveniles para el cambio social: demandas y compromisos emergentes"*. Zaragoza: Departamento de Psicología y Sociología, Universidad de Zaragoza.

- Cerón Steevens, Karen Nathalia, Mariana Camacho-Muñoz, and Cristian Linares Gómez. 2023. "'Paradas' and 'Arrechas': Disrupted Femininities and Gender Arrangements within Bucaramanga's Gangs (Colombia)." *Conflict and Society: Advances in Research* 9, no. 1: 55–71. <https://doi.org/10.3167/arcs.2023.090104>.
- Comisión de la Verdad. 2022. *Hay futuro si hay verdad: Informe final de la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. Valle y Norte del Cauca. Tomo 12*. 1st ed. Bogotá: Comisión de la Verdad.
- Corporación de Mujeres Ecofeministas (COMUNITAR). 2024. *Informe de feminicidios en el departamento del Cauca: Año 2024*. Popayán, Cauca: Corporación de Mujeres Ecofeministas. https://assets.ctfassets.net/mp406a8z117p/3xqvlEcJBBth3gO2iZ4J3/3eeb69aabce7cb3e045403e099e57cf2/Informe_de_violencias_2024.pdf.
- Correa-García, Esteban, Jorge Vélez-Correa, Emmanuel Zapata-Caldas, Irene Vélez-Torres, and Apolinar Figueroa-Casas. 2018. "Territorial Transformations Produced by the Sugarcane Agroindustry in the Ethnic Communities of López Adentro and El Tiple, Colombia." *Land Use Policy* 76: 847–860.
- Courtheyn, Christopher. 2018. "Peace Geographies: Expanding from Modern-Liberal Peace to Radical Trans-Relational Peace." *Progress in Human Geography* 42, no. 5: 741–758. <https://doi.org/10.1177/0309132517727605>
- Courtheyn, Christopher. 2019. "Territorios de paz: otras territorialidades en la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, Colombia." *Territorios*, no. 40: 291–318. <https://doi.org/10.12804/revistas.urosario.edu.co/territorios/num40.2019>
- Courtheyn, Christopher. 2022. *Comunidad de Paz: Geografías performativas de dignidad ecológica en Colombia*. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario.
- Dávila, Luis Felipe, and Caroline Doyle. 2020. "Insider and Outsider Fieldwork Challenges in Medellín, Colombia." *International Journal for Crime, Justice and Social Democracy* 9, no. 3: 87–99. doi:10.5204/ijcjsd.v9i3.1207.
- Defensoría del Pueblo. 2022. *Alerta Temprana 018*. Colombia: Defensoría del Pueblo.
- Departamento Nacional de Planeación (DNP). 2023. *Documento metodológico Jóvenes en Paz*. Bogotá, D.C. <https://colaboracion.dnp.gov.co/CDT/Normatividad/Documento%20Metodologico%20Jovenes%20en%20Paz.pdf>.
- Dietrich, Wolfgang. 2012. *Interpretations of peace in history and culture* (N. Koppensteiner, Trans.). Palgrave Macmillan. <https://doi.org/10.1057/9780230367715>
- Dietrich, Wolfgang. 2002. "Farewell to the One Peace." *Peace Review: A Journal of Social Justice* 14, no. 1: 49–55. <https://doi.org/10.1080/1040265022011819>.
- Dietrich, Wolfgang. 2018. "Imperfect and Transrational Interpretations of Peace(s) / Interpretaciones imperfectas y transracionales de paz(s)." *Prospectiva: Revista de*

- Trabajo Social e Intervención Social*, no. 26: 195–210.
<https://doi.org/10.25100/prts.v0i26.6623>.
- Džuverović, Nemanja. 2021. “‘To Romanticise or Not to Romanticise the Local’: Local Agency and Peacebuilding in the Balkans.” *Conflict, Security & Development* 21, no. 1: 21–41. <https://doi.org/10.1080/14678802.2021.1888517>.
- Ebel, Johana. 2018. “Structural Violence in Brazil: A Case Study of the Brazilian Domestic Policy and Its Impact on Interstate Conflicts.” In *Conflict, Intervention and Peace*, 1–23. Dublin: Dalarna University.
https://www.researchgate.net/publication/324678944_Structural_Violence_in_Brazil.
- El Tiempo. 2000. “FARC atacaron a Puerto Tejada.” July 29, 2000.
<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1257729>.
- El Tiempo. 2009. “Por paramilitarismo, detenido exalcalde de Puerto Tejada.” April 28, 2009. <https://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-5083788>.
- Everyday Peace Indicators. 2025. *Los perros ladran en la noche: Indicadores de paz cotidiana en Colombia*. Everyday Peace Indicators.
https://everydaypeaceindicators.org/wp-content/uploads/2025/07/Los-perros-ladran-en-la-noche_EPI-1.pdf.
- Fal-Dutra Santos, Agnieszka, et al. 2025. “Taking Peace into Our Own Hands: Colombian Feminists Use Local Politics to Advance Their Agenda for Peace.” *Global Studies Quarterly*. <https://doi.org/10.1093/isagsq/ksaf001>.
- Falivene, G. M., J. A. Artusi, and G. E. Arrejería. 2015. “Aplicación del design thinking para la elaboración de políticas alternativas de vivienda social.” Paper presented at the XX Congreso Internacional del CLAD sobre la Reforma del Estado y de la Administración Pública, Lima, Perú.
- Fasheh, Munir. 2011. “Shalom/Salaam: A Personal Palestinian Perspective.” In *The Palgrave International Handbook of Peace Studies: A Cultural Perspective*, edited by Wolfgang Dietrich, Josefina Echavarría Álvarez, Gustavo Esteva, Daniela Ingruber, and Norbert Koppensteiner, 99–120. New York: Palgrave Macmillan.
- Feixa Pampols, Carles, and Francisco Ferrándiz Martín. 2004. “Una mirada antropológica sobre las violencias.” *Alteridades* 14, no. 27: 159–174.
- Fernández Hernández, Paula Camila. 2018. *Agencias juveniles: Una mirada generacional a las configuraciones políticas y territoriales del norte del Cauca (1990–2018)*. Undergraduate thesis, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Ciencias Sociales.
- Fundación Paz y Reconciliación (Pares). 2021. *Grupos Armados PosFarc: Una nueva espiral de violencia en Colombia*.
- Fundación Paz y Reconciliación (Pares). 2022. “¿Actores armados + economías ilícitas = violencia en el norte del Cauca?” May 21, 2022.

<https://www.pares.com.co/post/actores-armados-econom%C3%ADas-il%C3%AD citas-violencia-en-el-nortedelcauca>.

- Furlong, Paul, and David Marsh. "A Skin Not a Sweater: Ontology and Epistemology in Political Science." In *Theory and Methods in Political Science*, 3rd ed., edited by David Marsh and Gerry Stoker, 184–211. Basingstoke: Palgrave Macmillan, 2010. https://doi.org/10.1007/978-0-230-36664-0_10
- Galtung, Johan. 1969. "Violence, Peace, and Peace Research." *Journal of Peace Research* 6, no. 3: 167–191. <https://www.jstor.org/stable/422690>.
- Gebrewold, Belachew. 2011. "T'ùmmu: An East African Perspective." In *The Palgrave International Handbook of Peace Studies: A Cultural Perspective*, edited by Wolfgang Dietrich, Josefina Echavarría Álvarez, Gustavo Esteva, Daniela Ingruber, and Norbert Koppensteiner, 428–441. New York: Palgrave Macmillan.
- Guber, Rosanari. 2001. *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Bogotá: Grupo Editorial Norma.
- Gutiérrez Sanín, Francisco. 2004. "Criminales y rebeldes: Una discusión de la economía política del conflicto armado desde el caso colombiano." *Estudios Políticos*, no. 24: 37–71.
- Gutiérrez Sanín, Francisco. 2024. *Cinco ensayos no metódicos sobre metodología*. Bogotá, D.C.: Editorial Universidad del Rosario.
- Guzmán Barney, Álvaro, and Alba Nubia Rodríguez Pizarro. 2014. "Reconfiguración de los órdenes locales y conflicto armado: El caso de tres municipios del Norte del Cauca (1990–2010)." *Revista Sociedad y Economía* 26: 155–184.
- Hernandez, Tosca. 2002. "Des-cubriendo la violencia." In *Violencia, sociedad y justicia en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20101109033057/3hernandez.pdf>.
- Ibarracín, Juan, Juan Pablo Milanese, Margarita Navarro de Arco, Margarita Sinisterra Ossa, and Inge Valencia. 2020. *Violencia y órdenes políticos locales en el posacuerdo: Las dinámicas territoriales en el Norte del Cauca, el Bajo Cauca Antioqueño y Tumaco*. Friedrich Ebert Stiftung.
- Institute on Race, Equality, and Human Rights. 2022. *Las huellas del racismo: Voces de las personas excluidas y violencia estructural dentro y fuera del estallido social en Cali*. Bogotá: Institute on Race, Equality, and Human Rights; CODHES.
- Jacobsen, Elida. 2011. "Friðr: A Northern European Perspective." In *The Palgrave International Handbook of Peace Studies: A Cultural Perspective*, edited by Wolfgang Dietrich, Josefina Echavarría Álvarez, Gustavo Esteva, Daniela Ingruber, and Norbert Koppensteiner, 67–86. New York: Palgrave Macmillan.

- Johnson, Kyle, Ángela Gómez, Ángela Aguirre, and Daniel Abracín. 2024. *Las disidencias de las FARC-EP: Dos caminos de una guerra en construcción*. CORE Foundation Conflict Responses.
- Jones, Gareth A., and Dennis Rodgers. 2011. "The World Bank's World Development Report 2011 on Conflict, Security and Development: A Critique through Five Vignettes." *Journal of International Development* 23, no. 7: 980–995. <https://doi.org/10.1002/jid.1826>.
- Kaldor, Mary. 2012. *New and Old Wars: Organized Violence in a Global Era*. 3rd ed. Cambridge: Polity Press.
- Kelly, Liz. 2000. "Wars against Women: Sexual Violence, Sexual Politics and the Militarised State." In *States of Conflict: Gender, Violence and Resistance*, 45–65.
- La Silla Vacía. 2025. "Jóvenes en Paz: programa bandera de MinIgualdad naufraga en su implementación." March 10, 2025. <https://www.lasillavacia.com/silla-nacional/jovenes-en-paz-programa-bandera-de-minigualdad-naufraga-en-su-implementacion/>.
- Lederach, John Paul. 1997. *Building Peace: Sustainable Reconciliation in Divided Societies*. Washington, DC: United States Institute of Peace Press.
- Lora, Eduardo. 2021. *Economía esencial de Colombia*. 2nd ed. Bogotá, D.C.: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Mac Ginty, Roger. 2010. "Hybrid Peace: The Interaction Between Top-Down and Bottom-Up Peace." *Security Dialogue* 41, no. 4: 391–412. <https://www.jstor.org/stable/26301105>.
- Mac Ginty, Roger. 2015. "Where Is the Local? Critical Localism and Peacebuilding." *Third World Quarterly* 36, no. 5: 840–856. <https://doi.org/10.1080/01436597.2015.1045482>.
- Marx, Karl, and Friedrich Engels. 1974. "La llamada acumulación originaria." In *Obras escogidas*, vol. 2. Moscow: Editorial Progreso. Online ed., Marxists Internet Archive, 2002. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1860s/eccx86s.htm>.
- Mejía Jiménez, Juliana. 2012. "Modelos de implementación de las políticas públicas en Colombia y su impacto en el bienestar social." *Analecta Política* 2, no. 3: 141–164.
- Ministerio de Igualdad y Equidad (Colombia). 2023. *Manual Operativo del Programa Nacional Jóvenes en Paz*. Bogotá, D.C. <https://www.mintrabajo.gov.co/documents/20147/0/Manual+Operativo+Programa+Nacional+J%C3%B3venes+en+Paz.pdf/08ef7675-419e-0cfa-071a-db6f097b7e25?t=1700667961414>.
- Ministerio de Igualdad y Equidad. 2025. *Programa Jóvenes en Paz: Documento técnico de formulación de programas estratégicos*. Report no. GS_D-F0-002, versión 1.0. March 11, 2025. Bogotá, D.C.: Ministerio de Igualdad y Equidad.

- Molano Bravo, Alfredo. 2017. *A lomo de mula: Viajes al corazón de las FARC*. Bogotá: Aguilar.
- Moreno Quintero, Renata. 2005. *Movimientos étnicos en el norte del Cauca: Una aproximación a sus diferencias y relaciones*. Documento de trabajo. Buenos Aires: CLACSO.
- Moser, Caroline O. N., and Cathy McIlwaine. 2004. *Encounters with Violence in Latin America: Urban Poor Perceptions from Colombia and Guatemala*. London: Routledge.
- Muñoz, Francisco A. 2001. “La paz imperfecta en un universo en conflicto.” In *La paz imperfecta*, edited by Francisco A. Muñoz, 21–66. Granada: Universidad de Granada.
- Observatorio de Seguridad de Cali. 2025. *Análisis de seguridad del área metropolitana del Sur Occidente (AMSO). Informe especial*. January 2025. Secretaría de Seguridad y Justicia, Alcaldía de Santiago de Cali.
- Oliveira, Kelly Karolyne Barreiros, and Andréa Lizabeth Costa Gomes. 2025. “Assistência social e assistencialismo no Brasil: Desafios para combater a herança da benevolência – uma revisão integrativa (2012–2022).” *Research, Society and Development* 14, no. 10: e18141049737, 1–11. <https://doi.org/10.33448/rsd-v14i10.49737>.
- Perea, Carlos Mario. 2016. *Vislumbrar la paz*. Bogotá, D.C.: Penguin Random House Grupo Editorial.
- Perea, Carlos Mario. 2020. “La ciudad: diez tesis sobre su criminalidad y violencia.” In *Violencias que persisten: El escenario tras los acuerdos de paz*, edited by C. M. Perea and M. Aguilera, 77–126. Editorial Universidad del Rosario.
- Perea, Carlos Mario. 2007. “Definición y categorización de pandillas.” In *Organización de los Estados Americanos (OEA)*.
- Perea, Carlos Mario. 2015. “Limpieza social: Una violencia mal nombrada.” Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Perea, Carlos Mario. 2024. *El derecho de la ciudad a la paz: Conflictividad violenta y paz urbana en Colombia (2016–2024)*. Red Quinza project in design.
- Pérez Carvajal, Andrés. 2017. “El blanqueamiento de Blanquita: Las imágenes del ascenso social y la disputa identitaria de la población negra en Colombia.” In *Imaginando América Latina: historia y cultura visual*, 317–344. Bogotá: Editorial Universidad del Rosario. <https://doi.org/10.12804/th9789587389456>.
- Pizarro Leongómez, Eduardo. 2017. *Cambiar el futuro: Historia de los procesos de paz en Colombia (1981–2016)*. Bogotá, D.C.: Debate.
- Presidencia de la República de Colombia. 2023. Decreto 1649 de 2023 (12 de octubre), “Por el cual se reglamenta el artículo 348 de la Ley 2294 de 2023, que crea el Programa Nacional Jóvenes en Paz.” *Régimen Legal de Bogotá D.C. (SISJUR)*. Accessed December 29, 2025. <https://www.alcaldiabogota.gov.co/sisjur/normas/Norma1.jsp?i=149840>.

- Programa Nacional Jóvenes en Paz – Municipio de Puerto Tejada. Cauca. 2025. *Informe de Empalme y Balance General*. Colombia.
- Pureza, José Manuel, and Tatiana Moura. 2007. “Viejas, nuevas y novísimas guerras: La conflictividad desafía la modernidad.” *Recerca: Revista de Pensament i Anàlisi*, no. 7: 163–184.
<https://www.raco.cat/index.php/RecercaPensamentAnalisi/article/view/182889>.
- Red de Medios Proclama del Pacífico Noticias. 2025. “Histórico: Puerto Tejada sin riesgos en suministro de agua.” February 14, 2025.
<https://www.proclamadelpacifico.com/historico-puerto-tejada-sin-riesgos-en-suministro-de-agua/>.
- Redacción Política El Espectador. “Jóvenes en Paz, la idea de Petro de ‘pagar por no matar’, costaría \$1.2 billones.” *El Espectador*, 26 de agosto de 2023.
<https://www.elespectador.com/politica/gustavo-petro-programa-pagar-por-no-matar-de-jovenes-en-paz-tiene-aval-del-ministerio-de-hacienda-noticias-colombia/>.
- Richmond, Oliver P. 2006. “The Problem of Peace: Understanding the ‘Liberal Peace’.” *Conflict, Security & Development* 6, no. 3: 291–314.
<https://doi.org/10.1080/14678800600933480>.
- Richmond, Oliver P. 2011. *A Post-Liberal Peace*. Milton Park, Abingdon, Oxon: Routledge.
<https://doi.org/10.4324/9780203810262>.
- Richmond, Oliver P. 2015. “The Dilemmas of a Hybrid Peace: Negative or Positive.” *Cooperation and Conflict* 50, no. 1: 50–68. <https://www.jstor.org/stable/45084282>.
- Rodgers, Dennis, and Adam Baird. 2016. “Entender a las pandillas en América Latina: Una revisión de la literatura.” *Estudios Socio-Jurídicos* 18, no. 1: 13–53.
<https://doi.org/10.12804/esj18.01.2016.01>.
- Romoleroux, Michel Francois. 2025. “Autoridades investigan violento ataque a una joven en Puerto Tejada, Cauca, que fue transmitido en vivo por redes.” *El Tiempo*, May 3, 2025. <https://www.eltiempo.com/colombia/otras-ciudades/indignante-brutal-ataque-de-una-pandilla-a-una-mujer-en-puerto-tejada-norte-del-cauca-lo-transmitieron-en-vivo-3450242>.
- Rosa, Paula Cecilia. 2009. “La ciencia que se está haciendo. Reflexiones metodológicas de la mano de Pierre Bourdieu.” *Kairos: Revista de Temas Sociales* Año 13, no. 24: 1–8. Consultado el 22 de marzo de 2026.
<https://dialnet.unirioja.es/download/articulo/3101177.pdf>
- Ruiz, Marta. 2023. *El cascarón y la semilla: Lecciones de la negociación con las Autodefensas Unidas de Colombia*. Bogotá: Centro Internacional para la Justicia Transicional.
- Sánchez Gómez, Ricardo. 2020. *Relato de la guerra en el Cauca*. December 2020. Friedrich Ebert Stiftung.

- Saraví, Gonzalo. 2015. "Youth Experience of Urban Inequality: Space, Class, and Gender in Mexico." In *Handbook of Children and Youth Studies*, 503–515.
https://doi.org/10.1007/978-981-4451-15-4_45.
- Sarria, Karol. 2023. "Por una vida libre de violencias en Puerto Tejada." *Proclama del Pacífico*, October 27, 2023. <https://proclamadelpacifico.com/por-una-vida-libre-de-violencias-de-genero-en-puerto-tejada/#:~:text=Tejada%20www,de%20Familia%2C%20comparti%C3%B3%20los>.
- Scheper-Hughes, Nancy, and Philippe Bourgois. 2004. "Introduction: Making Sense of Violence." In *Violence in War and Peace: An Anthology*, edited by Nancy Scheper-Hughes and Philippe Bourgois, 1–31. Malden, MA: Blackwell Publishing.
- Segato, Laura Rita. 2003. *Las estructuras elementales de la violencia: Ensayos sobre género entre la antropología, el psicoanálisis y los derechos humanos*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- Segato, Laura Rita. 2007. "Raza es signo." In *La nación y sus otros: raza, etnicidad y diversidad religiosa en tiempos de políticas de la identidad*, 131–150. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Sen, Amartya. 2000. *Desarrollo y libertad*. Barcelona: Editorial Planeta.
- Sinisterra Ossa, Lizeth, Inge Helena Valencia, and Laura Villegas Buitrago. 2020. "Constructores de paz: aportes afrojuveniles y afrofemeninos en la Colombia urbana del postacuerdo." In *Remar a contracorriente: juventudes y participación política en contextos de violencia y vulnerabilidad*, edited by Matías Bianchi and Ignacio Lara, 143–178. 1st ed. La Plata: EDULP.
- Sinisterra, Lizeth, Inge Helena Valencia, and Laura Villegas. 2019. "El posconflicto y la paz urbana están en juego en Puerto Tejada." *La Silla Vacía*, October 22, 2019.
<https://www.lasillavacia.com/red-de-expertos/red-pacifico/el-posconflicto-y-la-paz-urbana-estan-en-juego-en-puerto-tejada/>.
- Thaler, Kai M. 2021. "Reflexivity and Temporality in Researching Violent Settings: Problems with the Replicability and Transparency Regime." *Geopolitics* 26, no. 1: 18–44. <https://doi.org/10.1080/14650045.2019.1643721>
- Thrasher, Frederic M. 1927. *The Gang: A Study of 1,313 Gangs in Chicago*. Chicago: University of Chicago Press.
- Tickner, Arlene B. 2008. "Aquí en el ghetto: Hip-hop in Colombia, Cuba, and Mexico." *Latin American Politics and Society* 50, no. 3: 121–146.
<http://www.jstor.org/stable/30130878>.
- Tickner, Arlene B., Laura Alonso, Lara Loaiza, Natalia Suárez, Diana Castellanos, and Juan Diego Cárdenas. 2020. *Mujeres y crimen organizado en América Latina: Más que víctimas y victimarias*. Bogotá: Universidad del Rosario.

- Uribe, Simón, Silvia Otero-Bahamón, and Isabel Peñaranda. 2021. "Hacer el estado: Carreteras, conflicto y órdenes locales en los territorios de las FARC." *Revista de Estudios Sociales* 75: 87–100. <https://doi.org/10.7440/res75.2021.08>.
- Uribe-Castro, Hernando. 2014. "Expansión cañera en el Valle del Cauca y resistencias comunitarias (Colombia)." *Ambiente y Sostenibilidad: Revista del Doctorado Interinstitucional en Ciencias Ambientales* 4: 16–30.
- Velasco, Álvaro. 1985. "El poder popular: Génesis de un movimiento social y político en Puerto Tejada (Colombia)." In *Conocimiento y poder popular: Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia*, 166–175. Bogotá: Siglo XXI Editores.
- Verdad Abierta. 2011. "La llegada de los 'paras' a Puerto Tejada." May 12, 2011. <https://verdadabierta.com/la-llegada-de-los-paras-a-puerto-tejada/>.
- Verdad Abierta. 2013. "La 'limpieza social' de los 'paras' en Puerto Tejada." January 10, 2013. <https://verdadabierta.com/la-limpieza-social-de-los-paras-en-puerto-tejada/>.
- Vicepresidencia de la República de Colombia. 2023. "El programa Jóvenes en Paz brinda oportunidades reales a la juventud en condición de vulnerabilidad para alejarlos de los círculos de violencia." December 21, 2023. <https://www.vicepresidencia.gov.co/prensa/Paginas/El-programa-Jovenes-en-Paz-brinda-oportunidades-reales-a-la-juventud-en-condicion-de-vulnerabilidad-para-alejarlos.aspx>.
- Villegas Buitrago, Laura. 2019. *Haciéndole el quite a la violencia: Jóvenes y construcción de paz en Puerto Tejada*. Undergraduate thesis, Universidad Icesi, Cali.
- Viveros Vigoya, Mara. 2016. "La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación." *Debate Feminista* 52: 1–17. doi:10.1016/j.df.2016.09.005.
- Wacquant, Loïc. 2007. *Los condenados de la ciudad: Gueto, periferia y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores Argentina.
- Wade, Peter. 2020. "Espacio, región y racialización en Colombia." *Revista de Geografía Norte Grande* 76: 31–49.
- Zape Jordán, César Enrique. 2018. "Procesos y formas de producción campesina en el norte del departamento del Cauca: Agricultores del cacao en Puerto Tejada, 1920–1936." *Historia y Espacio* 14, no. 50: 15–52. <https://doi.org/10.25100/hye.v14i50.6489>.

Anexos

Lista de personas referenciadas

Perfil	Pseudónimo
Joven de gallada	Rico
Residente del municipio	Ricardo
Joven de gallada	Alex
Residente del municipio	María
Residente del municipio	Isabella
Residente del municipio	Zoé
Ex miembro de gallada	Kiko
Residente del municipio	Lionel
Funcionario público (orden nacional)	Pedro
Residente del municipio	Pepe
Residente del municipio	Pablo
Joven de gallada	John
Liderazgo comunitario	Juan
Equipo Jóvenes en Paz	Dana
Liderazgo comunitario	Camila
Funcionario público (orden nacional)	Pablo
Liderazgo comunitario	Lina
Funcionario público (orden nacional)	Ramiro
Funcionario público (orden local)	Luis
Ex miembro del M-19	Gregorio
Residente del municipio	Amalia
Liderazgo comunitario	Victorino
Liderazgo comunitario	Amaranta
Joven de gallada	Dre
Ex miembro de gallada	Pancoco
Equipo Jóvenes en Paz	Matilde